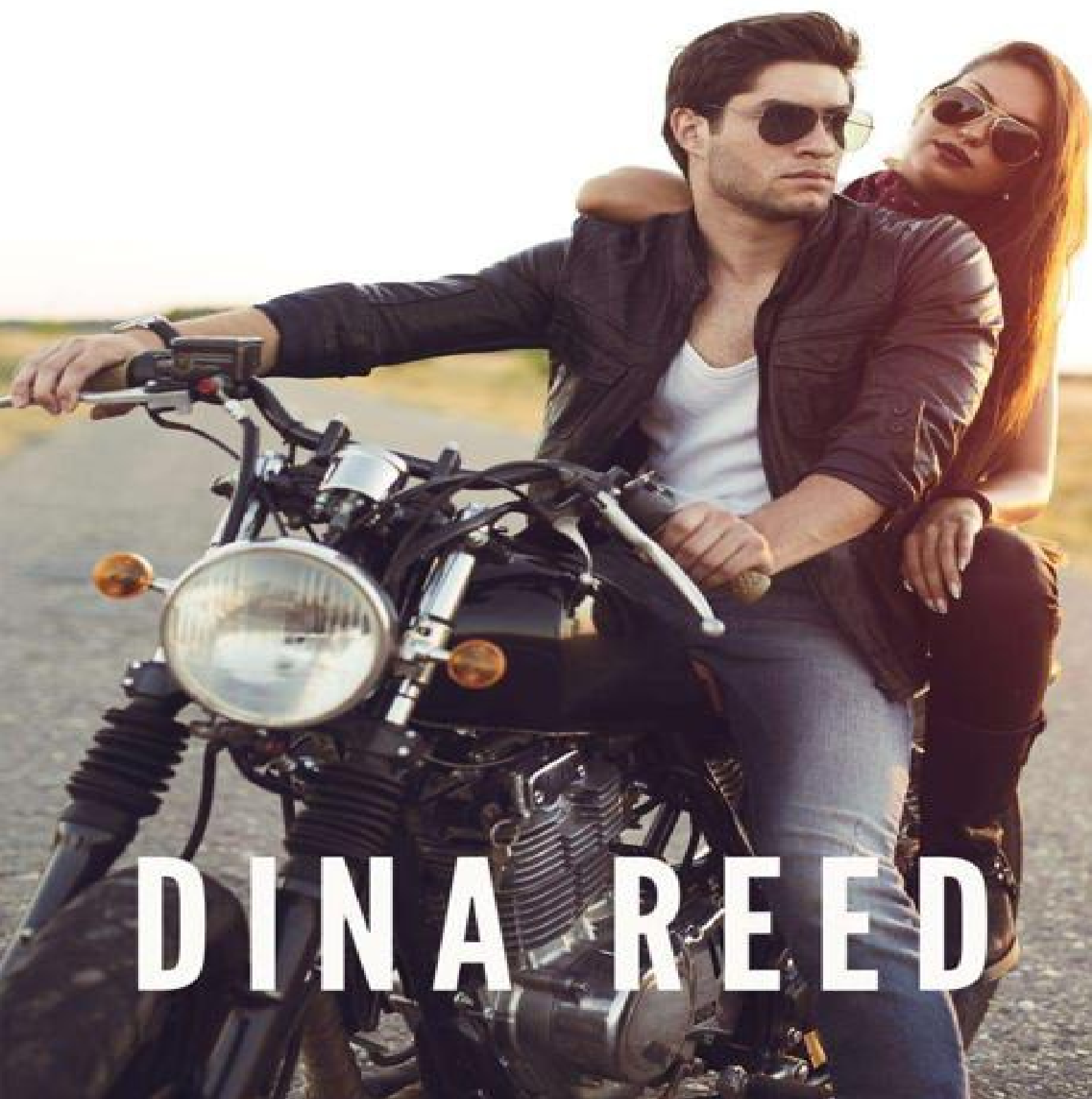


CORAZONES SALVAJES



DINA REED

CORAZONES SALVAJES

DINA REED

©Dina Reed, agosto, 2023

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images [iStock.com/zorandimzr](https://www.istock.com/author/zorandimzr)

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOVELAS DE DINA REED](#)

[REDES SOCIALES DE DINA REED](#)

SINOPSIS

Después de perderlo todo, a Sally no le queda otra más que volver a casa de sus padres y empezar de cero.

Y no es nada fácil, porque lo único a lo que se ha dedicado en los últimos años ha sido a fundir tarjetas de crédito en caprichos y lujos que costaba su prometido, Mark.

Pero Mark ya no está para financiarle esa vida fácil, entre otras cosas porque Sally le pilla siéndole infiel con su mejor amiga.

Así que la única opción que le queda para salir adelante es volver a su Austin natal y retomar su trabajo de enfermera en el consultorio médico de su padre.

Y lo lleva fatal, porque lo odia todo: madrugar, trabajar duro, Austin, sus pacientes...

Y sobre todo a él. A Eric Vila, el chico sexy y canalla por el que todas suspiraban menos ella y al que humilló cuanto quiso.

Eric reaparece en la vida de Sally, pero ya no es el chico humilde que se dedicaba a reparar motos en un taller de mala muerte. Hoy es un hombre poderoso, de éxito y con una sed infinita de venganza.

Su plan es enamorarla y luego romperle el corazón tal y como ella hizo años atrás con el suyo. Y no va a parar hasta que lo consiga, a pesar de que Sally le deteste más que nunca y que esté cerradísima al amor.

Si bien, con el paso de los días, Sally empieza reconsiderar el asunto y decide que no estaría nada mal matar el aburrimiento divirtiéndose un poco con Eric y dejando que la colme de caprichos.

Un mero entretenimiento de usar y tirar, en el que ella siempre va a tener el control. O eso cree.

Porque el juego se les va de las manos y se queman hasta el punto de que podría suceder lo que menos esperan...

Capítulo 1

A las dos y media de la tarde, de un caluroso día de primeros de septiembre, Sally colgó la bata blanca, agarró el bolso y se dispuso a abandonar del consultorio porque no podía más.

Si bien cuando estaba justo a punto de salir por la puerta, escuchó que una voz demasiado familiar le preguntaba:

—¿Adónde vas, Sally Burns?

Sally se detuvo, resopló y le respondió a su padre soñando con la cama en la que se iba a echar una siesta de tres horas:

—Me voy a casa, papito. No puedo más. Llevo desde las siete de la mañana trabajando sin parar y necesito descansar.

El doctor Burns, un hombre alto, elegante y canoso, que tenía sesenta años y una sonrisa de lo más afable, consultó su reloj de pulsera y le dijo a su hija:

—Espero que esta sea la última vez que te tenga que recordar que en el consultorio soy el doctor Burns y que tu jornada laboral acaba a las tres de la tarde.

—La que te recuerda que soy tu hija y que estoy que no puedo más con estas jornadas de trabajo infernales soy yo. ¡Apiádate de mí y déjame marcharme a casa, papi!

El doctor Burns contrarió el gesto y pensó en lo mal que lo habían hecho con su única hija. Una princesita que llegó después de que la desearan muchísimo y a la que consintieron tanto que la convirtieron en una mujer caprichosa que era un auténtico cero a la izquierda.

No obstante, el doctor Burns que era un hombre optimista por naturaleza consideraba que aún estaban a tiempo para que Sally se convirtiera en una adulta funcional y le ordenó:

—Vuelve a la consulta. Tus jornadas de trabajo son como las del resto de profesionales del centro. Y tienes que cumplir con los horarios como lo hace el resto del personal.

—Ya, pero resulta que yo soy la hija del jefe.

—¿Y? —inquirió el doctor Burns arqueando una ceja.

—Soy una enchufada. Y tengo privilegios de los que adolecen el resto. ¿De verdad que te tengo que explicar esto, papito?

El doctor Burns apretó fuerte las mandíbulas, se puso muy serio y le respondió:

—¡Tienes veintisiete años, Sally! ¿No te parece que ya es hora de que te comportes como una persona madura?

—Yo solo sé que llevo desde las siete de la mañana atendiendo a pacientes y que no puedo más.

—¿Y crees que el resto no estamos agotados? —replicó el doctor.

—Pero vosotros estáis acostumbrados a trabajar como mulas y, además, parece que os encanta.

—Nosotros somos personas responsables y comprometidas con nuestro trabajo. Algo que me parece que tú no sabes lo que es y que me temo que vas a tener que aprender —le advirtió el doctor.

—Yo no tengo que aprender nada, porque mi paso por el consultorio es provisional.

—¿Provisional? —inquirió el doctor Burns, que era la primera noticia que tenía.

—Sí, hasta que encuentre algo mejor que me permita llevar la vida que merezco.

—Define algo mejor. ¿Un nuevo pretendiente rico que te mantenga tal vez? —repuso el doctor que no daba crédito.

—Hablas con una crudeza extrema, papito —habló Sally haciendo un puchero.

El doctor Burns bufó, se pasó la mano por el pelo de la desesperación y exclamó:

—¡No me llames más papito! ¡Y responde! ¿Qué aspiraciones tienes en la vida?

—Aspiro a volver a llevar la maravillosa vida que tenía en Nueva York —respondió Sally con una sonrisa enorme.

—Una vida ociosa que te costaba tu prometido —matizó el doctor Burns para que pusiera los pies en la tierra.

—Eres muy injusto conmigo, *pap...*

—Estás apunto de agotar mi paciencia, Sally —le advirtió el doctor, cortándola para que no siguiera por ahí.

—Doctor Burns, eres muy injusto. Yo no tenía una vida ociosa. Al contrario. No paraba ni un segundo desde la mañana a la noche: llevaba la casa, organizaba fiestas y eventos, colaboraba con varias entidades benéficas, participaba en torneos de pádel y de golf y disfrutaba de la intensa vida social propia de la prometida de uno de los mejores arquitectos de Nueva York.

—Vamos, que te pasabas el día sin hacer ni el huevo —concluyó el doctor, cruzándose de brazos.

—Papá, digo doctor Burns, ¿tú no escuchas? ¡No sabes lo estresante que es organizar una fiesta para doscientas personas en el jardín de tu casa! ¡Y además tienes que estar perfecta como anfitriona! Lo que implica dedicarle un montón de tiempo a cosas como peluquería, estilismo, maquillaje, manicura...

El doctor Burns interrumpió a su hija, puesto que ya no podía más y replicó:

—Sally seamos serios. Estamos hablando de trabajo.

—¿Y crees que no era un trabajo organizar una fiesta para los clientes y los amigos de Mark?

—¿Me estás tomando el pelo? —inquirió el doctor, dando un respingo—. ¿De verdad crees que es un trabajo llamar a un organizador de eventos, escoger cuatro trapos y pasarte tres horas en la peluquería?

—Me está doliendo muchísimo que me hables así, papito —contestó Sally en un tono que parecía que le dolía de verdad.

—¡Basta ya, Sally! —le exigió cabreadísimo—. ¿No te das cuenta de que tienes que hacer algo con tu vida?

—¿Crees que no me doy cuenta de la vida de mierda que tengo en Austin? —habló Sally con los ojos llenos de lágrimas—. No hay noche que no me quede llorando hasta las tantas de recordar todo lo que he perdido. Iba a las mejores fiestas, vestida de alta costura y luciendo joyas escandalosamente caras. Me rodeaba de lo más granado de Nueva York: empresarios, políticos, artistas, actores, deportistas... Cenaba en restaurantes elegantes, compraba en las tiendas más exclusivas, acudía a las fiestas más increíbles, me peinaba el peluquero de las estrellas y...

—Y tu vida no podía ser ni más frívola ni más absurda —apuntó el doctor, que no estaba dispuesto a escuchar nada más.

—¡Pues era feliz! —refunfuñó Sally.

—¿Quién puede ser feliz con una vida carente de sentido?

—Mi vida tenía muchísimo sentido —aseguró Sally, llevándose la mano al pecho.

—Ah, ¿sí? —repuso el doctor, mordaz.

—Me dedicaba a dar lo mejor de mí y a hacer feliz a Mark. ¡Y eso tenía muchísimo sentido!

—Te equivocas. Pasarte horas de compras por la Quinta Avenida y luego irte de parranda con tu prometido, no es dar lo mejor de ti. Pero no te preocupes que vamos a ponerle remedio.

—¿Remedio? ¡Pero es que yo no quiero ponerle remedio! —exclamó Sally desesperada y sintiéndose una incomprendida total.

—Me parece que es hora de que hagas algo productivo con tu vida y que desarrolles los muchos talentos que tienes, aparte de fundir tarjetas de crédito.

—Eso es un golpe bajo —repuso Sally, apuntando a su padre con el dedo índice.

—Es la realidad. O si no dime, ¿qué has hecho en Nueva York aparte de fundir las tarjetas de crédito de tu prometido?

—Es muy reduccionista lo que dices —farfulló Sally, ofuscada.

—Es la pura verdad. Mark te cortó el grifo y ¿qué tienes?

Sally se echó su larga melena castaña y lisa hacia atrás y respondió con una sinceridad absoluta para que su padre pudiera entenderla:

—Tengo una familia que me adora y que me ha acogido con los brazos abiertos en el peor momento de mi vida. Lo que pasa es que has cometido un error al insistir en que trabaje en el consultorio. Yo no estoy hecha para trabajar de siete de la mañana a tres de la tarde.

—¿Y para qué estás hecha? —preguntó el doctor con los ojos muy abiertos.

—Para vivir la vida con intensidad, para disfrutar de lo bueno, para saborear cada momento...

—¿Y quién pretendes que financie esa vida que deseas? —quiso saber el doctor que la interrumpió porque estaba desquiciado con lo que tenía que escuchar.

A Sally le pareció que la pregunta de su padre no podía ser más obvia, pero con todo

respondió:

—Mamá heredó una fortuna del abuelo y tú ganas un dineral con el consultorio.

El doctor abrió los ojos como platos y luego soltó una carcajada que se escuchó en todo Austin:

—Ja, ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes? —inquirió Sally, pestañeando muy deprisa.

—Me hace gracia verte tan perdida.

—No estoy perdida, sé perfectamente lo que quiero —aseguró Sally, alzando la barbilla.

—Tu madre trabaja a destajo como abogada, a pesar de recibir una cuantiosa herencia. Y yo vivo consagrado a mi trabajo...

—¡Os pirra trabajar! Vosotros sois hormiguitas, pero yo soy una bella cigarra que he nacido para gozar de lo bueno que le ofrece la vida —dijo Sally con un deje de orgullo en su voz.

—Lo único de lo que nos arrepentimos, por culpa de haber trabajado tanto, es de no haberte dedicado suficiente tiempo como para meterte bien en vereda. Te consentimos demasiado, te dimos muchos caprichos y te has convertido en una mujer sin oficio ni beneficio que no sabe hacer nada más que consumir desaforadamente. ¿De verdad que quieres esa vida para ti? ¿Te vas a pasar toda la vida dependiendo de que alguien sufrague tus caprichos? ¿Y qué pasará cuando nosotros no estemos? ¿O cuando dejes de ser bonita y joven y ya no atraigas a ningún hombre?

—¡No te pongas dramático, papa! —le exigió Sally, poniendo una cara de horror tremenda.

—Estoy siendo realista, Sally.

—Me estás hablando con una crudeza que no merezco. Y menos en estos momentos de mi vida. ¡Te recuerdo que pillé a Mark hace tres meses con mi mejor amiga! —masculló Sally, con las lágrimas a punto de desbordarse de los ojos.

Sin embargo, el doctor no estaba dispuesto a que se autocompadeciera ni un segundo más y le gritó:

—¡Espabila, Sally! ¡Maldita sea! ¡Tienes una profesión! ¡Eres enfermera! ¡Y eres muy buena haciendo tu trabajo! Dedícate a desarrollar tus verdaderos talentos, sé independiente y...

El doctor Burns se calló porque de repente entró alguien en el consultorio que necesitaba ayuda:

—Disculpen, me he accidentado en la esquina y...

Eric Vila, un chico de veintisiete años, alto, moreno, guapo, de cuerpo perfecto, aspecto de chulazo y vestido de motero, se percató de quién era la chica que tenía enfrente y se quedó lívido.

Porque no podía ser.

La mujer que más daño le había hecho en la vida le estaba mirando con la misma cara con la que se mira a un fantasma.

Joder, pensó, Sally Burns había regresado a la ciudad.

Luego, Eric tragó saliva y una sola idea se apoderó de su mente: por fin había llegado la hora de la venganza...

Capítulo 2

Sally se quedó mirando a Eric y pensó que era el mismo diablo de siempre, pero más guapo, más sexy y más canalla.

Porque Eric Vila era un auténtico cañonazo, a pesar de que tenía los pantalones rotos y la cazadora llena de mugre por la caída. Si bien Sally aprovechó las pintas que tenía para recordarle en un tono de lo más irritante y ofensivo:

—¡Al consultorio se viene aseado!

El doctor Burns miró espantado a su hija, agarró a Eric por el hombro y le preguntó con preocupación:

—¿Te encuentras bien, Eric? ¿Cómo ha sido el accidente? ¿Te has golpeado la cabeza?

—Se me ha cruzado un loco con una bicicleta y he trastabillado al esquivarle. He caído al suelo sobre esta pierna —dijo mostrándole la pierna derecha donde tenía varios rotos en la pernera del pantalón.

—Sally te hará las curas. ¿Crees que está rota? —le preguntó el doctor.

—No. No hay rotura. Yo mismo podría curarme, pero es que tengo pánico a la sangre —reconoció Eric entre dientes, aun a sabiendas de que le estaba dando artillería a Sally para que cargara contra él.

Como así fue. Sally soltó una carcajada y después dijo con un deje de lo más repelente:

—¿No eres demasiado grandullón para tener miedito a la sangre?

El doctor Burns fulminó a su hija con la mirada y le exigió en un tono que no admitía réplica:

—¡Cierra el pico, Sally! Y atiende a nuestro amigo.

—¿Amigo? No, perdona. Yo no tengo amigos así —repuso Sally, batiendo las manos.

Eric la miró con rabia y le preguntó retándole con la mirada:

—Así ¿cómo?

—No me junto con macarras —respondió Sally, encogiéndose de hombros.

El doctor Burns, escandalizado, miró a su hija y le ordenó para que parara de una vez por todas:

—¡Compórtate, Sally! Me estás haciendo pasar una vergüenza tremenda. ¿Dónde diantres has aprendido a tratar así a las personas? Y además Eric Vila es un viejo amigo de la familia.

Sally frunció el ceño y preguntó porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando su padre:

—¿Viejo amigo?

Si bien su padre le refrescó la memoria y le recordó algo que Sally, por mucho que se empeñara, no podía borrar de su pasado:

—Estuvisteis saliendo juntos el verano antes de ir a la universidad.

A Sally se le demudó el rostro, puesto que no quería ni oír hablar de aquello y replicó:

—¿Salir juntos? ¿Yo? ¿Con esté gañán? ¡Yo soy una señorita con clase!

Sally se echó la melena aun lado y el doctor Burns harto de tanta grosería le ordenó:

—¡Sally pide excusas ahora mismo a Eric!

Sally miró a su padre alucinada, ya que ella no tenía nada de lo que disculparse y replicó:

—¿Quieres que me excuse por decir la verdad? Además, ¿esto qué es? ¿La guardería?

Eric con más sed de venganza que nunca, y tras comprobar que Sally seguía siendo la misma cabrona de siempre, le dijo al doctor:

—Déjelo, doctor Burns. ¡Su hija es un caso perdido! Me marchó al hospital.

El doctor Burns agarró a Eric por el hombro y le pidió en un tono de lo más conciliador:

—¡Ni se te ocurra, Eric! Mi hija va a atenderte y yo en su nombre te pido excusas por las ofensas que te ha proferido.

Sally puso una cara de horror tremenda y le recordó a su padre mientras que con el dedo índice daba golpecitos sobre la esfera de su Rolex:

—Mi turno acaba ya. ¡Yo me voy! Que le atienda la enfermera de la tarde.

El doctor Burns apretó fuerte los puños, pues estaba que se subía por las paredes y le gritó a su hija:

—¡Entra una puñetera vez en la consulta y atiende a Eric con el respeto y la amabilidad que se merece!

—Pero... —protestó Sally.

—¡Ya! —gritó el doctor señalándole la puerta.

Sally se dirigió hacia la puerta de la consulta con un cabreo monumental al tiempo que decía:

—Papá estoy en mi derecho de opinar que Eric es...

—El dueño de una de las principales redes de concesionarios y talleres oficiales del país —le dijo su padre, ofuscadísimo.

—¿Qué? —preguntó Sally, convencida de que seguiría trabajando de mecánico en el taller de mala muerte de su padre.

—Que es un empresario de éxito, admirado y respetado por toda la comunidad, que es una persona muy querida en nuestra casa y que tú le vas a curar esas heridas ahora mismo.

Sin embargo, Sally, que seguía procesando la información, replicó estupefacta:

—¿Eric Vila es un empresario de éxito muy querido en nuestra casa?

—Nos cayó genial desde el primer día en que nos lo presentaste, pero después le hemos comprado varios vehículos, hemos afianzado la amistad y nos solemos ver en el club —respondió el doctor.

Sally se envaró, abrió los ojos muchísimo y le preguntó a su padre porque no podía creerlo:

—¿Han admitido a Eric Vila en el club? ¿En nuestro selecto y exclusivo club social? ¿Y desde cuándo el director pone el listón de entrada tan bajo?

El señor Burns se pasó la mano por la cara, bufó y le dijo a Eric:

—Perdónala, te lo ruego. Su madre y yo lo hicimos fatal con ella, es más que evidente. Ahora solo le pido a Dios que estemos a tiempo para que lo suyo tenga enmienda.

Sally levantó las cejas y le gritó a su padre muy cabreada con lo que acababa de escuchar:

—¿Desde cuándo hay que pedir perdón por decir lo que se piensa? ¿Acaso no estamos en una democracia?

El señor Burns apretó los dientes, miró a su hija enfadadísimo y le ordenó señalando la puerta con el dedo índice:

—Ponte a trabajar. ¡Ahora!

Sally se dirigió de mala gana hacia la consulta y el doctor Burns volvió a excusarse de nuevo con Eric...

—Disculpas aceptadas, doctor Burns —le dijo Eric justo después de que Sally entrara en la consulta y cerrara la puerta de un portazo.

—Esto es lo que pasa cuando crías entre algodones a alguien —le confesó el doctor a Eric—. Solo espero que, trabajando duro en la consulta, aprenda lo que es el respeto, el esfuerzo, el sacrificio, el compromiso...

Eric entendía que su padre deseara lo mejor para ella, sin embargo, él tenía una opinión bien distinta:

—Vuelvo a repetirle que su hija es un caso perdido, doctor.

—Es lógico que opines así dado el comportamiento bochornoso de mi hija. No obstante, yo soy de la opinión de que siempre se está a tiempo de cambiar. Y tú serías una influencia estupendísima para ella.

Eric solo pudo encogerse de hombros y replicar muy sorprendido:

—¿Yo? Doctor, su hija me detesta. No sé si se ha dado cuenta.

El doctor agarró del hombro a Eric, le clavó su mirada cargada de sabiduría y le aseguró:

—Me doy cuenta de todo. Por eso me reafirmo en lo que acabo de decir.

Eric no pudo replicar nada porque de repente la puerta de la consulta se abrió, Sally, que se había puesto la bata otra vez, asomó la cabeza y dijo de mala gana:

—¡El siguiente!

Luego, se metió para dentro y el doctor le pidió a Eric hablándole con absoluta franqueza:

—Hace tres meses su prometido la engañó con su mejor amiga y su mundo entero se vino abajo. Le dijimos que se viniera a casa porque no tenía a donde ir, ni trabajo, ni nada de nada. Todo su mundo orbitaba entorno a Mark y al perderlo se quedó sin nada. Su casa era la casa de Mark, sus amigos eran los amigos de Mark, su trabajo era ser el florero de Mark.

A Eric no le extrañaba nada de lo que estaba escuchando, por lo que masculló:

—Entiendo.

—Quiero que trabaje, que se realice desempeñando su profesión, que sea independiente, que su mundo no gire alrededor del hombre de turno.

Eric comprendía perfectamente al doctor que no podía ser más sincero, no obstante, él conocía demasiado bien a Sally:

—Ojalá que consiga que su hija desee ser algo más que un bonito florero, pero...

—Sé que es una tarea difícil, pero entre todos podemos conseguirlo.

—¿Todos? —preguntó Eric, enarcando una ceja.

—Cuento contigo, Eric. Tú fuiste su novio.

—Ella no piensa lo mismo. Ya he escuchado cómo me niega.

—No sé qué pasó entre vosotros —masculló el doctor.

Eric tragó bilis de solo recordarlo y le dijo al doctor para zanjar el asunto cuanto antes:

—Su hija no quiere nada conmigo. Más claro no lo ha podido dejar.

—Ten paciencia con ella. Te lo ruego —le pidió el doctor.

—Hace mucho que me harté de las humillaciones de su hija. Y si no me he ido al hospital, ha sido por respeto a usted.

—Ya lo sé. Y de nuevo te pido disculpas —insistió el doctor.

—Su hija siempre se avergonzó de mí por mis orígenes humildes. Y por lo que veo, sigue siendo la misma clasista de siempre —repuso Eric, sintiendo muchísima rabia.

—Por eso quiero que trabaje duro, para que aprenda a respetar y a valorar lo que es el esfuerzo y lo que cuesta ganarse el pan cada día. Ya verás cómo después de unos cuantos meses de trabajo duro se le quitan esos prejuicios estúpidos de la cabeza.

—Dudo que su hija aguante mucho más trabajando en el consultorio —habló Eric con franqueza.

—Aguantará. Y si hay algo que me gustaría es que tú fueras su amigo —replicó el doctor convencido.

Eric chasqueó la lengua puesto que estaba seguro de que eso no iba a ocurrir jamás. Más que nada porque ni Sally le soportaba a él, ni él iba a perdonarle en la vida tantas humillaciones:

—Le agradezco la confianza, pero su hija jamás querría ser amigo de alguien como yo. Y yo...

El doctor no le dejó terminar la frase y le dijo con la convicción de que aquello iba a poder reconducirse:

—Tiempo al tiempo, Eric. Y ahora pasa a la consulta, por favor...

Capítulo 3

Eric pasó a la consulta, cerró la puerta y Sally le dijo al tiempo que se enfundaba los guantes de látex azules:

—Que sepas que voy a curarte las heridas porque me lo ha pedido mi padre.

—Que sepas que no me he ido al hospital a que me curen porque tu padre me ha pedido que me quede.

—Claro, como eres amigo de la familia —replicó Sally con retintín.

—Tus padres son personas buenas y extraordinarias.

—Lo sé. ¿Pero tú no eras el que decías que el club social te parecía un lugar decadente yapestoso? —inquirió Sally, mirándole divertida.

—Desde que tú te fuiste es un lugar maravilloso —respondió Eric con una sonrisa anchísima.

Sally pensó que el cabrón tenía una sonrisa maravillosa, de dientes perfectos y blancos. Y además se le marcaban unos hoyitos que eran la cosa más sexy que había visto en su vida.

Pero no iba a caer en la trampa. Ya no era la chica ingenua que en su día perdió la cabeza por un tío sexy y muerto de hambre como Eric Vila.

Y si algo tenía claro es que ni harta de vino tendría algo con un tipo como él. Así que agarró unas tijeras y le dijo mostrándoselas:

—¡Ven!

Eric miró espantado las tijeras y luego le dijo mordaz:

—¿Qué pretendes? ¿Clavármelas?

—No te creas tan importante. Tus palabras me resbalan. Voy a cortarte tus pantalones de macarra para limpiarte la herida.

—¿Qué? ¡Ni de coña! Son mis Levi's negros favoritos.

Y tras decir esto, Eric se desabrochó los botones del pantalón y en un visto y no visto se quedó en calzoncillos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sally que tuvo que tragar saliva al contemplar aquello.

—No voy a consentir que cortes mis pantalones.

—Pero si ya te los has roto...

—Una cosa es un roto y otra que me cortes las perneras. No lo voy a permitir. Y si te pone cachonda verme en calzoncillos...

—Ja, ja, ja, ja, ja. ¡Ya quisieras! —aseguró Sally, mirándole con desprecio.

—Siempre te he puesto. Aunque ahora me niegues —masculló Eric sintiendo el amargor de la bilis en la garganta.

Sally se agachó para empezar a limpiarle las heridas que tenía en la pierna y precisó:

—Nunca salimos juntos.

Eric contrarió el gesto de pura rabia y luego le preguntó ofuscado:

—¿Y entonces por qué me dijiste que me amabas aquella noche en el lago?

Sally, que quería cambiar de conversación cuanto antes, se limitó a responder sin darle importancia:

—No lo recuerdo.

—Joder, ¡maldita sea, Sally! —farfulló Eric, tras morderse los labios.

—¡Es imposible que te duela tanto como para ponerte así!

—¡No me pongo así por la puta herida! Me pongo así porque me estás engañando. ¡Es imposible que no recuerdes el día que perdiste la virginidad!

Sally alzó la cabeza, le miró horrorizada y le exigió muy ofuscada:

—No quiero hablar más de este tema.

—Porque te avergüenza haber tenido algo conmigo. Es eso, ¿verdad?

—No tuvimos nada —insistió Sally, que terminó de limpiarle las heridas.

—Ya.

—Es verdad. Fue la típica tontería de cuando estás en el último año del instituto.

A Eric las palabras de Sally le dolieron muchísimo y replicó con furia:

—Tú decidiste que yo te importaba una mierda en cuanto pisaste la universidad y me cambiaste por Mark. Pero para mí lo nuestro nunca fue la típica tontería...

—¿Qué otra cosa podía ser? —replicó Sally como si aquello fuera algo muy obvio.

—¿Qué? —repuso Eric, perplejo.

Sally agarró el frasco de Betadine y se puso a curarle las heridas mientras le recordaba:

—Pertenece a mundos diferentes. No hay más que mirarnos. No tenemos nada que ver.

Eric dio un respingo cuando Sally aplicó el producto en la herida más grande y masculló:

—Yo te quería.

—¿Y? —replicó sin darle la más mínima importancia.

—Me harté de llamarte, de escribirte mensajes, de mandarte correos y al final me tuve que enterar de que me habías dejado porque en Navidad te vi de la mano con otro.

Sally alzó la cabeza para mirarle y decirle para que lo entendiera de una vez:

—Y todavía recuerdo la vergüenza que pasé cuando te acercaste a mí con tu mono de mecánico y me pediste una explicación.

A Eric se le humedecieron los ojos de rabia y frustración y gritó:

—¡Eras mi chica! ¿Cómo no iba a necesitar una explicación?

Sally le apartó la vista y siguió curándole las heridas al tiempo que respondía tajante:

—Nunca fui nada tuyo.

Eric estaba tan cabreado que no le quedó más remedio que recordarle:

—¿Y entonces por qué no es la primera vez que te arrodillas ante mí y no precisamente para

curarme las heridas?

—¡Eres tan vulgar, Eric Vila! —exclamó Sally que ni se molestó en mirarlo a la cara.

Y a Eric le sentaron tan mal las palabras de Sally que decidió darle motivos para que opinara de esa forma de él:

—Tan solo te estoy recordando aquellos días en que te metías mi polla hasta el fondo y no parabas de decirme que te encantaba comérmela.

Sally agarró un apósito, se lo arrojó a la cara y le gritó con desprecio al tiempo que se situaba de pie frente a él:

—¡Eres un cerdo asqueroso!

Eric la miró a los ojos, a esos ojos verdes como esmeraldas que a él siempre le volvieron loco y le recordó:

—Juntos éramos puro fuego. Y además sentíamos muchas cosas, nunca fue solo sexo.

—Eso es lo que tú dices —dijo entre dientes Sally, que volvió a agacharse para terminar de curarle las heridas.

—Es lo que tú me susurrabas al oído después de correrte un montón de veces, con mis dedos, con mi boca, con mi...

—¡No sigas por ahí! ¡Ya vale! —exigió Sally.

—¡Joder! —gritó Eric, exasperado.

—No te quejes porque estoy siendo sumamente cuidadosa.

—¡Las heridas me importan una mierda! Lo que me cabrea es que te parezca tan normal que me dejaras sin darme la más mínima explicación.

—No hace falta explicar lo que salta a la vista. Mark era un chico de mi clase, de mi estatus, de mi nivel... ¿Sigo con los sinónimos para que lo pilles de una jodida vez? —repuso Sally, cabreadísima.

—Yo también estaba estudiando en la universidad. No en una exclusiva como la vuestra, pero yo también estaba estudiando.

Sally soltó una carcajada, que a Eric le dolió tanto como una patada en sus partes, y luego replicó:

—¿Te vas a comparar con Mark que pertenece a una prestigiosa familia de arquitectos y que se codea con la flor y nata de Nueva York? ¡Por favor, no seas ridículo!

Eric con un cabreo que no podía con él, le contó para que supiera a quién tenía realmente enfrente:

—Estudié mucho, trabajé muy duro, monté mi red de concesionarios y hoy tengo tanto dinero que...

Sally no le dejó seguir hablando, porque no necesitaba escuchar más, negó con la cabeza y le explicó:

—No se trata de dinero. El dinero no puede comprar la clase, ni la distinción, ni la elegancia, ni el estilo. Así que da igual la pasta que tengas, ¡jamás pertenecerás a mi mundo!

Y tras decir esto, alzó la cabeza y le sonrió con una sonrisa de oreja a oreja que provocó que Eric enarcara una ceja y le preguntara sin tapujos:

—Un mundo tan ideal en el que tu prometido se tira a tu mejor amiga. ¿Esa es tu gente con clase?

Y Sally, al tiempo que terminaba de curarle la herida más grande que era la que tenía justo encima de la rodilla, masculló:

—¡Mi padre es un bocazas! ¿Qué hace contándote mi vida?

—Está preocupado por ti. Y cree que yo puedo ser una buena influencia para ti —respondió Eric, sabiendo perfectamente lo que iba a provocar su respuesta.

Como así fue, porque Sally se limitó a troncharse de la risa:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—Ya le he dicho que tú no te juntas con chusma como yo —repuso Eric, batiendo una mano.

—¡Me alegro de que por fin vayas pillando de qué va la película! —exclamó Sally, que no podía parar de reír.

Sin embargo, Eric en ese momento tuvo más claro que nunca que necesitaba vengarse. Y ya no le valía una venganza cualquiera. Necesitaba la peor y la más dura de todas. Y justo en ese instante se le ocurrió un plan...

Capítulo 4

Una semana más tarde, y después de una jornada agotadora de trabajo, Sabrina, la recepcionista del centro, llamó a Sally antes de que saliera por la puerta:

—¡Sally! ¡Espera! ¡Tienes un paquete para ti!

Sabrina era una joven de veinte años, rubia, de pelo largo y liso, menuda, de estatura media, ojos enormes de color azul y una sonrisa siempre en los labios.

Algo que Sally no comprendía porque Sabrina trabajaba por las mañanas en la clínica, por las tardes estudiaba Nutrición y los fines de semana ponía copas porque en su casa hacía mucha falta el dinero.

Eran cuatro hermanos, tres chicos y ella que era la mayor. Su padre les abandonó cuando el hermano menor era apenas un bebé y la madre se dedicaba a limpiar casas. Así que Sabrina desde muy pronto se tuvo que poner a trabajar para llevar dinero a su casa y además colaboraba con las tareas del hogar.

En fin, que Sally no entendía cómo Sabrina tenía ganas de sonreír con esa vida de mierda que llevaba. Como ese día en que le avisó que tenía un paquete...

—Serán los guantes especiales que pedí el otro día —supuso Sally.

Si bien Sabrina negó con la cabeza y le dijo mostrándole un pequeño paquetito:

—No lo envía ninguno de nuestros proveedores sanitarios habituales. Y esto tiene pinta de ser cualquier cosa menos un paquete de guantes especiales.

Sally se quedó mirando el paquete con curiosidad y replicó:

—¿Y quién lo envía? ¿Pone quién es el remitente?

Sabrina echó un vistazo al paquete, asintió y respondió sin perder su fabulosa sonrisa:

—Eric Vila.

Sally se quedó rígida y mirando con horror el paquete le dijo a la recepcionista:

—¿Y qué coño me manda este?

—No lo sé. Pero es de Eric Vila —contestó Sabrina levantando las cejas y luego añadió—: ¡Qué suertuda!

Sally arrugó el ceño y sin dejar de mirar el paquete le dijo a Sabrina:

—¿Suertuda? Yo no quiero saber nada de Eric Vila. Y se lo dejé bien claro el otro día cuando le atendí en la consulta. Así que no sé qué hace mandándome paquetitos.

—Estará agradecido —supuso Sabrina

—No creo. Le traté peor que a un gusano —aseguró Sally sin sentir la más mínima culpa.

—¿A Eric Vila? —inquirió Sabrina, alucinada.

—Sí, ¿por qué te extrañas tanto?

—Porque todo Austin está que pierde el culo por él. Es el chico por el que todos suspiran.

—¿Todos? —replicó Sally, enarcando una ceja.

—Tendrías que escuchar las cosas que dicen de él mis amigos gais —habló Sabrina poniendo la mirada picarona.

—Pero él no es gay. O por lo menos antes no lo era. A no ser que ahora sea bisexual.

—No, no es gay. Pero todo el mundo coincide en que es el tío más bueno de Austin. Y además es un amor. A pesar de estar forrado no se lo tiene nada creído y sigue comportándose como cuando era un chico humilde.

—No puede comportarse de otra manera —repuso Sally, encogiéndose de hombros—. Es un gañán.

—¿Gañán? —preguntó Sabrina, a la que no le encajaba para nada que ese adjetivo pudiera describir a Eric Vila.

—Un tío vulgar y grosero al que puse en su sitio el otro día. Por eso me sorprende tanto que me haya mandado un paquetito. Igual es una mierda seca de su perro o algo por el estilo —dijo Sally, convencida.

—Eric jamás haría nada semejante. Es un buen tío.

—¿Y de qué le conoces? —preguntó Sally, con curiosidad.

—Le conozco porque hace unos meses contrató en uno de sus talleres a mi hermano Jerry y solo habla maravillas de él. Dice que es un jefe muy bueno y generoso. Le paga bien y además le costea los estudios. Y lo hace con todos sus empleados, aparte de ayudar un montón a la gente a través de distintas organizaciones benéficas.

—Como siga así terminarán beatificándolo —ironizó Sally.

—En serio, es un gran tipo. Y seguro que el paquete es algún detalle para agradecerte que le atendieras.

Sally resopló y le arrebató el paquete de la mano a la recepcionista, porque estaba muerta de cansancio y solo quería llegar a casa para comer a toda prisa y echarse una siesta de tres horas.

—Ya verás tú el detalle de este —habló Sally de mala gana, mientras abría el paquete.

Y, tras retirar el envoltorio, las dos se quedaron alucinadas al ver que era una caja roja de Cartier.

—¡Ostras, el detallazo! —chilló Sabrina, que estaba que no daba crédito.

Sally tragó saliva y luego dijo agitando la caja al aire:

—Tiene que ser una broma. Ya verás cómo ha metido dentro de la caja la figurita de una bruja con verrugas comprada en el mercadillo de la esquina o algo similar.

—¿Una bruja con verrugas? Pero ¡qué dices! —soltó Sabrina que no esperaba para nada que Eric hiciera semejante cosa.

—Le conozco muy bien.

—Sé que fuisteis novios —contó Sabrina.

—¿Novios? ¿Quién te ha contado que fuimos novios? ¡Porque te está mintiendo descaradamente!

—Fui un día a buscar a Jerry al taller y estaba Eric. Nos pusimos a hablar, le dije dónde trabajaba y me contó que cuando estabais en el instituto fuisteis novios.

—¡Ya quisiera ese! ¡No he caído tan bajo en mi vida! —exclamó Sally toda digna, echándose la melena hacia atrás.

—¿No? Pues todo Austin estaría dispuesto a arrodillarse ante él y...

—¡No hace falta que me digas nada más! —le exigió Sally no quería escuchar como Austin entero mataría por hacerle una mamada al buenorro de Eric.

—Y eres la única novia que ha tenido porque después de ti no ha estado con nadie más.

—¿En serio? —preguntó Sally, que le costaba muchísimo creerlo.

—Tendrá sus líos y sus apaños, pero estuvo hablando un día con Jerry, que es un romántico empedernido, y Eric le confesó que solo se había enamorado una vez, cuando estaba en el instituto. Y esa chica solo puedes ser tú...

A Sally le entró un ligero temblor de rodillas al escuchar aquello, si bien no le dio ninguna importancia.

Porque no la tenía, se repitió a sí misma. Y luego replicó quitándole importancia:

—Pero lo nuestro fue una estupidez.

—Para él no lo fue porque insistió en que solo había tenido un amor verdadero.

Sally bufó, pues aquello se estaba poniendo de un pastelero que no podía soportarlo y habló:

—Amor verdadero. ¿Qué chorrada es esa?

—¿No crees en el amor? —inquirió Sabrina.

—Creía hasta que pillé a mi prometido metido en la cama con mi mejor amiga.

—¡Qué cabronazo! —exclamó Sabrina, asqueada.

—Como comprenderás, no estoy en condiciones de creer en el amor.

—Pero Eric no es así. Por como trata a su gente se ve que es un tío leal y comprometido. No me lo imagino haciendo una guarrada semejante a nadie.

—No pongo la mano en el fuego por ningún tío. Mi prometido era el chico perfecto y mira por dónde salió —dijo Sally con un deje de tristeza en la voz y sobre todo decepción.

—Te repito que Eric no es así —insistió Sabrina, que parecía su abogada defensora.

—Da lo mismo. Yo jamás tendría nada con Eric. Nos separa un abismo de galaxias.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué exagerada! —exclamó Sabrina, muerta de risa.

—En serio. Él siempre será un barriobajero y yo soy una señorita. ¿Acaso no le ves a él y no me ves a mí?

—¡La dama y el vagabundo! ¡Qué romántico! —canturreó Sabrina, divertida.

Sally se echó a reír y abrió la caja de Cartier esperando cualquier cosa menos una joya de

valor:

—¡Ya verás tú lo romántico que es el regalito que me ha mandado! Una boñiga de...

Pero se tuvo que callar porque ante sus ojos apareció una pulsera clavo dorada y Sabrina exclamó:

—¡Caray, con la boñiga! ¡Es la pulsera más bonita que he visto en mi puñetera vida! ¡Y tiene que valer un riñón como poco!

—¡La madre que le parió! —masculló Sally que estaba que no podía creerlo—. ¡Está loco! ¿Qué hace regalándome una pulsera como esta?

—Él tiene muchísimo dinero, se lo puede permitir —respondió Sabrina.

—¿Y qué pretende con esto? —farfulló Sally sin poder dejar de mirar la pulsera.

—¡Si no la quieres, yo la aceptaría encantada! —se ofreció Sabrina, divertida.

—¿Quién ha dicho que no la quiera? —repuso Sally, que estaba con una intriga tremenda.

—¡Como tonta!

—En serio. Es mi pulsera favorita. Tenía una como esta, pero me la dejé en la casa de Mark. Salí corriendo de allí y a los dos días me escribió informándome de que me mandaba mis cosas en un camión de mudanzas. Le dije que se las metiera por donde le cupiese y me viene para Austin con una mano delante y otra detrás. Tenía tantas joyas, tantos vestidos bonitos, tantos bolsos, tantos zapatos...

—Pero lo importante es que ya no tienes un prometido que te engaña —le recordó Sabrina, con buen criterio.

—Es verdad. ¿Pero cómo coño se habrá enterado Eric de que esta es mi pulsera favorita? ¿Y por qué me hace un regalo tan bueno después de que le traté fatal?

—La única respuesta que se me ocurre es que Eric es genial —aseveró Sabrina, encogiéndose de hombros.

Sally negó con la cabeza, se puso la pulsera y le confesó a la recepcionista:

—Me odia y mucho. Le dejé sin más explicaciones y en Navidad me planté en Austin de la mano de Mark.

—¿No decías que no tuviste nada con él?

Sally resopló, contempló lo bien que lucía la pulsera en su muñeca y dijo con algo de nerviosismo:

—El típico rollo del instituto...

—Eric dice que se enamoró como nunca.

—A él se le fue muchísimo la pinza, porque ¿qué futuro teníamos él y yo? —repuso Sally, apelando a la sensatez.

—¡Un futuro infinito! —exclamó Sabrina, haciendo grandes aspavientos con las manos.

—¡No delires! Pertenece a mundos distintos. Y no es que sea clasista...

—Ah, ¿no? —replicó Sabrina, con guasa.

—Puede parecerlo, pero es una cuestión de sentido común. Él está acostumbrado a un tipo de vida, a una forma de estar en el mundo que no tiene nada que ver con la mía. Él viene de abajo y yo estoy acostumbrada a cosas como a esquiar en Aspen, a asistir a estrenos de ópera en París, a veranear en Los Hamptons...

—Él tiene dinero para hacer todo eso. ¡Y más!

—No se trata de dinero —explicó Sally—. Se trata de que a Eric Vila lo que más le gusta en la vida es hacer cosas como ir a pescar con unos bocadillos gigantes, escuchar a los Rolling Stones y pasarse la noche bajo las estrellas esperando a que muerda el anzuelo una puñetera trucha.

—¡Planazo! —exclamó Sabrina, entusiasmada.

—Un día, tal vez, pero yo soy de gustos más sofisticados. Con todo, voy a llamarle en cuanto llegue a casa para ver si me entero de qué es lo que trama.

—¿Qué va a tramar? ¡Reconquistarte! —replicó Sabrina, convencida.

—Ja, ja, ja, ja. Para eso tendría que haberme tenido alguna vez y no es el caso.

—¿Estás segura?

Sally sintió una cosa rara por el cuerpo, pero lo achacó al hambre y al cansancio que tenía y respondió:

—Absolutamente...

Capítulo 5

Después de almorzar, Sally se tumbó en el salón con el aire acondicionado a tope, pues a pesar de que estaban en septiembre, seguía haciendo un calor tremendo.

Luego, agarró el teléfono móvil y, aprovechando que no había nadie en casa, llamó a Eric que respondió a los tres tonos:

—¿Qué he hecho para merecer que la chica con más clase de Austin me telefonee?

—Explícame lo de la pulsera —le exigió Sally, rotunda.

—Tienes unos modales pésimos para ser una señorita tan fina. ¿No te han enseñado que las conversaciones se inician con un saludo? —inquirió Eric, mordaz.

—¿Para qué voy a sacar a relucir mis exquisitos modales con un gañán? —replicó Sally con una sonrisa enorme.

Y Eric que tenía perfectamente definido su objetivo, se limitó a decir sin inmutarse:

—¡Buenas tardes, Sally! ¿Me has llamado para algo más que insultarme?

—Te lo acabo de decir, necesito saber por qué me has comprado una pulsera —insistió Sally, que se mordió el labio inferior con cierto nerviosismo.

Eric, aun a sabiendas de que Sally no iba a soltar la pulsera ni arrancándosela por la fuerza, replicó:

—Si no te ha gustado, ahora mismo mando a alguien para que la recoja y...

—¡Ni se te ocurra! —gritó Sally dando un respingo en el sofá—. ¡La pulsera es mía! ¡Y ya no me la quita ni Dios!

Eric soltó una carcajada, dio un sorbo a su copa de agua, pues estaba en pleno almuerzo y masculló:

—Joder, con la señorita, ¡cómo se las gasta!

—Es mi pulsera favorita. Y tenía una exactamente igual, pero como salí pitando después de pillar a Mark *in fraganti*, me quedé sin ella.

—Reclámale tus cosas —replicó Eric mientras troceaba con el cuchillo y el tenedor el bistec.

Y Sally fue entonces cuando se percató de algo...

—¿Y ese ruido de cubiertos? ¿No me estarás poniendo en manos libres?

—Es la única manera que tengo de poder hablar contigo y comer. Y no te preocupes que estoy absolutamente solo. Son las cuatro de la tarde y no hay nadie más que yo.

—Baja al máximo el volumen. No quiero que todo Austin se entere de mis miserias.

—Soy un tipo discreto. Te recuerdo que sé comportarme —replicó Eric, tras comerse un pedazo de carne.

—No sé yo...

—¿Cómo que no sabes? —inquirió Eric, mosqueado.

—Mi recepcionista me ha chivado que vas contando a todo el mundo que fuimos novios.

—A todo el mundo, no. Jerry es un chico que me cae de maravilla y con el que tengo conversaciones profundas y muy interesantes. Y un día hablamos de amor, apareció su hermana, continuamos con el tema y resulta que yo me abrí y le confesé una verdad como un templo. Pero no te confundas conmigo, yo no soy un frívolo como tú.

—¿No te parece que la palabra novios nos viene demasiado grande?

—Si quieres la cambio por amor verdadero.

Sally sintió un corrientazo de energía que la atravesó entera y le dio tanta rabia que le exigió:

—¡Déjalo! Y mejor volvamos al tema de la pulsera.

—Tu pulsera favorita. Esa que está en casa de tu ex.

—Y que no pienso ir a buscar porque le pedí que se metiera todas mis cositas por el culo.

—Y luego el barriobajero soy yo —habló Eric que seguía con el bistec.

—Lo que más me fastidia es que seguro que Salma se ha quedado con todo.

—Salma es...

—La zorra traidora —replicó Sally con una rabia tremenda.

—De tu boca no paran de salir sapos y culebras, señorita finolis —le espetó Eric.

—La defino como se merece. Y si me pongo a hablar de Mark, ya ni te cuento. ¡Te pitarían los oídos!

—No me apetece. Gracias —zanjó Eric, que lo que menos le apetecía era hablar de ese gilipollas.

—Sé que estás almorzando, pero no sé si estabas ocupado con algo, como ahora eres un tío importante... —dijo Sally, mordaz.

—Estaba leyendo unos correos al tiempo que almuerzo. Pero ya veo que a ti te importa una mierda. Y eso que tienes una educación estupendísima y unos modales que son lo más de lo más.

—¿Podemos hablar o no? —replicó Sally que no le había llamado para que opinara sobre sus modales.

—Acabo de salir de una reunión, me he metido en el primer restaurante que he visto para almorzar y en veinte minutos tengo otra cita con un cliente. Así que dime...

—El que tienes que decirme eres tú. ¿Para qué coño me compras una pulsera y cómo sabías que era mi favorita?

—Porque es la favorita de todas las pijas que conozco y te la he comprado en agradecimiento por las molestias que te tomaste para curarme.

—Estaba haciendo mi trabajo —masculló Sally que estaba tremendamente descolocada.

—Pero sé lo poquísimo que te gusta trabajar y el esfuerzo tan enorme que te tuvo que suponer curar mis heridas —repuso Eric en un tono de lo más irónico.

—Vale. Lo pillo. Te has gastado un dineral en una pulsera para soltarme en mi cara que soy

una zángana. Definitivamente, tú eres idiota —concluyó Sally, aunque ella estuviera encantada con la pulsera.

Sin embargo, Eric tenía un plan y respondió con algo que por otra parte también era verdad:

—Siempre deseé comprarte algo bonito, y ahora que tengo dinero te lo regalo con carácter retroactivo.

—¿Me haces un regalo a pesar de todo lo que pasó entre nosotros? —inquirió Sally, incrédula.

—Considero que merece un regalo todo lo bonito que vivimos cuando estuvimos juntos.

A Sally no le terminaron de cuadrar las explicaciones de Eric y replicó:

—Pero no puedo creer que tú...

Si bien Eric decidió cambiar radicalmente de tema y preguntarle:

—¿Vas a ir el sábado a la fiesta benéfica del club?

—No tengo qué ponerme. En mi armario no hay más que trapos viejos y no cobro hasta final de mes. Aparte de que con lo que voy a cobrar no me va a dar para comprarme los modelitos que a mí me gustan.

—No me atrevo a preguntarte cuánto dinero cuestan esos modelitos porque sé que la respuesta me va a escandalizar.

—A mí lo que me escandaliza es que mi padre me vaya a pagar según convenio, ni más ni menos. ¿Te lo puedes creer? —inquirió Sally, indignada.

—Es un hombre justo —opinó Eric que no podía admirar más al doctor Burns.

—¡Soy su hija! ¡Tendría que pagarme mucho más que al resto!

—¡Qué morro tienes, Sally! —le reprochó Eric.

—¿Morro? Solo reivindico mis derechos como niña de papá que soy.

—¿No te da vergüenza? —masculló Eric, alucinado.

—¡Ninguna! ¿Por qué me voy a avergonzar de pertenecer a una buena familia con posibles? La vergüenza la dejo para la gente humilde como tú...

Sally soltó una carcajada que a Eric le sentó como un tiro, pero necesitaba seguir adelante con su plan y le preguntó:

—¿Te gustaría ir a la fiesta del sábado en el club?

—No me veo haciéndome un traje maravilloso con una cortina.

—¿Podrías estar mañana a las cinco en la calle Sexta? —le propuso Eric.

Sally, sin estar segura de lo que le estaba proponiendo, replicó:

—¿Para qué?

—Tengo un par de horas libres y una tarjeta de crédito para usar a discreción.

Sally se quedó durante unos instantes callada, de pura perplejidad y luego inquirió:

—¿Esto de qué va? ¿Vas a llevarme de compras para que gaste todo lo que se me antoje?

—Exactamente. Como sucede en las comedias románticas cuando la chica empieza a probarse

un montón de modelitos y el chico...

—¡Para! —le exigió Sally para que no se hiciera películas y nunca mejor dicho—. Porque he visto mogollón de comedias románticas y ese momento de ir de compras suele ser después de que haya habido un beso.

—En nuestra comedia romántica particular puedo besarte después de ir de compras. ¡Seamos originales!

—¡Me estás vacilando! —bufó Sally.

Sin embargo, Eric no solo no la estaba vacilando, sino que sabía perfectamente que Sally había picado en el anzuelo.

Más que nada porque la conocía demasiado bien y además era un pescador consumado, por lo que replicó:

—Te hablo en serio, te acompaño a comprarte ropa y luego si te apetece...

—¡Besos no! —exclamó Sally, espantada—. Pero no te voy a decir que no a ir de compras, porque estoy aburridísima y me apetece divertirme un poco. Me vendrá bien ir de tiendas y luego una fiestecita el sábado...

Capítulo 6

En cuanto Sally llegó a la fiesta, vestida de firmas carísimas de arriba abajo, el primero con el que se encontró fue con Eric que justo acababa de llegar al club y que estaba guapísimo vestido de esmoquin:

—¡Princesa derrochadora, buenas noches! —le saludó Eric que pensó que estaba guapísima.

Sally lucía un vestido entallado fucsia de escote palabra de honor que resaltaba los pechos pequeños y redondos que a él le encantaban, que le marcaba las curvas y que le hacían unas piernas infinitas.

Luego, se había recogido su larga melena lisa en un moño desenfadado, llevaba un maquillaje de fiesta que le acentuaban sus preciosos ojos verdes y la boca gruesa que a Eric le volvía loco, y llevaba unos pendientes de brillantitos a juego con el collar que también había pagado Eric.

Como también había costado los taconazos y el bolso que portaba...

—Era necesario hacer este desembolso para mi regreso al club. No podía permitirme volver con cualquier trapo, bisutería fina y zapatos de treinta dólares. Tengo una reputación —se justificó Sally.

—¿La reputación te la da los símbolos de estatus que luces? —preguntó Eric, enarcando una ceja.

Sally le miró, pensó que era el tío más bueno que había visto en su vida y que esa noche estaba como para suplicarle que la empotrara contra cualquier pared, cosa que él sabía hacer rematadamente bien, daba fe, sin embargo, lo que le dijo fue:

—Tu llevas un esmoquin de Armani y sigues siendo...

—Un paleta, un gañán, un vulgar mecánico —le cortó Eric, porque sabía perfectamente lo que le iba a decir.

—Tú. Simplemente, tú —habló Sally con una sonrisa enorme.

Y Eric pensó que era Sally la que necesitaba que le aclararan un poco las ideas, por eso le explicó:

—La reputación para mí tiene que ver con la honestidad, con el trabajo bien hecho, con el esfuerzo, con el compromiso, con...

Sally resopló porque no quería ni oír hablar de ese tema y repuso:

—¿Me cuentas esto para que te ponga una medalla por haber levantado un imperio de la nada con tu esfuerzo y tu sacrificio?

—No quiero medallas, tan solo quiero explicarte que la reputación implica mucho más que colgarse de las orejas unos bonitos brillantes.

—Eso no sirve en mi mundo —aseguró Sally batiendo las manos—. Tenemos otros valores, por eso no quería presentarme en el club con unos pendientes de bisutería y con la verdad por

delante. Sin embargo, luciendo como una maravillosa diosa y con la narrativa que traigo...

—¿Narrativa?

—Me he inventado un relato para justificar mi vuelta a Austin. Y a mis padres les he pedido que por favor no cuenten los motivos de mi vuelta a casa. Y lo mismo te digo a ti, más te vale que cierres el pico o yo misma te arrancaré la lengua con estas manitas tan bien manicuradas a la francesa —aseguró Sally, mostrándole las uñas.

—Manicura que también he pagado yo —le recordó risueño.

—Tómatelo como una obra de filantropía —le propuso Sally.

Eric soltó una carcajada porque lo de esa chica era tremendo:

—¿Filantropía?

—¡Exactamente! Soy una causa estupendísima en la que debes invertir porque al dejarme ver contigo, la gente se va a pensar que te he metido en mi selecto círculo y eso te va a reportar un aumento considerable de tu valoración y posicionamiento social.

—La gente se va a pensar, pero yo nunca formaré parte de tu círculo —masculló Eric, que no podía más que repetirse lo mucho que iba a disfrutar su venganza.

—Obvio, en mi círculo nunca vas a entrar. Siempre ha habido clases. El mundo es así. Las reglas no las he puesto yo.

Eric sonrió, se echó el pelo hacia atrás con una mano y le recordó:

—No tengo problemas para entrar en ninguna parte.

—Entras en todas partes, pero la gente top de verdad, la del dinero viejo, nunca dejarán de verte como un paleta venido a más que adolece de clase, distinción, saber estar, sofisticación... En fin, todo eso que yo te voy a aportar con mi formidable compañía —habló Sally sin arrugarse en absoluto.

—O sea que lo que gaste en ti me lo tengo que tomar como una inversión en publicidad de mi propia marca personal —repuso Eric, que en su vida había conocido a nadie igual.

—¡Chico listo! Y también...

Sally se tuvo que callar porque de repente aparecieron un grupo de chicas gritando emocionadas al ver a Eric y corrieron hacia él:

—*Eriiiiiiiiiiiiiiiiiic! ¡Eriiiiiiiiiiiiiiiiiic!*

—¿Y a estas locazas que les pasa? —preguntó Sally que no entendía nada.

—¡Me adoran! —exclamó Eric encogiéndose de hombros.

Sally que estaba boquiabierta masculló, puesto que estaba que no podía creerlo:

—¡Son las socias principales de Las chicas ideales de Austin, el núcleo duro del club! ¡Son la flor y nata de Austin, pertenecen a las familias más renombradas del dinero viejo, son selectivas, son exquisitas, son...!

Las ocho chicas se abalanzaron sobre Eric, lo besaron, lo abrazaron, dos se colgaron de sus

brazos y finalmente Marion que era la presidenta del club gritó entusiasmada:

—¡El chico favorito del club por fin ha llegado! ¡Sin Eric Vila no hay fiesta que merezca la pena!

Sally, que estaba con la mandíbula en el suelo, se plantó frente a las chicas y dijo haciendo aspavientos con las manos:

—¡Hola, chicas! ¿Sabéis quién ha vuelto a la ciudad?

Las chicas saludaron a Sally con corrección, pero sin ninguna efusividad y luego Marion le dijo:

—Sabemos que estás de vuelta, pero como te fuiste sin decir adiós...

—No me fui sin decir adiós —replicó Sally, porque para ella había un matiz importante—. Me enamoré de un chico increíble y me dediqué a vivir una vida de ensueño en Nueva York. He pasado unos años divinos junto a él, he disfrutado de las mejores fiestas y de todos los lujos, pero al final todo acaba cansando y necesitaba una vuelta a las esencias. Extrañaba tanto todo... Mi familia, mis amigas, esta tierra y, cómo no, el ejercicio de mi profesión que me apasiona. ¡Y estoy de vuelta, chicas! ¡Y os recuerdo que mi bisabuela Isadora fue una de las fundadoras del club de Las chicas ideales de Austin!

Sally habló con mucho entusiasmo, pero las chicas seguían tan frías como al principio y finalmente la que habló fue otra rubia, Carol, que no tenía pelos en la lengua:

—El club de Las chicas ideales no acepta traidoras.

—¿Me estás llamando traidora, Carol? —preguntó Sally, entornando la mirada y muy ofendida.

—Renegaste de nosotras. Y eso para nosotras es alta traición —respondió Carol, tajante.

—¿Cómo que renegué de vosotras? Me fui a Nueva York y...

—Y no respondiste ni a llamadas, ni a correos, ni a felicitaciones de Navidad. Nos dejaste bien claro que te importamos una mierda —le recordó Marion, muy seria.

—¡No seas melodramática, por favor! He estado muy ocupada y no tenía tiempo para ponerme a leer mensajitos de ji, ji, ja, ja, ja.

Marion, muy ofuscada con lo que estaba escuchando, le informó de que:

—En esos mensajes te contábamos cosas alegres que para nosotras son importantes, como que varias hemos logrado altos puestos de dirección en grandes empresas, algunas nos hemos casado, otras han tenido bebés, otras hemos perdido a nuestros padres, Miranda tuvo un cáncer de mamá...

—Lo siento, Miranda —masculló Sally, clavándole la mirada a Miranda y sintiendo un nudo horrible en el estómago.

—Fue muy duro, pero con el apoyo de las chicas que siempre estuvieron ahí, salí adelante y ya está todo bien —dijo Miranda.

Y Sally se sintió mucho peor, porque no había relato que justificara que no hubiera tenido una palabra de apoyo para Miranda, que siempre se había portado de maravilla con ella.

—Yo es que... —atinó Sally a decir, mordiéndose el labio.

Si bien Carol la cortó, porque no estaba dispuesta a escuchar nada más:

—No hay excusas, Sally. Eres una egoísta de mierda, no vas más que a lo tuyo y ya solo esperamos que tengas la decencia de no solicitar tu reingreso al club de Las chicas ideales de Austin.

—¿Cómo? ¿Me habéis expulsado? —inquirió Sally, patidifusa—. ¡No podéis hacerlo! Los estatutos dicen que no se puede echar a un miembro de una de las familias fundadoras.

—En los estatutos precisamente aparece que las miembros del club tienen que apoyarse unas a otras. ¡Tu bisabuela Isadora tiene que estar revolviéndose en la tumba al ver que eres una mujer que no tiene palabra! —exclamó Marion, retándola con la mirada.

Sally se mordió los labios, los ojos se le llenaron de lágrimas y después repuso:

—Yo os habría apoyado de haber estado en Austin, pero es que mi vida era muy complicada y...

—¡No queremos verte ni en pintura! —sentenció Carol y el resto de chicas asintieron—. Con amigas como tú, no necesitamos enemigos. Te deseamos lo mejor y que te vaya muy bien en tu regreso a Austin.

Sally hizo esfuerzos ímprobos para que las lágrimas no se le escaparan y farfulló:

—Pero...

Sin embargo, ninguna le prestó atención y Marion después se dirigió entusiasmada a Eric:

—¡Te estamos esperando para abrir el baile! Ya sabes que nos encanta que tú abras las veladas.

Sally, sintiendo una frustración y una rabia que no podía con ellas, replicó muy seria:

—Eric ha venido conmigo.

—Tienes suerte de que te mire a la cara después de cómo te portaste con él —le dijo Carol.

—Eric y yo... —musitó Sally.

Pero Marion la interrumpió, ya que no tenía nada que explicarles:

—Todas sabíamos que estabas loca por Eric, a pesar de que renegaras de él en público.

Llegados a ese punto, Sally decidió que ella también iba a ser sincera y replicó con rabia:

—¡No seáis cínicas!

—No te confundas, aquí la única cínica que hay eres tú —aseguró Carol.

—¡Por favor! ¡Ni que no os conociera! Sé perfectamente que, si Eric siguiera trabajando en el taller de mala muerte de su padre, ni le miraríais a la cara...

—Su padre murió hace tres años. ¿Cómo te atreves siquiera a mencionarlo? ¡Eres repugnante, Sally Burns! —exclamó Carol, que la miró con sumo desprecio.

—¿Tu padre murió? —le preguntó Sally a Eric, porque era la primera noticia que tenía.

Eric apretó fuerte las mandíbulas, asintió y respondió afectado porque fue el golpe más duro que había recibido en la vida:

—Fue de repente. De un ataque cerebral. Se mareó, se tumbó en la cama, cerró los ojos y no volvió a despertar.

Sally sintió esta vez un nudo en la garganta que le hizo balbucear:

—No sabía. Lo siento.

Sin embargo, Carol la miró con infinito desprecio y le dijo señalándola con el dedo:

—Tú no sientes nada, Sally. Tú solo vas a lo tuyo y eres lo peor que hemos conocido jamás...

Capítulo 7

Eric abrió el baile con Marion, luego bailó con el resto de Las chicas ideales como hacía siempre, y después cenó las delicias del bufé libre mientras observaba cómo Sally no se separaba de sus padres, ya que nadie más le dirigía la palabra.

Y aunque la verdad era que como venganza después de tantos desprecios no estaba nada mal, todavía necesitaba mucho más.

Por eso tras coger dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasó justo delante de él, se acercó a Sally y, tras saludar amablemente a sus padres, le propuso:

—¿Te gustaría que nos tomáramos una copa de champán en el jardín?

Sally miró a Eric como si fuera su tabla de salvación, le faltó tiempo para agarrar la copa y responder:

—¡Me has leído el pensamiento!

Eric se despidió de los padres de Sally y, cuando estaban a solas en el jardín, ella le confesó asqueada tras beberse la copa del tirón:

—¡Vaya mierda de fiesta!

—Si lo llego a saber habría pedido la botella entera.

—Este horror no se puede soportar ni ebria —aseguró Sally.

—¿Qué esperabas? —inquirió Eric, arqueando una ceja.

Sally bufó porque en el fondo hubiese esperado mucha más comprensión por parte de sus amigas:

—¿Tanto les cuesta entender que perdí la cabeza por Mark y me olvidé de todo?

Eric dio un sorbo a su copa y respondió muy dolido con lo que acababa de escuchar:

—¿Tan poquito te importábamos?

—¿Ahora vas a venir tú con la misma cantinela? ¡No puedo soportar ni un puto reproche más! —exclamó Sally, sintiendo que el mundo entero se había confabulado contra ella.

—No te estamos reprochando nada. Tan solo constatamos un hecho.

Sally se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja y reconoció finalmente:

—Lo que hice no estuvo bien.

—Ellas eran tus amigas. Y te querían y te apreciaban —le recordó Eric, que obvió decir que él era su novio y que la quería más que a su vida.

—Y las he fallado —confesó Sally, sintiéndose de pena.

—Me temo que sí —aseguró Eric, al que le entraron unas ganas absurdas de abrazarla.

Pero las reprimió porque él no estaba ahí para que Sally se sintiera mejor, ni para reconfortarla. Y ella, ajena a los planes de Eric, siguió sincerándose:

—Y me he convertido en la apestada del club, nadie me ha hablado en toda la noche excepto

mis padres.

—Y yo —le dijo Eric con una voz grave y profunda, y sobre todo muy sexy.

—Tú que has venido para descojonarte de mí, después de verme convertida en una maldita paria —habló Sally tras agitar su copa vacía al aire—. ¡Es la primera vez en mi vida que acudo a una fiesta en la que absolutamente nadie quiere bailar conmigo!

—No lo entiendo porque eres una paria tremendamente atractiva —masculló Eric.

—¡Cómo te lo tienes que estar pasando de verme en la puta mierda!

Eric pensó que todavía quería verla más abajo y replicó:

—Las tornas han cambiado, señorita Burns. Y ahora eres tú la que me necesitas para recuperar tu reputación.

—Ya veo que tienes a todo el mundo comiendo de tu mano. ¡Hasta el sector más rancio del club parece que te acepta como un igual! —exclamó Sally que estaba alucinada de cómo había cambiado el cuento.

—Ya te dije que no tenía problema en acceder a ninguna parte —replicó Eric, sin un ápice de jactancia. Era la pura verdad.

—No sé cómo lo has hecho, pero...

—La mayoría son clientes y saben que soy un buen profesional, honesto y decente que trabaja muy duro. Aparte de que los tiempos han cambiado y la gente es mucho más abierta de mente —le explicó Eric.

Sin embargo, Sally tenía otra teoría para explicar su meteórico triunfo social:

—Lo que pasa es que eres el soltero casadero más guapo y con más dinero de Austin, y eso hace que hasta los más rancios se vuelvan laxos en cuanto a sus exigencias.

—Ja, ja, ja, ja. ¿De dónde sacas eso de que soy el mejor soltero casadero?

—Tengo ojos en la cara. Y en la fiesta están todos los que son alguien en la ciudad. ¡Tú les ganas por goleada! Y así están todas, babeando por ti como gatas en celo.

Eric la miró divertido porque sus palabras solo podían interpretarse de una forma:

—Lo dices de una manera que pareciera que estás celosa.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Ya quisieras! —masculló Sally, tronchada.

—Tendrías que valorar que me esté jugando mi reputación por conversar con la apestada de Austin —bromeó Eric.

—¡Deja de burlarte de mí! Además, sabes que tienes patente de corso para hacer lo que quieras. Es lo que tiene ser guapo y tener dinero. ¡Disfrútalo!

—Hablas como si te molestara que tuviera dinero —dijo Eric, encogiéndose de hombros.

—Siempre fuiste muy trabajador, pero la verdad es que jamás imaginé que lograrías levantar un imperio de la nada. Como mucho, pensé que reformarías el taller de tu padre y ya está. Por cierto, lamento mucho tu pérdida. Sé lo unidos que estabais y lo importante que era para ti.

—Era todo lo que tenía —dijo Eric con la voz tomada por la emoción de recordar a su padre —. Mi única familia. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y fue mi padre el que me crió con muchísimo esfuerzo. Nunca me faltó de nada. Y sobre todo me inculcó valores que me han convertido en el hombre que soy.

—Un hombre al que todos admiran —dijo Sally, porque era lo que había constatado esa noche.

—Todos menos tú.

—Me parece admirable lo que has logrado, pero a mí no se me aflojan las bragas por estar frente a un millonario —habló Sally, sin tapujos.

Y Eric replicó con la misma sinceridad que ella estaba empleando:

—No quiero que se te aflojen las bragas, quiero que me supliques que te las arranque. Como cuando estábamos juntos, ¿recuerdas?

Sally sintió cómo una especie de punzada en su sexo que hizo que sus braguitas se empaparan y le dio tanta rabia que repuso:

—No soy nada nostálgica. No me gusta recordar nada.

Eric, con una mirada lobuna, posó la vista sobre la boca pintada de un rojo muy fuerte, luego en la mirada verde esmeralda y masculló:

—Pues yo no olvido cómo me mirabas deseando que te follara por todas partes.

Sally sintió un latigazo en el clítoris, de lo que le estaba poniendo la maldita conversación y farfulló para dejar el tema que la tenía cachonda perdida:

—No me interesa saber lo que no olvidas.

Eric le clavó la mirada, intensa y oscura, dio un sorbo a su copa y después se acercó al cuello blanco y largo de Sally, aspiró su aroma, se apartó y le dijo:

—Como tampoco he olvidado tu olor...

Sally, que había sentido algo muy extraño en el vientre al sentir a Eric tan cerca de ella, repuso:

—Pues ya va siendo hora de que me olvides. ¡Además, tienes a todo Austin a tus pies! ¡Puedes elegir a quien te dé la gana!

Eric, que al estar tan cerca de ella había sentido unas ganas irrefrenables de agarrarla por el cuello, estrecharla contra él y besarla hasta que se quedaran sin aliento, reconoció:

—Tengo amigas con las que paso buenos ratos. Pero nada serio...

—¿Y eso? —preguntó Sally, convencida de que los vinos y el champán se le habían subido a la cabeza y por eso estaba erotizada y sintiendo unas putas mariposas en el estómago.

—Lo que sentí por ti no he vuelto a sentirlo por nadie. Lo que no quita para que disfrute de lo bueno de la vida. Y más después de la muerte repentina de mi padre que me cambió el chip completamente.

—Tuvo que ser muy duro —dijo Sally, a la que las palabras de Eric le habían conmovido muchísimo, porque eran de una sinceridad brutal.

—Fui más consciente que nunca de que hay que vivir el presente, que no tenemos más que el aquí y el ahora y que no hay que perder el tiempo.

Eric le clavó esa mirada profunda y oscurecida por el maldito deseo, esa mirada que ella conocía bien, porque él siempre la miraba de esa misma manera justo antes de besarla como nadie lo había hecho, y musitó:

—El aquí y el ahora...

Eric se fijó en que Sally tenía las pupilas muy dilatadas, que tenía la boca entreabierta y sus pezones estaban tan duros que se marcaban a través de la tela del vestido.

Y decidió que había llegado la hora de ir más allá en el plan que había urdido concienzudamente y habló comiéndosela con la mirada:

—Es lo único que tenemos, por eso me gusta apurar el instante y vivir con intensidad.

Sally se mordió el labio inferior, pues estaba que se moría de ganas de agarrar a Eric por el cuello y besarle hasta quedarse seca, y musitó:

—¿Y por qué me estás mirando así?

—¿Así cómo? —inquirió Eric, sabiendo perfectamente de lo que estaba hablando.

Sally recortó la distancia que los separaba y respondió con los labios pegados a los de él:

—Como si quisieras follarme como no has follado a ninguna.

Eric soltó una especie de gruñido, se puso duro como una barra de titanio y ella entonces le agarró por el cuello y le besó hundiendo la lengua hasta el fondo...

Capítulo 8

Eric la agarró por las caderas, la pegó contra él para que sintiera su dureza y enroscó la lengua a la de ella.

El beso se hizo muy intenso, muy apasionado, tan volcánico que cuando terminó los dos se quedaron mirándose y él musitó:

—Y tú me miras como si tuvieras un hambre feroz.

Sally que estaba mareada del pedazo de morreo que se habían dado musitó:

—No sé qué me pasa.

—Pasa que me has besado y que no te basta con eso.

—No, claro que no me basta.

Eric la miró con cara de diablo, la agarró de la mano y le susurró al oído:

—Seguro que encontramos un sitio donde seguir.

Sally sintió un corrientazo eléctrico que la atravesó entera y musitó:

—Mi reputación está bajo mínimos y ya más bajo no puedo caer, pero tú te estás jugando el título del chico favorito del club.

A Eric se le encendió la mirada, sonrió de un modo de lo más *sexy* y replicó:

—Correré el riesgo.

Luego la agarró de la mano y la llevó hasta una de las puertas del servicio, atravesaron unas cocinas, después varias salas vacías y al final aparecieron en un largo pasillo en medio del cual Eric encontró una puerta abierta.

—No puedo creer que esté haciendo esto. ¡Y contigo! —musitó Sally que estaba temblando de ansiedad y de deseo.

Eric abrió la puerta de una especie de cuarto de almacenaje en la que solo había dos estanterías metálicas con unas cuantas cajas de cartón en las baldas, entraron y cerró con pestillo.

—Tranquila que nadie va a molestarnos.

—Madre mía, ¿y si nos están grabando? —dijo Sally buscando las cámaras.

—Es lo primero que he mirado y no hay ni una sola cámara. Ni aquí, ni en el pasillo, ni en la zona por la que nos hemos colado.

Eric se quedó frente a ella, la miró muerto de ganas de todo y Sally susurró:

—Cómo te va la aventura y el riesgo.

—No más que a ti —replicó Eric que la tomó por el cuello y la besó en la boca con urgencia y con desesperación.

Luego Sally le dio un mordisquito en el labio inferior, después se apoderó de la boca de Eric y las lenguas se enredaron en un beso que desató lo más grande.

Eric recorrió con las manos los pechos de Sally, después dio un fuerte tirón hacia abajo al

vestido y la dejó con el torso al aire.

—Dios —murmuró Sally, entre gemidos de pura anticipación.

—Eres preciosa —dijo Eric que, tras mirarla ávido de todo, le acarició los pechos, dio unos tironcitos sutiles a los pezones y finalmente se los llevó a la boca.

Sally jadeó al sentir los mordisquitos de Eric en sus pezones durísimos, enterró las manos en el pelo abundante y fuerte y le pidió mucho más.

Eric cayó de rodillas frente a ella, coló las manos por debajo del vestido y le rompió las braguitas sin más.

—Eres tan primitivo —musitó Sally, que colocó una pierna encima del hombro de Eric para facilitarle el acceso.

Él la miró con unas ganas abrasadoras de devorarla y masculló:

—Necesito tu sabor en mi boca.

Y tras decir esto, dio un lametón en el sexo mojado de Sally y luego empezó a recorrer con la lengua cada pliegue y cada rincón, arrancándole tales gemidos que Eric tuvo que pedirle que se controlara.

Sally se mordió la mano para ahogar los gritos y él empezó a penetrarla con dos dedos y estimularle el punto G como solo él sabía hacerlo.

—No me puedes hacer esto —dijo Sally sintiendo un placer extremo que nadie más le había dado.

—¿Lo dejo? —inquirió Eric.

Sally le agarró con ambas manos fuerte de la cabeza y le exigió porque por nada del mundo deseaba que eso acabara:

—¡Ni se te ocurra parar!

Eric la miró con cara de diablo, sacó los dedos y empezó a penetrarla con la lengua, fuerte, contundente, como sabía que a ella le gustaba.

Y así siguió hasta que él sintió que el clítoris estaba tan duro que solo tuvo que presionarlo con la punta de la nariz para arrancarle un orgasmo que la dejó estremecida por completo.

Y cuando los espasmos aún eran muy potentes, él introdujo los dedos curvados, accedió a la pequeña rugosidad y la estimuló con tal pericia que al poco Sally no solo acabó derramándose como una fuente, sino que volvió a orgasmar otra vez.

—No había acabado uno, cuando ya me das otro... —musitó Sally, sintiendo cómo él líquido viscoso bajaba por sus piernas.

Eric sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta, la limpió y luego le dijo mientras buscaba un condón en la cartera:

—Quiero dártelo todo.

Sally tembló entera porque sabía lo que era hacerlo con Eric Vila y después él se puso de pie.

Ella colocó una mano sobre el bulto enorme de la entrepierna, lo apretó poniendo los ojos en blanco y Eric gruñó de placer.

Acto seguido, él se desabrochó a toda prisa los pantalones, rasgó el envoltorio dorado del preservativo, se enfundó el condón, la agarró por la garganta y la besó con posesividad en la boca.

—Solo tú me enciendes así, Sally Burns.

Sally sintió cómo su corazón bombeaba muy deprisa y como su sangre entera ardía como no lo había hecho con nadie más que con él.

—Y solo tú me haces decir cosas como que necesito que me la metas hasta el fondo.

—¿Nunca le dijiste nada parecido a Mark?

—El sexo con Mark era respetuoso y tranquilo.

—O sea, que era patético.

—No era tan buen amante como tú, ni él ni todos mis rollos.

Eric arrugó el ceño porque por lo que ella le había dado a entender solo había estado con él y con Mark y replicó:

—¿Rollos?

—Para Mark el sexo no era demasiado importante y yo tenía mis necesidades que saciaba con algunos amigos. No pienses que eran una legión, solo cuatro.

—¿Cómo puedes tener el morro de ir de víctima cornuda cuando tú engañabas a Mark desde mucho antes?

—Le fui leal, porque mi corazón no se lo di a nadie. Pero el sexo con Mark no me llenaba y me tuve que buscar la vida. Fue una cuestión de supervivencia.

—¿Y por qué no le dejaste si no te llenaba en todos los aspectos?

—Porque soy una adulta y sé que es imposible que una persona te llene en todos los aspectos.

—Yo lo hacía, pero no tenía donde caerme muerto. Ahora que soy rico, ya sí que podría darte todo lo que tú desees.

Eric la agarró por el cuello, la besó con avidez en la boca, luego la cogió por las caderas, la levantó del suelo, ella rodeó el cuerpo con las piernas y le susurró al oído:

—Empótrame.

A Eric se le oscureció mucho más la mirada, tanteó la entrada y se hundió hasta el fondo con una rudeza que a ella le encantó.

—¿Eso es lo que desees, Sally?

Sally cerró los ojos al sentirle tan dentro de ella, llenándola como nadie lo había hecho, con su miembro grande y durísimo, y asintió con la cabeza:

—Sí, joder... ¡Házmelo, que quiero olvidarme de todo!

Si bien Eric no quería que se olvidara de todo, él quería que recordara bien ese momento y le

exigió:

—Abre los ojos. Necesito que me mires para que sepas quien te está follando con todas sus ganas.

Eric salió y volvió a entrar dentro de ella, fuerte y hasta el fondo, y Sally gritó de placer abriendo los ojos:

—Nadie lo hace como tú. ¡Nadie!

Eric la besó en la boca, le mordió los labios y la llevó contra la pared del fondo:

—¿Así es cómo te gusta, Sally? —le preguntó mientras empezaba a penetrarla lento y profundo.

Sally con la espalda pegada en la fría pared, asintió entre gemidos y él estuvo penetrándola de esa manera hasta que ella le pidió más.

Él la miró, sonrió como un diablo y cambió el ritmo haciéndolo duro, implacable, como sabía que ella le estaba demandando.

—Follas como un salvaje —musitó Sally, sintiendo que se iba a quebrar por momentos.

Eric con la frente perlada de sudor, la miró con lascivia y masculló:

—Follo como un hombre que te lo quiere dar todo.

Y la penetró tan duro que Sally lo único que pudo hacer fue gritar el nombre del hombre que le daba justo lo que necesitaba:

—¡Eric!

Eric sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, porque el grito de Sally se le clavó en lo más profundo.

Y le dio tanta rabia que, a pesar de todo el daño que le había hecho Sally, todavía pudiera hacerle sentir tantísimo que gruñó desesperado:

—Joder...

Sally le notó algo raro, le miró preocupada y preguntó:

—¿Qué te pasa?

Eric negó con la cabeza, se mordió los labios y masculló:

—Nada.

Y siguió haciéndoselo con contundencia y arrancándole tales gemidos que llegó un punto en que Sally no pudo más y musitó jadeante:

—Voy a correrme.

Y Eric solo tuvo que escuchar esas tres palabras para que toda su leche bajara de golpe y replicó:

—Y yo.

Los dos se miraron, sintieron que el corazón se les iba a salir por la garganta y que aquello era mucho más que piel, mucho más que un polvo rápido en una fiesta.

Pues Sally sintió justo en ese momento una sensación de fusión muy potente como no había experimentado jamás.

Y Eric lo que sintió fue que estaba a punto de hacerse uno con la mujer que nunca había logrado sacarse de la cabeza.

La única mujer a la que realmente había amado.

Y tras varias embestidas más, los dos sucumbieron a la vez a un orgasmo descomunal que los dejó absolutamente estremecidos...

Capítulo 9

Después de lo que pasó en la fiesta, Sally se quedó tan descolocada que agradeció que Eric hubiera tenido la prudencia de dejar pasar los días y no contactar con ella, ni vía llamadas, ni con mensajes, ni con correos, ni con encuentros forzados.

Así tuvo tiempo de pensar y concluyó que, a pesar de que había sentido cosas, porque Eric fue alguien muy importante en su pasado, lo suyo no iba a ningún sitio.

Aparte de que lo que menos le apetecía en ese momento de su vida era meterse en una relación. Y menos con Eric, un tío que tenía a toda la ciudad babeando por él y que seguramente iba a acabar engañándola.

Porque todos lo hacían...

Por mucho que él dijera, por mucho que presumiera de que era un hombre sincero, estaba convencida de que sería como todos.

Y no estaba dispuesta a pasar por eso otra vez.

Así que concluyó que lo mejor era divertirse con él y no comerse el coco con estupideces románticas que lo único que hacían era complicarlo todo y al final acababan haciéndola sufrir.

Y ya con las cosas tan claras, llegó octubre y una bonita mañana de luz dorada y cálida, Sally llegó a la consulta y al darle los buenos días a la recepcionista se dio cuenta de que le pasaba algo:

—¡Buenos días! —musitó Sabrina.

—Me parece que para ti no son muy buenos días. ¿Qué te ocurre?

Sabrina se mordió el labio inferior y le dijo con un gesto de preocupación:

—Es por mi madre. No he pegado ojo en toda la noche, sin parar de pensar en qué puedo hacer para ayudarla.

—Cuéntame...

—Mi madre es diabética y le han salido en ambas piernas unas úlceras varicosas que le impiden trabajar.

—Tiene que cuidárselas. Es muy importante que lo haga ¡y con carácter de urgencia! —le advirtió Sally, para que tomara cuanto antes cartas en el asunto.

—Ya, pero no tiene seguro médico. Y está de baja y no ingresa. Yo estoy asumiendo todos los gastos de mi familia, ya sabes, alquiler, luz, comida... y no hay dinero para pagarle la atención médica en el consultorio de mi barrio. Estaba pensando en pedirle a tu padre un adelanto, ya lo he hecho otras veces que he estado apurada para hacer frente a pagos urgentes y...

—No pidas a mi padre un adelanto —le dijo Sally que la interrumpió muy seria.

—¿No? ¿Es un mal momento? —preguntó Sabrina, llevándose la mano al vientre de la ansiedad.

—Si necesitas dinero para los gastos de tu casa, pídeselo. Pero no para sufragar la atención médica de tu madre, porque yo le voy a hacer las curas.

Sabrina se apretó el puente de la nariz y replicó con un agobio tremendo:

—Sally, pero este consultorio es el mejor de la ciudad y los honorarios son...

—¡Olvídate del dinero! ¿No has escuchado que voy a curarla yo? —repuso Sally, para que se relajara de una vez.

—Ya, pero tú tienes unas tarifas... —masculló agobiada, puesto que no podía permitirse contraer más deudas.

—No le voy a cobrar ni un céntimo a tu madre—le aclaró Sally—. Pide un taxi, que yo se lo pago, y que se venga ahora mismo para el consultorio. ¡Es muy importante! No quiero alarmarte, pero esas úlceras si no se tratan...

Sabrina sabía la gravedad del asunto que estaban hablando por lo que repuso:

—Lo sé, Sally. ¿Por qué crees que no he pegado ojo?

—Llama a un taxi y que se venga ya.

—Pero tienes todas las horas cogidas —musitó, mostrándole la agenda.

—La haré un hueco —habló Sally, que no pensaba dejar a esa mujer sin atender esa misma mañana.

A Sabrina se le iluminó el rostro, se emocionó y musitó llevándose la mano al pecho:

—Jo, Sally. ¡Miles de gracias! No voy a tener vida para agradecerte esto que estás haciendo por mi madre.

—Anda, no exageres. Tampoco es para tanto —aseguró Sally, dando un manotazo al aire.

—Eres muy buena, en serio —dijo Sabrina, que no podía hablar con más sinceridad.

—Debes ser la única que piensa eso en todo Austin —le informó Sally, esbozando una pequeña sonrisa, a pesar de que su corazón no podía estar más triste.

—¡Tus pacientes te adoran! —le recordó Sabrina.

—Los primeros días tuvieron que odiarme, porque entre que no daba pie con bola y yo estaba que me subía por las paredes de tantos madrugones, estaba insoportable. Pero ya me estoy habituando a los horarios, a las rutinas y con los días de trabajo duro estoy recordando por qué me decidí a estudiar Enfermería.

—¡Te gusta muchísimo! —exclamó Sabrina, que la veía cómo se estaba empleando a fondo.

—De pequeña me pasaba el día haciendo vendajes a mis muñecas. Soy enfermera vocacional. Lo que pasa es que Mark se cruzó en mi camino y olvidé que tenía una profesión y lo mucho que me apasiona.

—Los pacientes están muy contentos contigo —le contó, porque a sus oídos solo llegaban buenas palabras hacia ella.

—Cuánto me alegro de que haya algunas personas en Austin que no me odian con todo su ser

—repuso Sally, mordaz.

—Yo no lo hago, y además considero que eres una chica con un corazón enorme.

Sally contrarió el gesto y dijo sintiéndose de pena, pues era la pura verdad, no se estaba victimizando, sino constatando un hecho:

—Si fuera tan buena chica no me habría quedado sin amigas.

—¿Y eso?

—Me fui a Nueva York y me olvidé de que tenía amigas. Ellas me llamaban, me escribían, compartían sus cosas conmigo y yo estaba tan liada con mi trepidante vida que ni respondía a sus llamadas ni abría sus correos. Y han pasado cosas muy graves en este tiempo y también cosas muy bonitas que no han podido compartir conmigo. ¿Quién quiere una amiga así? —inquirió Sally encogiéndose de hombros.

—Estuvo mal lo que hiciste —respondió Sabrina, con sinceridad—. Pero esta Sally que tengo delante de mí, me encanta y me gustaría que fuera mi amiga. Si quieres, claro...

Sally se emocionó tanto al escuchar el ofrecimiento de Sabrina que se le llenaron los ojos de lágrimas y masculló:

—¿Cómo no voy a querer, Sabrina? ¿Tú sabes en este momento de mi vida en que me siento lo peor del mundo lo que me reconfortan tus palabras y lo honrada que me siento de que quieras mi amistad?

Sabrina se levantó, la abrazó con fuerza y le dijo también con los ojos empañados:

—No eres lo peor del mundo.

Sally no pudo aguantar más y dos lágrimas recorrieron su rostro mientras hablaba:

—Solo soy una frívola, caprichosa y egoísta.

Sabrina, a la que también se le caían las lágrimas por el rostro, se las apartó con una mano y dijo:

—Yo veo cada día cómo trabajas, cómo te esfuerzas, cómo lo das todo por tus pacientes. Y eso no lo haría jamás alguien frívolo y egoísta. En lo que sí que te doy la razón es en lo de caprichosa, porque un poco caprichosa sí que eres... ¿Pero a quién no le gusta darse caprichos o que se los den? Yo por ejemplo me muero por unos taconazos como los que tienes.

—¿Te refieres a los Louboutin?

—Sí. Siempre he querido tener unos, pero mi economía no me lo permite.

—Tenía unos cien. Y ahora solo tengo el par con el que salí por piernas de casa de Mark.

—¿Tenías cien zapatos de marca?

—Pero si te digo la verdad, ahora no los cambio por mis Adidas.

—Ja, ja, ja, ja.

—Es la verdad. Y puede ser que sea porque como dices ya soy solo un poco caprichosa.

—Pues hablando de caprichos, te han traído una cosa. Y te la envía, él...

Sally arrugó el ceño, se enjugó las lágrimas con los dedos y preguntó porque no sabía de quién estaba hablando:

—¿Él?

—¡Eric! ¿Quién va a ser!

Sally soltó una carcajada y Sabrina le entregó una caña de pescar con un lazo rojo enorme en la punta:

—¡No puede ser, amiga! —exclamó Sally, que no podía parar de reír.

—Y trae una tarjetita, que si quieres puedes leer en voz alta para compartir lo que dice con tu amiga que está ávida por saber —dijo Sabrina, divertida, señalando la tarjeta con el dedo índice.

Sally que también se moría por saber, agarró la tarjeta y leyó en voz alta:

Preciosa Sally...

Sally se quedó muerta al leer aquello, puso una cara muy graciosa y le comentó a Sabrina:

—¡Parece que arranca bien!

—¡Más que bien! ¡Sigue, por favor! ¡Necesito saber más!

Sally carraspeó un poco y siguió leyendo con una sonrisa que no se le caía de los labios:

Preciosa Sally:

Imagino que después de lo que pasó en la fiesta, necesitabas un tiempo. Yo no. Yo solo deseo volver a besarte, a olerte, a tenerte en mis brazos y que vibres gritando mi nombre...

Sally se quedó patidifusa con lo que estaba leyendo en tanto que Sabrina no paraba de aplaudir:

—¡Qué romántico, por favor! Y tú me contaste fatal lo de la fiesta.

—¿Cómo que te lo conté fatal? —inquirió Sally, perpleja.

—Me dijiste que había habido tomate en la fiesta, pero no esta clase de tomate —contestó Sabrina, alzando las cejas.

—¿Y qué tomate es este, según tú?

—Tú contaste lo que pasó como el típico polvo que se tiene con un ex, que no va a ninguna parte. Pero lo que pone ahí es que tú gritaste su nombre de lo bien que te folló.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Fue increíble! —exclamó Sally, porque era la verdad.

—Y fue mucho más que un polvo, por eso te manda una caña. Mejor dicho, ¡te está tirando la caña!

Sally se partió de risa y siguió leyendo la nota al tiempo que su amiga escuchaba tan expectante que solo le faltaba sacar palomitas:

Y como van pasando los días, y supongo que ya habrás tenido tiempo de sobra para saber lo que quieres, me preguntaba si te apetecería venir el sábado a pescar conmigo y luego ver el atardecer en el lago Travis. Ya me dices, y si es que sí, te pasaría a buscar a tu casa con la moto.

—¡Madre *míaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*! —exclamó Sabrina, llevándose las manos a la cara y haciendo como que se la arañaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Sally, que se había puesto absurdamente feliz y contenta al leer la tarjeta.

—¡Me encantan los hombres respetuosos, seguros de sí mismos y que saben lo que quieren! ¡Y encima te envía la caña! Ja, ja, ja, ja. ¡Es buenísimo!

—¡Es de sobrado total! —repuso Sally, agitando la tarjetita al aire.

—¿No me fastidies que no vas a ir? —inquirió Sabrina, que no creía que fuera capaz de perderse aquello.

Sally había tenido tiempo de sobra para reflexionar y tenía tan claro lo que había que respondió sin darle mucha importancia:

—Como no tenía más plan para el sábado que ver películas de terror tirada en el sofá...

—Y aunque tuvieras una recepción en palacio, no hay nada que se compare con un atardecer en el lago Travis con Eric Vila. ¡Aunque, tú misma, si no te apetece el plan, te cambio el puesto! —se ofreció Sabrina, gustosa.

Sally convencida de que solo quería divertirse y que lo tenía todo tan bajo control que no corría el riesgo de pillarse por Eric, agarró la caña, sonrió de oreja a oreja y replicó exultante:

—No, porque me está apeteciendo muchísimo pescar.

—¿No decías que no te gustaba? —preguntó Sabrina, poniendo una mueca muy graciosa.

—Ya, pero me está entrando un antojo tremendo de comer truchas el sábado...

—Truchas y ¿también salchichas de las gordas? —preguntó Sabrina, con guasa.

Y las dos amigas se tiraron por los suelos de la risa que les entró...

Capítulo 10

El sábado, después de estar un par de horas sin pescar absolutamente nada, Eric sacó los bocadillos que había preparado de atún y huevo y un par de cervezas y le dijo a Sally que estaba sentada en una silla, delante de la caña esperando a que picara algo:

—¡Hora de almorzar, señorita pescadora!

Sally que tenía un hambre tremenda, agarró el bocadillo, lo abrió le dio un buen mordisco y replicó:

—¡Qué rico está! ¡Se me había olvidado lo buenísimo que eres haciendo bocadillos!

—A falta de pesca...

—¿Tú estás seguro de que en este lago hay peces?

Eric acababa de sentarse a su lado en la otra silla, por poco no se atragantó con el trozo de bocadillo que acababa de meterse en la boca de la risa:

—Hay peces, lo que pasa es que a ti la pesca se te da fatal.

—¡Menuda novedad! Lo mío es previsible, pero lo tuyo es lo que me llama poderosamente la atención. ¿No decías que eras tan bueno pescando?

—De haber venido solo, tendría el cubo lleno de peces. Pero como he cometido el error de venir contigo, que eres una cotorra y que además no has parado de poner música, me has espantado la pesca.

—Es que hace un día tan bonito, con este sol y esta temperatura tan agradable que me apetecía poner un poquito de música y relajarme. La pena es que hayas traído esta silla tan incómoda y no una hamaca —lamentó Sally, haciendo un pequeño puchero.

—Es una silla de pescador. Hemos venido a pescar. No a tomar el sol —le recordó Eric.

Sally resopló, se quitó las gotas de sudor de la frente con el dorso de la mano y repuso:

—Pues yo tengo un calor que me sobra toda la ropa. De hecho, me la voy a quitar...

Sally sin pensárselo dos veces, se quitó el vestido largo de florecitas que llevaba y se quedó en bragas y en sujetador.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Eric fascinado con lo que estaba viendo.

Sally llevaba un conjunto de lencería blanco de encaje de lo más sexy y le sentaba tan bien que Eric se puso duro a su pesar.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema con que me quede en bragas? —preguntó Sally que se sentó otra vez y siguió comiéndose su bocadillo tan ricamente con la vista puesta en el lago.

—Por aquí no suele venir nadie, pero... —masculló Eric, sintiendo rabia por el poder que esa chica tenía sobre él.

Es que no le cabía en la cabeza cómo podía ponerle así de duro con solo quedarse en ropa interior.

Y mientras Eric estaba con esas cavilaciones, Sally siguió hablando:

—Si es por el qué dirán, no te preocupes. Ya no pueden decir cosas peores de mí.

—Conozco a alguien que habla maravillas de ti —dijo Eric para cambiar de tema y cruzando las piernas para disimular la erección.

Sally se bajó un poco las gafas de sol enormes y le preguntó con mucha curiosidad:

—¿Quién? ¿Un alienígena venido de otra galaxia?

Eric soltó una carcajada y pensó que el sentido del humor tan particular de Sally fue una de las cosas que más le enamoraron de ella.

Pero no iba a picar otra vez y contestó tras dar un sorbo a su cerveza:

—Jerry, el hermano de Sabrina. Me ha contado que estás curando las úlceras de su madre y que no les vas a cobrar ni un centavo por ello.

—No tiene importancia. Es mi trabajo y me apasiona ayudar a los demás —dijo Sally disfrutando del bocadillo que estaba delicioso.

—Para mí sí que la tiene. No todo el mundo actúa de esa manera y ellos están muy agradecidos.

—Yo sí que estoy agradecida con Sabrina, que me ha dado su amistad en estos momentos en que soy una jodida apestada. ¡Nunca lo voy a olvidar! —reconoció Sally, con una sonrisa enorme.

Eric pensó que tenía la sonrisa más bonita del mundo, pero esta vez no iba a perder la cabeza por ella y repuso:

—Bueno, veo que las cosas te van cada vez mejor, tienes una amiga, parece que estás empezando a encontrarle el gusto al trabajo duro...

—Y tú me has invitado a pescar —dijo Sally, blandiendo con una mano la caña.

Eric dio un sorbo a la cerveza, entornó la mirada y replicó:

—Te habría invitado antes a un montón de cosas, pero supuse que necesitabas tiempo.

—La verdad es que me pilló todo por sorpresa. Jamás imaginé que íbamos a terminar follando como dos salvajes —reconoció Sally, que no se andaba por las ramas.

Eric pensó que esa franqueza suya fue otra de las cosas que hicieron que se enamorara como un memo de ella y habló:

—Somos dos corazones salvajes. No puede ser de otra manera.

Sally abrió la lata de cerveza, dio un sorbo y dijo porque le había gustado lo que Eric acababa de decir:

—Es la primera vez que alguien me dice que tengo el corazón salvaje.

—¿Te ha molestado? —inquirió Eric, enarcando una ceja.

—Al contrario, me gusta porque siento que soy así. Un corazón salvaje, en el sentido de que soy una persona libre, fuerte, valiente, decidida y que quiere comerse la vida a grandes bocados.

No me gustan las medias tintas, soy muy intensa, muy apasionada y tengo tanto fuego dentro que a Mark le abrumaba.

—¿Le abrumaba tu pasión y tu fuerza? —preguntó Eric al tiempo que pensaba que ese tío no podía ser más gilipollas.

—Él es una persona racional, tranquila y fría, tan fría que acabé teniendo amantes. No me estoy justificando. Mentir es horrible. Y no tenía que haberlo hecho. Pero fue la única forma que encontré de llenar los vacíos.

—Tenías que haber roto la relación, si no te llenaba —le dijo Eric.

—Lo pensé en muchas ocasiones, pero luego pesaba más la vida que llevaba en Nueva York. Vivía en un apartamento magnífico, tenía una vida social estupendísima, un vestidor repleto de ropa, zapatos y bolsos de impresión...

—Y un vacío tan grande por dentro que ni tus amantes podía llenar —concluyó Eric.

—¿Cómo lo sabes?

Él lo sabía porque desde que ella había salido de su vida le había dejado un vacío infinito que no había podido ocupar nadie. Si bien lo que replicó fue, tras dar un buen mordisco al bocadillo:

—¿Te vas a pasar todo el día de pesca cotorreando sin parar?

—Solo tengo dos amigos. Sabrina y tú. No tengo a nadie más con quien cotorrear, como tú dices.

—¿Soy tu amigo? ¿Desde cuándo eres amiga de gente sin clase como yo? —preguntó respirando por la herida.

—Me has paseado en tu moto por todo Austin, a pesar de que soy una paria social. ¡Como para no serlo!

—Siempre me ha importado un pimiento lo que piensen los demás —aseguró Eric.

Sally lo sabía y precisamente eran, su personalidad tan marcada y esa independencia suya, dos de las cosas que más admiraba de él. Si bien lo que replicó fue con total sinceridad:

—Valoro muchísimo que, en estos momentos en que nadie quiere ir conmigo ni a la vuelta de la esquina, me hayas invitado a un bonito día de pesca.

—Aunque a este paso con tanta cháchara, me temo que no vamos a pescar nada.

Los dos se echaron a reír, y luego Sally tras seguir devorando el bocadillo le confesó:

—Y tienes razón en que después de lo que pasó en la fiesta necesitaba reflexionar. ¡Y es lo que he hecho!

—¿Y? —replicó Eric, que estaba más que expectante.

—Me parece que lo más sensato, después de salir de una relación, es que me tome mi tiempo.

—Para volverte a enamorar —apuntó Eric, que estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta.

—Sí. Estoy cerrada al amor, pero sin embargo no le hago ningún asco a divertirme.

—Divertirte en general o ¿conmigo solo? —preguntó Eric, tras apurar la cerveza.

—Te repito que ahora mismo soy una paria y que todo el mundo pasa de mí. Pero bueno, aunque fuera la reina de la fiesta y mi carné de baile estuviera completo, tú serías el único con el que tendría ganas de divertirme.

—Vaya, ¿y a qué debo ese honor? —preguntó Eric, con esa sonrisa suya sencillamente arrebatadora.

—A que eres un corazón salvaje, como yo.

Eric sintió que le daba un vuelco al corazón, si bien decidió que no tenía que darle más importancia, se terminó su bocadillo y le preguntó:

—¿Me estás proponiendo que seamos *follamigos*?

—Esa palabra es horrible —musitó Sally, negando con la cabeza.

—Pero define a la perfección lo que quieres que haya entre nosotros.

Sally se echó el pelo a un lado, le clavó la mirada verde como las esmeraldas más salvajes y habló:

—Te repito que ahora mismo lo último que querría sería tener una relación. Pero necesito más que nunca tener un amigo y si ese amigo es además el hombre que mejor me ha hecho el amor...

Eric sintió que su polla otra vez saltaba en los pantalones y solo pudo replicar:

—Siento por ti un deseo infinito, Sally. Un deseo que no he sentido por ninguna otra mujer.

Sally se quedó mirándole sintiendo unas ganas tremendas de hacerlo hasta que sus gritos se escucharan en México y masculló:

—Lo nuestro es muy fuerte. Pero nunca sucede en el momento oportuno. La primera vez era demasiado inmadura y demasiado estúpida y ahora me pillas demasiado escaldada y completamente cerrada a que pase nada.

—¿Y qué es lo que propones? ¿Dejarnos llevar? —preguntó Eric con unas ganas de besarla que no podía con ellas.

—Me gustaría que fuéramos amigos y también que nos divirtiéramos.

Eric la miró con una cara cara de diablo tremenda y le exigió:

—Define diversión.

—Estás un poco obsesionado con las definiciones, ¿no te parece? —replicó Sally, risueña.

—Quiero saber qué es exactamente lo que tenemos entre manos.

—Podemos salir, disfrutar, reír, bailar, pescar, jugar al parchís...

—Al parchís. ¡Guau! ¡Superdivertido! —ironizó Eric, tras soltar una carcajada.

—Me chifla el parchís y si surge, si nos apetece, si nos lo pide el cuerpo, como el otro día, también podemos chingar.

Eric pensó que cómo no iba a haber perdido en su día la cabeza por Sally si era la bomba y rompió a reír:

—Ja, ja, ja, ja.

—¿De qué te ríes? —inquirió Sally, divertida.

—El día que aparecí con las heridas parecías no querer tocarme ni con un palo y hoy me estás proponiendo que chinguemos.

—Ese día fui una capulla, pero te confieso que en cuanto te vi lo que pensé fue que estabas más guapo y más buenorro que nunca. Tú siempre me has puesto como nadie.

Y además se estaba poniendo tan cachonda con la conversación, y le estaban entrando unos calores tan grandes, que necesitaba con urgencia darse un remojón. Así que, tras la confesión, Sally se puso de pie, guardó los restos en la bolsa que habían habilitado para la basura y se fue directa al agua.

—¿Qué estás haciendo, Sally Burns? —preguntó Eric, que se quedó perplejo al verla.

—El agua me está llamando a gritos. ¡Vente!

Sally corrió, se zambulló de cabeza en el agua y Eric se acordó de todas esas veces en las que se bañaron juntos en el lago Travis y acabaron haciéndolo en las rocas.

Pero él ya no era aquel chico ingenuo al que le partieron el corazón, ahora era un hombre hecho y derecho que solo quería vengarse.

Y para eso ya estaba empezando a tender su sutil tela de araña...

Capítulo 11

Cuando Eric le dijo a Sally que iba llevarla a un lugar donde presenciar la puesta de sol más bonita del mundo, lo que menos podía figurarse era que fuera a llevarla en moto hasta el pantalán donde estaba amarrado el mejor velero del club náutico del lago Travis.

—¿Has alquilado un velero para que contemplemos la puesta de sol? —inquirió Sally que estaba fascinada con la preciosidad del velero que tenían frente a ellos.

—Lo compré hace dos años. Era mi sueño tener un bicho de estos, siempre te lo decía cuando veníamos al lago —comentó Eric, que hizo ademán de subirse a su velero con las truchas que había pescado hasta el velero.

—Es una broma —dijo Sally, porque le costaba creer que fuera cierto.

—Me temo que no. Soy un tipo sin clase y con velero. ¿Qué te parece?

—Deja de decir que eres un tipo sin clase —le pidió Sally, porque no se sentía nada orgullosa de lo que le había dicho.

—Eres tú la que me ha definido así.

—Eso era antes de que nuestra relación pasara a otro nivel. Ahora somos amigos —afirmó Sally que caminaba junto a él.

—Y ¿ahora ya tengo clase?

—¡Olvídate de eso y subamos al velero! Siempre quise que Mark se comprara uno para navegar en Los Hamptons, lo que pasa es que él no es muy marinerero.

—¿Es de los que echa la pota por la borda? —inquirió Eric que pensó que ese tío no podía caerle peor ni resultarle más patético.

—Se marea hasta en los patinetes.

—Pero tú podías haber navegado sin él. Siempre te gustó hacerlo —le recordó Eric.

—Mi padre me inculcó el amor a la navegación. La pena es que velero que teníamos se estropeó y mi padre no volvió a comprar otro. Él navega con amigos y yo como soy una paria...

—Tú tienes mi velero a tu disposición, siempre que quieras —le dijo Eric, señalando con la cabeza al velero.

Sally se quedó maravillada mirando una vez más el velero espectacular y después siguió a Eric que le fue contando al tiempo que subían a bordo:

—En verano suelo venir a dormir al velero. Tiene aire acondicionado, además, y wifi, y una parrilla en la que te voy a asar las truchas que ya verás lo riquísimas que quedan, te vas a chupar los dedos.

—¡No puedo creer aún que al final hayamos pescado! —exclamó Sally, encaramada ya en la barandilla del velero.

—La pesca es como todo. Tan solo hay que tener paciencia y todo llega.

—Me lo he pasado genial y el baño ha sido muy divertido —reconoció Sally fascinada con todos los detalles del estupendísimo velero.

—Al principio tenía un poco de miedo a que nos diera un corte de digestión.

—Tranquila que soy enfermera. ¡Estás en buenas manos! —exclamó Sally, divertida.

Eric se rió también y luego le informó para que el tiempo no se les echara encima:

—Voy a dejar las truchas en la cocina, para asarlas luego y voy a poner rumbo a un lugar espectacular para ver la puesta de sol.

A Sally le pareció una idea genial y, después, disfrutó de la navegación hasta ese rincón secreto en el que tal y como Eric le había adelantado presencié la puesta de sol más maravillosa que había visto jamás.

—¿Cómo puede ser que sea de Austin y que nunca haya contemplado esta belleza? —preguntó Sally que estaba alucinada con los naranjas, rojos y amarillos furiosos que teñían el cielo de un modo único, con el sol que descendía cadencioso y con las aguas trémulas del lago.

—Pensé lo mismo que tú la primera vez que contemplé la puesta de sol desde aquí.

—Solo por esta puesta de sol, merece la pena haberte comprado el velero.

—Mi idea era comprármelo más adelante, para cuando formara una familia y todo eso. Pero la muerte repentina de mi padre me trastornó tanto que ahora vivo el momento y no postergo nada. Disfruto del aquí y el ahora, y por eso decidí no esperar a casarme y a tener críos para cumplir con mi viejo sueño de tener mi velero.

—¿Pero sigues queriendo formar una familia? —preguntó Sally, con curiosidad.

Eric pensó que él deseó con todas sus fuerzas formar una familia con ella, pero le rompió el corazón en mil pedazos y su sueño se fue a la mierda. Si bien lo que respondió fue:

—Me encantaría. Además, Austin me parece un lugar perfecto para que crezcan los críos. Es una ciudad tranquila, segura, cosmopolita, abierta, con muchas zonas verdes, con lagos preciosos en los que navegar, con buenos colegios y universidades, con cantidad de empresas tecnológicas, muchos locales con música en directo, una gastronomía de primera, bajísimo desempleo...

—Para, por favor, que vas a acabar convenciéndome de que Austin es lo más —le pidió Sally, divertida.

—Es que lo es. ¿Y tú? ¿Quieres tener niños?

Sally se mordió el labio inferior, porque ese tema también había sido un punto de fricción con Mark y respondió:

—Mark no quería porque vive entregado a su profesión...

Y Eric estaba tan harto de escuchar el nombre de ese tío que le exigió porque ya no podía más:

—No me hables más de Mark. ¡No le soporto!

—Ya, pero es la persona con la que estuve un montón de años —le recordó Sally.

—Sí, pero yo no te he preguntado si Mark deseaba tener niños, sino si tú los deseas.

—Es que él era mi pareja. Y si él no quería, yo...

—¿Tú deseabas tenerlos? —insistió Eric, clavándole la mirada de un modo que Sally pensó que no le habría importado que le hubiera hecho unos cuantos bebés en ese mismo lugar.

Un pensamiento tan absurdo del que rápidamente se deshizo y después respondió:

—Siempre me han gustado muchísimo los niños y dentro de un tiempo me encantaría formar mi propia familia y tener hijos.

Eric se quedó mirándola y sintió unas ganas tan fuertes de abrazarla, que apartó la vista, volvió a contemplar cómo el sol estaba a punto de ser engullido por el agua y, acto seguido, decidió que lo mejor era cambiar de tema:

—Siempre es la misma puesta de sol, pero siempre es diferente —comentó Eric con la vista puesta en el bellissimo atardecer.

—Eres muy afortunado de poder disfrutar de esta hermosura.

Eric se giró, la miró y dijo con una voz profunda y sexy, absolutamente arrebatadora:

—Puedes venir siempre que quieras.

Después, ambos se quedaron mirándose unos instantes sin decir nada, Sally sintió un mariposeo extrañísimo en el vientre y no le quedó otra más que apartar la mirada porque le estaban entrando ganas de todo. Y después, musitó con la vista puesta en el horizonte:

—Me encantaría volver otra vez.

—Habrás más veces, si quieres...

Y ya cuando el sol cayó, Eric preparó una cena deliciosa, con las truchas que habían pescado, y después se tumbaron bajo las estrellas en sendas hamacas:

—¡Es un lujo estar aquí! —confesó Sally, que no recordaba cuándo había sido la última vez que había sido experimentado tanta paz y tanta tranquilidad.

—Adoro la sensación de ser mecido por el movimiento suave de las aguas —confesó Eric, que también estaba sintiendo una paz como no recordaba.

Y eso que él había pasado un montón de noches bajo las estrellas en el velero, pero con Sally se sentía increíblemente bien. Más vivo que nunca y a la vez sereno y en armonía.

Y aquello no había quién lo entendiera, porque se suponía que estaba con la mujer que más daño le había hecho en la vida y de la que quería vengarse. Y encima ella estaba experimentando algo similar porque murmuró:

—Esto es tan relajante...

Eric decidió que lo mejor era dejarse llevar y no darle más vueltas a lo que le estaba pasando y le confesó:

—Muchas noches de verano, me tumbo aquí y el vaivén del agua poco a poco me adormece hasta que me quedo sopa.

—¿Y siempre vienes solo? —preguntó Sally, que pensó que a ella no le importaría

acompañarle todas las noches.

Porque se estaba tan a gusto en el velero...

—Hasta ahora no había encontrado ninguna persona con la que me apeteciera compartir esto. Y para estar mal acompañado, mejor la soledad. ¿No te parece? —le preguntó Eric.

—Tienes razón. Y te agradezco un montón que me hayas invitado a pasar este día contigo y que hayas compartido esta belleza.

—¡Y las truchas, que no se te olviden! —exclamó Eric, divertido.

—Cocinas de maravilla —aseguró Sally, que había disfrutado muchísimo de la cena.

—Todo el mérito es de la parrilla. ¡Me compré la mejor!

—Y el cocinero también. ¡No te quites mérito!

—Está bien.

Sally cerró los ojos y no le quedó más remedio que confesar:

—Y el vino estaba tan bueno que me está entrando un sueño de lo más rico. Y además el velero se mueve de una forma que parece que estoy sentada en la mecedora de mi abuela.

Eric pensó que por mucho que buscara, en la vida iba a encontrar a una chica que le hiciera reír tanto como Sally y soltó la carcajada:

—Ja, ja, ja, ja.

—Es verdad. Y cada vez que me sentaba en la mecedora de mi abuela, me quedaba grogui al instante.

—Duérmete si quieres, mañana es domingo y no hay que madrugar. Además...

Eric no pudo decir nada más porque, como Sally le había advertido, al instante se quedó frita...

Capítulo 12

Sally llegó tan descansada el lunes a primera hora de la mañana a la consulta que Sabrina le dijo muerta de risa:

—¡Antes de que empieces a atender a tus pacientes tienes que contarme! Porque traes una cara, amiguita, que no veas qué envidia me está entrando.

Sally esbozó una sonrisa ancha, se echó la melena para atrás y replicó:

—¡Ni en el mejor spa me habría relajado tanto!

Sabrina se revolvió en la silla, comprobó mirando a un lado y a otro que nadie podía escucharlas y preguntó:

—¿De tanto follar?

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Te pillé! —exclamó Sabrina, señalándola con el dedo índice.

—No me has pillado en nada porque no pasó nada.

Sabrina entornó los ojos y le preguntó, ya que estaba alucinada:

—¿Fuiste al lago con Eric y no pasó nada? Por favor, si la última vez que un chico me llevó al lago pasó lo más grande.

—¿Y qué pasó con ese chico?

—Me dejó por otra —respondió Sabrina, poniendo una mueca muy simpática.

—¡Madre mía! ¿Habrá alguno bueno en alguna parte? —inquirió Sally con cara de horror.

—¡Sí, y lo tienes tú! —exclamó Sabrina, por si no se había dado cuenta todavía.

—¿Yo? Con Eric no pasó nada. Estuvimos pescando, nadamos en el lago y luego me llevó a su velero a ver la puesta de sol.

Sabrina se quedó alucinada y solo pudo exclamar echando las manos a volar:

—¡La madre que lo parió! ¿También tiene velero?

—El mejor de Austin —respondió Sally, encogiéndose de hombros—. Y créeme que entiendo bastante de veleros. Y si vieras cómo se balancea sutilmente por la noche, como si te acunara... ¡Es una delicia! Y me pasó lo mismo que cuando me sentaba en la mecedora de mi abuela: ¡me quedé frita hasta que salió el sol!

Sabrina soltó una carcajada porque no podía haberle sucedido tal cosa y más estando con Eric Vila:

—¡No me fastidies que te pasaste la noche durmiendo!

—¡Y posiblemente roncando!

—Pero a la mañana siguiente, imagino que sucedería de todo —replicó Sabrina, dándole por sentado.

—A la mañana siguiente me hizo un desayuno espectacular, navegamos, nos bañamos,

almorzamos más truchas, vimos otra puesta de sol de impresión y después me llevó en moto a casa.

—¿Y no hubo ni un besito de buenas noches? —inquirió Sabrina, que estaba escuchando el relato con muchísima atención.

—Nos despedimos con dos besos en las mejillas. En plan amigos —comentó Sally, encogiéndose de hombros.

—A lo mejor temía que el doctor Burns estuviera espiándoos, oculto tras las cortinas. ¡Y se cortó!

—¡Ni que tuviéramos trece años! —masculló Sally—Y además él sabe que ese no es el estilo de mi padre. No pasó nada porque no tenía que pasar.

—Pero es que después de lo que ocurrió en el club...

—Hablamos del tema. Y él quiso saber qué era lo que teníamos entre manos, le expliqué que iba a dejarme llevar y que eso implicaba desde jugar al parchís a chingar.

—¿En serio? —preguntó Sabrina, tronchada de la risa.

—¡Es la verdad! Él se partió de risa con lo del parchís y con todo, porque se ríe mucho conmigo.

—¿Y él también está de acuerdo con dejarse llevar? —preguntó Sabrina, que estaba pasándoselo en grande escuchando la historia.

—Él me dijo que me deseaba como a nadie...

—¿Queeeeeeeeeeeeeé? —preguntó Sabrina con los ojos que se le iban a salir de las órbitas.

—Le entiendo porque me pasa lo mismo con él. Y añadió también que los dos somos dos corazones salvajes.

—¡Qué bonito, por favor! —exclamó Sabrina, entre suspiros.

—Sí que lo es. Me gustó muchísimo. Me parece que me define a la perfección. Mejor dicho, que nos define. Pero le advertí de que estoy un momento en mi vida en que no quiero saber nada del amor.

—¡Sally! —replicó Sabrina que no daba crédito.

—Estamos gafados, te lo juro. Tenemos una mala suerte infinita. Hace años yo era una completa gilipollas y no pude disfrutar plenamente de lo nuestro, y ahora que me estoy curando resulta que me pillan en un momento en que no estoy preparada para tener una relación.

—¿Y él en qué momento se encuentra? —quiso saber Sabrina.

—Él me contó que sueña con formar una familia, pero la última persona a la que elegiría sería a mí —respondió Sally, que lo tenía completamente asumido.

—¿Por qué dices eso?

—Fui una capulla y una cabrona con él —respondió Sally sin pensarlo, porque no había más.

—Pero te ha perdonado.

Sally negó con la cabeza y le confesó a su amiga algo que la estaba reconcomiendo por dentro:

—En ningún momento ha verbalizado que lo haya hecho. Y yo conozco muy bien a Eric. Es de los que no olvida una afrenta y yo fui horrible con él.

—Te ha perdonado porque de lo contrario no te habría invitado a pasar un fin de semana tan alucinante —dedujo Sabrina.

—Y soy la primera chica a la que lleva al velero. Cosa que me creo porque Eric es muy celoso de su intimidad.

—Y eso solo puede significar una cosa —apuntó Sabrina que era una romántica empedernida y no quería dejar de creer en el amor.

—No significa nada de lo que estás pensando. Esto no es una novela romántica de esas que tú lees.

—Pues todo lo que me estás contando no puede sonar más romántico...

—Qué va. Yo le agradezco que en estos momentos en que mi popularidad está bajo mínimos quiera salir conmigo, pero no creo que lo nuestro vaya mucho más allá de una amistad. Y desde luego para mí ya sería un triunfo enorme que pudiéramos ser amigos.

—¿Y por qué crees que no puede haber amor entre vosotros? —insistió Sabrina.

—Después de lo que le hice es imposible que se fie de mí —respondió Sally, sintiéndose fatal.

—Has cambiado, ya no eres esa chica que estaba un poco confundida.

—¿Un poco confundida? —replicó Sally, agradeciendo que su amiga fuera tan generosa con ella, porque la realidad era otra bien distinta—: Era una clasista de mierda y renegaba de él en público, de hecho, hace nada, cuando nos volvimos a reencontrar, seguí negando haber tenido algo con él.

—Madre mía, pero ¿por qué? ¡El amor es lo más grande que hay en la vida!

—Lo sé —reconoció Sally—. Y él además Eric fue el chico con el que decidí perder la virginidad porque le amaba como no había amado a nadie. Quería que fuera él. Es más, es que sentía que solo podía ser él. Pero luego me fui a la universidad, apareció Mark, pensé que él era más afín a mí, de mi clase, con mis gustos, con mi forma de ver la vida, y dejé a Eric sin darle la más mínima explicación. Tan solo me limité a plantarme en Navidad de la mano de Mark, Eric nos vio y fue terrible.

—¡Pobre Eric! —exclamó Sabrina, con una cara de pena increíble.

—Me pidió explicaciones en plena calle, yo me hice la idiota, como si no supiera de qué estaba hablando y le humillé como la cacho cabrona que soy —le contó Sally sintiéndose fatal por haber actuado de esa forma tan injusta y cruel.

—¡No hables en presente! Ya no eres una cacho cabrona. Y si no que le pregunten a mi madre que dice que eres un ángel.

—Ella sí que es un amor. ¡La adoro! Y es una paciente ejemplar que está poniendo todo de su

parte para curarse.

—Y nosotros te estamos tan agradecidos...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que me des más las gracias? ¡Lo hago encantada! —exclamó Sally, que no podía hablar con más franqueza.

—Porque eres un ángel. ¡Mi madre tiene un ojo con las personas que nunca se equivoca! Y Eric se ha dado cuenta del cambio.

Sally tragó saliva, sintió un amargor fuerte en la garganta de lo mal que lo estaba pasando de recordar cómo se comportó con Eric y habló con total sinceridad:

—Le humillé, le traicioné, le engañé... El daño que le hice es irreparable, así que tengo claro que jamás podremos volver a tener una relación amorosa. No obstante, mi esperanza es que al menos podamos disfrutar de una bonita amistad. De hecho, me ha invitado a pescar otra vez el próximo fin de semana que va a hacer bueno. Hay que aprovechar estos días de otoño antes de que llegue el frío.

—Tú no te preocupes por el frío que me huelo que vais a pasar un invierno de lo más calentito —bromeó Sabrina para que su amiga se riera un poco y se sintiera mejor.

—En serio. Me encantaría repetir lo de este fin de semana.

—¿No decías que eras una chica de gustos más sofisticados y que lo de la pesca era solo para disfrutar un día? —inquirió con guasa.

—Ya, pero...

—¡No hace falta ni que lo expliques! ¿A quién no le gustaría repetir un finde romántico en un velero en el lago Travis? —inquirió Sabrina, divertida.

—Es un lugar muy romántico y todo lo que hicimos también. El paseo en moto, la pesca, las risas en el lago, navegar al atardecer, dormir en el velero, despertar bajo un sol hermosísimo...

—¡Me estás poniendo los dientes de un largo, que el próximo fin de semana me apunto a la excursión! —exclamó Sabrina, entre risas.

—Si quieres, se lo digo a Eric —replicó Sally.

—¿Tú estás tonta? ¿Cómo voy a estropearos vuestra cita cuqui?

—No es una cita. Y no me apunto porque ahora sea un hombre con dinero y tenga un velero. Iría al lago con él, como cuando estábamos en el instituto, con los bocatas y los Rolling Stone sonando de fondo. No necesito más —reconoció Sally, que estaba empezando a valorar lo que era realmente importante.

—Ya, pero ahora que tiene un velero, ¡tenéis que disfrutarlo! —exclamó Sabrina para quitarle hierro.

—Me encantaría que se afiance lo que tenemos y acabemos siendo finalmente amigos de verdad.

—¿Solo amigos? ¿En serio? —inquirió Sabrina, pestañeando muy deprisa.

—¿Te parece poco, conociendo nuestra historia?

—La historia de dos corazones salvajes que tienen la oportunidad de enmendar los errores del pasado.

Sally pensó que sonaba bonito, pero lo suyo había sido tan grave que bufó y masculló:

—Lo mío fue tremendo.

—Le has perdido perdón y...

Sally negó con la cabeza, porque todavía no se había atrevido siquiera a pedirle perdón y replicó:

—No. Aún no le he perdido perdón...

—¿Cómo?

—Me siento tan avergonzada que ni sé cómo pedirle perdón.

—Díselo, y solo tendrá que mirarte a los ojos para saber que tu arrepentimiento es sincero.

A Sally se le llenaron los ojos de lágrimas y musitó deseándolo con todas sus fuerzas:

—Ojalá que sea así...

Capítulo 13

Pero llegaron a finales de octubre y Sally aún no había reunido el coraje suficiente para plantarse delante de Eric y pedirle perdón.

Ni durante el fin de semana en el lago, ni en los días siguientes en los que tomaron copas, fueron a un concierto, salieron a cenar, montaron a caballo y asistieron a la inauguración de una exposición de pintura de una paciente de Sally.

No obstante, el último viernes de octubre, a Sally le llegó un paquete que le dio una nueva oportunidad para intentarlo:

—¡Tienes un paquete de Eric y parece una botella de champán o similar! ¡Me da que alguien se va a pasar un fin de semana haciéndolo sin parar! —comentó Sabrina divertida, agitando el paquete.

Sally que acababa de finalizar su jornada laboral, le recordó a su amiga con una sonrisa enorme:

—Te recuerdo que Eric y yo no hacemos nada de nada.

—De momento —afirmó Sabrina, con una mirada de lo más pícara y divertida.

Sin embargo, Sally tenía una opinión bien distinta y le confesó a su amiga:

—Fíjate que creo que está hasta arrepentido de lo que pasó en el club. Y me temo que no va a volverse a repetir.

Sabrina entendía que su amiga tuviera sus dudas, pero ella lo veía desde una perspectiva distinta y le recordó:

—Lo dudo, porque Eric te confesó que eres la mujer que más ha deseado en su vida.

—Y a mí me pasa lo mismo con él. Lo que sucede es que el sexo lo complica todo y sería una pena perder lo que tenemos ahora.

—¿No acordasteis dejaros llevar? —inquirió Sabrina, mordisqueando el bolígrafo que tenía en la mano.

—Acordamos dejarnos llevar y lo cierto es que lo que está surgiendo es una amistad preciosa que me gustaría seguir cultivando.

—Entonces, ¿a qué esperas para abrir el paquete? ¡Mira que si es una proposición para que toméis una copita en su casa! —exclamó Sabrina, frotándose las manos porque no podía más con la intriga.

—El lunes estuve en su casa. Me pidió que fuera a buscarle a la salida del trabajo y me llevó a su rancho que es para caerse de espaldas —contó Sally, como si nada. Como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Sin embargo, Sabrina se quedó con los ojos como platos, la boca abierta y luego atinó a farfullar:

—¿Y has estado desde el lunes callándote que has estado en casa de Eric? ¿Pero cómo me haces esto, Sally Burns?

—Es que sabía que se te iba a desatar la imaginación y realmente no pasó nada. Nada de eso con lo que tú fantaseas con tu imaginación romántica. Lo único que sucedió fue que me enseñó su rancho y luego estuvimos montando a caballo. ¡Y qué caballos! ¡Tiene los mejores de todo Texas!

—¿Lo dudabas? —replicó Sabrina, enarcando una ceja—. ¡Eric Vila solo puede tener lo mejor de lo mejor! Y seguro que eres la primera chica a la que lleva a su casa.

—Sí, pero no significa nada de nada —se adelantó a decir Sally, antes de que a Sabrina se le disparase la imaginación.

—No, claro, claro... Te lleva a su casa, te da un paseo por su rancho con sus mejores caballos y ¡no significa nada! Anda, alma de cántaro, ¡espabila de una vez!

—Fue todo muy amistoso.

—Porque está respetando tus tiempos, porque sabe que las prisas no son buenas consejeras, porque quiere que todo salga perfecto y porque esto solo puede acabar con un pedazo de final feliz.

—Ja, ja, ja, ja. ¡No hay nada! ¿De qué final feliz estás hablando, loca peligrosa!

—Estoy muy cuerda y tú deberías abrir el paquete que no puedo más con la intriga.

Sally abrió el paquete y apareció una botella de vino de un rojo precioso en cuya etiqueta podía leerse: «Corazones Salvaje».

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sally, que de la emoción ni le salía la voz a la pobre.

Sabrina se quedó estupefacta al ver lo que ponía en la etiqueta y exclamó dando saltitos y aplaudiendo a la vez:

—¡Dios! ¡El vino lleva vuestro nombre!

Sin embargo, Sally se puso muy nerviosa, negó con la cabeza y sin poder quitar la vista de encima de la botella musitó:

—¿Qué dices? ¡Será una casualidad! Lo habrá encontrado por ahí...

Pero para Sabrina todo aquello solo apuntaba a que lo suyo iba viento en popa y gritó eufórica:

—¡Y vas tú y te lo crees! ¡Eric no da puntada sin hilo! ¡Lee la tarjeta y salgamos de dudas!

Sally agarró la tarjeta y empezó a leer con la voz tomada por la ansiedad que tenía encima:

Querida Sally:

—Te quiere —la interrumpió Sabrina, exultante, haciendo la V de victoria con los dedos.

Si bien Sally no le dio ninguna importancia y replicó:

—Es una frase hecha.

—¡Calla y sigue leyendo! —exigió Sabrina, deseando saber de una vez el contenido de la tarjeta.

No obstante, Sally puso una mueca graciosa y le preguntó para sacarla un poco de sus casillas:
—¿Qué hago? ¿Callo o sigo leyendo?

—¡Lee! —exigió Sabrina, apuntándola con el bolígrafo.

Sally carraspeó un poco, se mordió los labios, tomó aire y leyó del tirón:

Querida Sally:

Me pregunto si te gustaría que degustáramos esta tarde un vino como este en un viñedo que me encantaría que conocieras. Ya me dices. ¡Nos vemos!

Sabrina se pasó la mano por la cara, miró a su amiga anonadada y confesó muerta de risa:

—¡Voy a acabar odiándote, Sally Burns! ¿Hay algo más romántico que un atardecer en un jodido viñedo?

—¿Hay algo que a ti no te parezca jodidamente romántico? —inquirió Sally, muerta de risa.

—¡Con Eric Vila al lado es romántico hasta comerse un paquete de pipas sentados en un banco del parque! ¡No tienes más que mirarlo para sentir que estás en el paraíso!

—¡Me parto contigo, Sabrina! —reconoció Sally, porque se lo estaba pasando de maravilla.

—Y me das la razón, porque es lo que te sucede cuando estás con él. Le miras y dices: «¡esto es la gloria!». Y a él le pasa lo mismo contigo, puesto que eres un primor de chica. ¡Y no lo digo yo! ¡Lo dice mi madre que ya sabes que es la persona más sabia del mundo mundial!

—Esto sin ti sería tan aburrido... —confesó Sally, que después de que su mejor amiga la traicionara con Mark y sufrir el rechazo de las chicas del club, agradecía como agua de mayo que el destino hubiera puesto en su camino a una amiga como Sabrina.

—Pues no te cuento cómo me lo estoy pasando yo que estoy presenciando en primera fila cómo se cuece un historión de amor de lo más épico.

—¡Estás como una cabra! —exclamó Sally, tronchada—. ¡Pero no te cambio por nadie! ¡Eres lo más! ¡Te lo juro!

—Deja de decirme cosas bonitas y responde al muchacho que lo tienes en ascuas. ¡El paquete llegó a las nueve en punto de la mañana!

—No he podido salir antes. ¡Tú sabes cómo tenía la mañana de pacientes!

—¡Y todos salen hablando maravillas de ti! ¡Tengo unas ganas enormes de cortarme un dedo o algo similar para probar en propias carnes tu arte como enfermera! —exclamó Sabrina, haciendo como que se cortaba el dedo con el bolígrafo.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Te lo digo en serio! —aseguró Sabrina llevándose de nuevo el bolígrafo a la boca.

—¡Ay, madre! Solo espero que cuando te saques el título de Nutricionista te quedes en el consultorio —afirmó Sabrina, deseándolo en voz alta.

—Para mí sería un sueño trabajar aquí —confesó Sabrina, tras respirar profundo—. Admiro muchísimo al doctor Burns, este centro tiene un gran prestigio y ahora más con la gran enfermera

Sally. Y no te estoy adulando porque seas la hija del jefazo.

—¡No hace falta que lo hagas! ¡Me tienes en el bote! Y sé que serás una nutricionista extraordinaria.

—¿Y qué tal si nos dejamos de tirar flores y respondes a Eric, que el pobre tiene que estar de los nervios?

Sally agarró el teléfono móvil y le envió un wasap a Eric que al momento leyó a Sabrina:

SALLY:

¡Muchas gracias por el vino! ¡Y me muero por conocer ese viñedo! Pasa a recogerme a mi casa a las seis, por favor. ¡Nos vemos!

Y como a Sabrina ese mensaje se le quedó un poco corto, no se le ocurrió nada mejor que arrancarle el teléfono a su amiga de las manos y añadir:

—¡Y cinco emoticones con besitos!

Sally le quitó el teléfono y comprobó horrorizada que no era broma, que le había enviado cinco besitos a Eric.

—¡Dios! ¿Qué has hecho? ¡Él no me ha mandado besos, ni abrazos, ni nada! —exclamó Sally, con el corazón que se le iba a salir por la boca.

—Pero te los manda con el pensamiento y tú se los mandas en forma de emoticono —dijo Sabrina, sin darle importancia.

—A ver si se va a pensar que...

—Se va a pensar que te gustaría hacerlo entre los viñedos mientras el sol de otoño se pone detrás de una vieja loma y tus gritos se escuchan hasta en la China —habló Sabrina, tronchada de la risa.

—¡Te lo estás pasando teta a mi costa, pero no quiero que Eric se agobie! No me gustaría precipitar nada, ni que se sienta presionado, ni que...

Sabrina agarró a su amiga por el hombro y le dijo para que se calmara:

—Nena, tranquila, solo son cinco besitos de nada, no le has pedido que se case contigo y te haga ocho hijos.

—Es que las cosas están muy bien entre nosotros y no me gustaría dar ningún paso en falso.

—Está todo bien. Y en lo que deberías centrarte en esta cita...

—¡No es una cita! ¡Siempre te lo digo! —le corrigió Sally, porque ellos aún no habían tenido ninguna cita romántica.

—Vale, no es una cita, pero por favor pídele perdón de una vez por todas. Eso sí que es importante que lo hagas, Sally —le aconsejó su amiga.

Sally soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se mordió el labio inferior de los

nervios y musitó:

—Rezo para que hoy sea capaz de decírselo.

—No le des más vueltas, Sally. ¡Díselo! Y ya verás cómo las cosas a partir de ese momento van a fluir mucho más entre vosotros.

Sally respiró hondo y pensó que su amiga tenía razón: ya no podía demorar más el momento de pedirle perdón a Eric...

Capítulo 14

Después de recorrer durante un buen rato unos viñedos maravillosos, a la luz dorada de la tarde otoñal, llegaron hasta una casa de campo con muchísimo encanto en cuyo porche había dispuesta una mesa de madera repleta de cosas ricas y un vino para degustar.

—¿Esto es para nosotros? —preguntó Sally, al ver los quesos, el jamón, las ensaladas, los frutos secos...

—Claro.

—¿Qué detallazo por parte del dueño del viñado! Y su casa de campo me parece una fantasía.

—Ahora te la enseño.

Hasta ese momento, habían estado paseando entre los viñedos, pero Eric no le había hablado para nada de quién era su dueño.

—¿Tienes la llave de la casa? —preguntó Sally.

Eric se echó la mano al bolsillo de la cazadora de motero, le mostró un manojo de llaves y dijo risueño:

—Una de estas debe ser.

—Dile a tu amigo que le agradezco un montón que nos haya dejado pasear por su viñado y que nos haya preparado esta merienda cena tan estupendísima.

—No existe tal amigo.

—¿Cómo que no existe? —inquirió Sally, arrugando la nariz.

—Todo esto es mío —confesó Eric, sin darse ninguna importancia.

Sally, que no daba crédito, solo pudo replicar fascinada:

—¿Qué me estás contando? ¿Toda esta maravilla es tuya?

—Siempre he querido tener un pedazo de tierra, tenía fichados varios viñedos, pero ninguno me convencía. Y me esperé hasta que hace un año me llamaron de la agencia inmobiliaria y me comentaron que uno de los mejores viñedos estaba a la venta. Los dueños iban a mudarse por motivos laborales y necesitaban vender rápido. Al día siguiente vine a conocer las viñas y fue un flechazo tan súbito que ese mismo día firmé el contrato de compra.

Sally echó un vistazo alrededor y exclamó maravillada con tanta belleza:

—¡Entiendo tu flechazo porque este sitio es una auténtica gozada!

—Y espera a probar el vino de nuestras bodegas —dijo Eric que agarró la botella y la abrió.

Sally entonces se fijó en que en la etiqueta de la botella ponía también «Corazones Salvajes» y musitó:

—¿Lleva el mismo nombre de la botella que me has enviado al trabajo?

—Quería que tuvieras una. Es la primera producción de caldos desde que soy dueño de los viñedos y cuando me preguntaron que qué nombre quería para mi primer vino, ni me lo pensé.

No podía ser otro.

Eric le clavó la mirada, esa mirada profunda y arrebatadora que provocó que a Sally le temblaran hasta las pestañas y luego le sirvió el vino para que lo degustara:

—Muchas gracias —dijo Sally, agarrando la copa y observando el cuerpo del vino.

Eric se sirvió a sí mismo una copa, la agitó un poco, disfrutó del aroma y bebió mientras Sally hacía lo mismo:

—¿Qué te parece? —le preguntó Eric, tras saborear esa delicia.

Sally puso los ojos en blanco y confesó porque era la pura verdad:

—Es el más bueno que he probado.

—Siéntate, por favor. A ver si también te gusta esta especie de merienda cena que he preparado con cosas frías y con mucho cariño para ti.

Sally se sentó, miró a Eric y dijo muy agradecida:

—Eres encantador, Eric.

Eric se sentó frente a ella, arqueó una ceja y le preguntó mordaz:

—¿Estás segura, Sally?

Sally dio otro sorbo a su copa y sintió que había llegado el momento de hacer lo que llevaba días demorando:

—Estoy tan segura que te pido perdón por haber sido tan capulla y tan cabrona contigo.

Eric estuvo a punto de escupir el vino que tenía en la boca porque lo que menos esperaba era que Sally fuera pedirle perdón.

—¿He escuchado bien, Sally Burns? ¿Me estás pidiendo perdón?

Sally asintió, se le llenaron los ojos de lágrimas y le confesó con el corazón latiéndole bien fuerte:

—No te lo he dicho antes porque me moría de vergüenza. Pero ya no puedo aplazarlo más y tienes que saber que lamento muchísimo todas las cosas feas que te he dicho y he hecho, que me arrepiento y que te pido de todo corazón que me perdone.

Eric solo tuvo que mirarla a los ojos para saber que estaba diciendo la verdad, que su arrepentimiento era sincero.

Sin embargo, al momento le entró la duda de hasta qué punto no habría precipitado ese perdón el velero, las joyas, las cenas en restaurantes de lujo o el viñedo donde en ese momento se encontraban.

Y eso no le gustaba para nada.

Al contrario, le daba un asco tremendo que el corazón de Sally se hubiera ablandado solo porque ahora era un tío con dinero.

Y no le quedó más remedio que reconocer, con un nudo en la garganta:

—Eres la persona que más daño me ha hecho en la vida.

Sally no pudo evitar que dos lágrimas amargas le cayeran por el rostro y balbuceó:

—Lo sé. Era una niñata mimada y caprichosa que no tenía ni idea de lo que era la vida. Pero ahora que estoy trabajando duro y que estoy aprendiendo en propias carnes lo que cuesta madrugar, ganarse honradamente la vida y pagar facturas...

—¿Estás pagando facturas? —le interrumpió Eric, asombrado.

—Papá ha puesto mucho empeño en reformarme y ha descontado de mi sueldo mis gastos de luz, agua y comida. Y me parece bien. Es justo que así sea. Y ahora no sabes cómo respeto y admiro a la gente trabajadora que se rompe el lomo por llevar un plato de comida caliente a casa, a la gente que viene de abajo y a las personas que a pesar de tenerlo todo en contra no dejan de luchar ni un solo día, ni pierden la esperanza.

—Ya no te parecemos chusma —repuso Eric, con retintín.

—Era una cretina. Perdóname. No tenía ni idea de lo que era la vida. Mis padres me criaron entre algodones y vivía a la sopa boba. Y luego apareció Mark...

—Que te convirtió en un bonito florero —sentenció Eric.

—Estaba tremendamente equivocada. Era tan superficial y tan frívola que pensaba que la vida era estar de fiesta en fiesta, viajando por el mundo y conociendo a un montón de gente muy chic a la que realmente le importaba una mierda. Si bien ahora celebro que Mark me engañara, que tuviera que volver a casa y que no me quedara otra que trabajar duro, porque por fin he despertado y me he percatado de que estaba tirando mi vida por la borda. Era una zángana de vida regalada que no tenía más preocupaciones que qué vestido ponerme para la fiesta de turno. Y esa vida no podía ser más absurda ni más carente de sentido. En cambio, ahora todo es diferente. Trabajo de enfermera que es mi vocación, ayudo a la gente, y estoy conociendo de cerca realidades que son bastante duras y que me están haciendo abrir los ojos como tendría que haberlo hecho hace tiempo. Así que perdóname por haber sido tan cruel contigo, por humillarte, por engañarte y por todo el daño que te hice.

Eric se emocionó muchísimo al escuchar esas palabras de arrepentimiento que parecían sinceras, pero no estaba dispuesto a bajar la guardia.

Bien era verdad que Sally estaba cambiando, que estaba trabajando duro y que a sus oídos había llegado por distintos canales que era muy buena en lo suyo.

Y le parecía genial que se autorrealizara profesionalmente y que por fin fuera consciente de lo jodida que era la vida, pero no por eso iba a entregarle su corazón para que lo hiciera trizas de nuevo.

—Me hiciste muchísimo daño, Sally. Yo te amaba con todo mi corazón y tú lo rompiste en mil pedazos.

—Lo siento. Era una cabeza hueca que vivía muy presionada por las convenciones sociales. Me importaba muchísimo el qué dirán, tenía pánico al rechazo social y a que me expulsaran de

los círculos más selectos.

—Por salir con un muerto de hambre como yo.

—Era gilipollas —aseguró Sally, con los ojos llenos de lágrimas.

No obstante, Eric negó con la cabeza porque para él se trataba de otra cosa:

—Cuando uno ama, el amor está por encima de todo. De los prejuicios, de las convenciones, de los miedos... No le des más vueltas, Sally. Lo que sucedió fue que en el fondo nunca me amaste.

A Sally le dolió muchísimo que le dijera aquello, porque sí que le amaba, aunque luego la pifiara liándose con Mark y le explicó:

—Tenía pánico a enfrentarme al grupo, a que me criticaran por salir con un chico humilde y supongo que por eso también empecé a tontear con Mark, que era el típico chico de buena familia que encajaba a la perfección en mi mundo.

Eric siguió pensando lo mismo, si le hubiera amado de verdad le habría importado un bledo las opiniones ajenas y habría luchado por su amor. Pero lejos de hacerlo, se lió con Mark y no solo no tuvo ni la deferencia de darle una explicación, sino que además le humilló vilmente.

Con todo, no entendía qué pretendía con su perdón que llegaba demasiado tarde:

—No sé adónde quieres llegar, Sally —dijo Eric, desconcertado.

—Quiero que sepas que reconozco que lo hice todo fatal, que me dejé llevar por los prejuicios y por la estupidez y que tomé la peor de las decisiones.

—¿Cómo? —inquirió Eric, tras tomar un poco de vino.

—Que cometí un error al liarme con Mark, porque en estos días he sido consciente de que nadie puede hacerme tan feliz como tú.

A Eric le entró la duda de qué era realmente lo que le hacía feliz: su persona o los ceros de su cuenta corriente.

Y decidió más que nunca ir con pies de plomo, por lo que la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Qué es lo que pretendes, Sally?

—No pretendo nada. Bueno, sí que me gustaría que siguiéramos afianzando esta amistad.

—¿Quieres solo mi amistad?

Sally asintió, se mordió el labio inferior en un gesto que Eric encontró irresistible y replicó:

—¿Tú no quieres?

Eric pensó que él lo que quería era solo una cosa: venganza. Pero Sally se lo estaba poniendo muy difícil y más después de constatar que realmente estaba cambiando y de pedirle perdón.

Por lo que estaba tan confundido que solo pudo responder:

—¿No acordamos que nos íbamos a dejar llevar?

Sally asintió tan nerviosa que tiró la copa de vino y cuando los dos fueron a cogerla acabaron rozándose las pieles.

Y ambos sintieron tal corrientazo que se miraron y Sally ya solo pudo entreabrir los labios y suplicarle con el corazón desbocado:

—Bésame...

Capítulo 15

Después del beso tremendamente apasionado, Eric cogió a Sally en volandas y la llevó hasta la cama enorme de la habitación principal de la casa.

Sally echó un vistazo por los ventanales y se quedó fascinada con el jardín, la piscina y los viñedos al fondo.

—Te prometo que no sé qué me gusta más, si el rancho o el viñedo.

Eric se quitó la ropa, se quedó desnudo frente a ella y masculló:

—Ojalá que lo que más te gustara fuera yo.

Sally le miró y pensó que cómo no iba a gustarle si era un dios griego y además el mejor amante que iba a tener en la vida. Y lejos de callárselo, se lo dijo con una sonrisa enorme:

—Por descontado, tú eres lo mejor de todo.

Eric se tumbó a su lado, la agarró por la garganta, se apoderó de la boca gruesa que tanto le gustaba, la besó con ganas y luego musitó:

—Me moría de ganas de tenerte en mi cama.

—Me gustas tanto, Eric Vila —confesó Sally, que le agarró por la nuca y le besó en la boca con auténtica voracidad.

—Nos teníamos demasiadas ganas.

—No quería forzar nada. Tenía que surgir, como ha surgido ahora —aseguró Sally con la mirada chispeante de deseo.

Eric se pasó la lengua por los labios y le recordó algo que era una verdad como un templo:

—Yo siempre tengo ganas de ti, Sally.

—Dios —musitó Sally, que tembló entera.

Pero lo mejor vino a continuación. Eric le devoró la boca, después el cuello y descendió a besos hasta el sexo palpitante.

Sally abrió las piernas para facilitarle más el acceso y él se dedicó a recorrerla, a lamerla y chuparla como solo él sabía hacerlo, mientras Sally gemía, retorció las sábanas con las manos o le tiraba del pelo pidiéndole más y más.

Eric, entonces, la penetró con los dedos y con la lengua, dándole un placer infinito que culminó cuando Eric atrapó el clítoris entre los labios y, tras succionarlo sutilmente, le provocó un orgasmo descomunal que la estremeció por completo.

Eric se situó de nuevo junto a ella, la besó en la boca y Sally notó como la erección durísima se pegaba contra su vientre.

—Yo también quiero tenerte en mi boca —susurró Sally en la oreja de Eric.

Eric gruñó, se puso bocarriba, Sally le mordió el cuello y bajó entre lametones y besos, hasta el miembro que se metió en la boca.

Eric gimió al sentir la calidez y la humedad de la boca jugosa en su glándula y después creyó que se corría cuando Sally empezó a hacérselo aceptándole cada vez más y más.

—Eres una diosa —masculló Eric, mientras agarraba a Sally por la cabeza para ayudarla con las penetraciones.

Y Sally siguió dándole más y más placer, hasta que llegó un punto en que ya no había vuelta atrás.

—Voy a correrme, preciosa.

Pero Sally no se quitó, siguió engulléndole, aceptándole entero en su boca y Eric le preguntó:

—¿Quieres mi leche?

Sally profirió un sonido gutural, asintió con la cabeza y Eric ya sí que no pudo más y tras hundirse unas cuantas veces más dentro de ella, dentro de esa boca jugosa que le había dado más placer que ninguna, se corrió lanzando un chorro espeso en lo más profundo de la garganta.

Sally tragó todo lo que Eric le había dado y sintió algo tan profundo que tuvo que cerrar los ojos y respirar despacio.

—¿Estás bien? —preguntó Eric, que estaba aún con el corazón desbocado.

Sally le miró, se tumbó a su lado y le confesó sintiendo que lo que acababa de hacer era muchísimo más que sexo:

—Esto no lo he hecho con nadie más que contigo.

—Yo quiero que sepas que estoy limpio. Me hago analíticas periódicas y además practico el sexo seguro. Tú eres la única a la que le he dado mi leche —confesó Eric, sintiendo un mariposeo brutal en el estómago.

—Yo también estoy limpia. Y esto que acabo de hacer me parece algo tan íntimo que jamás lo he practicado con otra persona. Tú eres el único que me hace sentir tanto que necesito llegar hasta el final de todo. No sé si me entiendes.

Eric con la mirada brillante y vibrando como no recordaba replicó:

—Te entiendo porque nadie me enciende como tú.

A Sally le pasaba lo mismo con él, pero había algo muchísimo más fuerte:

—Pero no solo es sexo. No solo es deseo. Es una conexión muy potente.

Eric sabía tan bien de lo que estaba hablando que dijo con el corazón latiéndole fuerte:

—Es como si tuvieras un hilo en el pecho que te tira muy fuerte hacia mí.

Sally pestañeó deprisa, tragó saliva y preguntó con un nudo en la garganta:

—¿Por qué lo sabes?

Eric la miró y dejó que hablara su corazón, ya que le pareció lo más honesto:

—Porque yo siento exactamente lo mismo.

Sally soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se acurrucó en el pecho de Eric, él le acarició el pelo y los dos sintieron lo mismo, serenidad, paz y la sensación de que estaban en

casa. Luego, cerraron los ojos, se quedaron en silencio con las respiraciones acompasadas y los dos cayeron en un sueño de lo más agradable.

Y despertaron así, abrazados, un par de horas después, cuando la noche ya se cernía sobre ellos:

—¡Qué cielo más bonito! —exclamó Sally, en cuanto despertó en los brazos de Eric.

—Es lo bueno de estar lejos de la ciudad.

—¿Y qué hora será? —preguntó Sally que había perdido por completo la noción del tiempo.

—Hemos dormido un par de horas y estoy muerto de hambre. ¿Cenamos? O quieres que te lleve a casa... —preguntó Eric con ganas de que no saliera nunca de su cama.

Sally se quedó perpleja porque de lo que menos tenía ganas en ese momento era de irse a casa y replicó en un tono de voz muy simpático:

—¿A casa? ¿No puedo quedarme a pasar el fin de semana?

Eric soltó una carcajada al tiempo que pensaba que cómo le gustaban esa espontaneidad y naturalidad suyas y exclamó divertido:

—¡El fin de semana! ¡Señorita Burns, apuestas fuerte!

—Qué menos que un finde, ¿no te parece?

Eric sonrió, adoró su desparpajo, la besó en los labios y le preguntó con su miembro de nuevo listo para la acción:

—¿No tienes hambre?

Sally lanzó un gemidito al sentir el falo durísimo presionando contra su sexo y replicó mordiéndose el labio inferior:

—De ti. Tengo un hambre de ti que no puedo con ella.

Luego, se frotó contra la erección y Eric cerró los ojos de puro placer.

—Yo siempre tengo hambre de ti. Siempre...

Y tras decir esto, estiró el brazo, sacó un paquete de condones que tenía en el cajón de la mesilla, cogió uno, lo abrió y se lo enfundó mientras Sally le miraba anonadada y recordaba en voz alta:

—Nunca he podido olvidar esas noches en las que nos la pasábamos haciéndolo una y otra vez. Y luego me dolía hasta sentarme...

—Yo nunca paso la noche entera con una mujer —le confesó Eric—. Siempre lo acordamos antes. Solo sexo. Nada más. Sin complicaciones.

—Pero conmigo sí que quieres pasar la noche entera... —dijo Sally con una emoción y unas ganas tremendas.

Eric arrugó el ceño y le recordó lo que era más que obvio. Ella no era como las demás. Jamás lo fue y replicó:

—Tú eres Sally Burns, ¡maldita sea!

—¿Y eso es bueno o es malo? —pregunto Sally arrugando la nariz.

Eric le lanzó una mirada lobuna que excitó mucho más todavía a Sally y farfulló:

—Eso es que te voy a follar una y otra vez, hasta que no puedas sentarte en una semana.

Sally creyó que se corría ahí mismo de lo que acababa de escuchar y luego gritó feliz:

—¡Me encanta!

—Tus deseos son órdenes, señorita Burns.

Eric le dio la vuelta, la colocó bocabajo, le abrió las piernas y le dio una palmotada sonora en el culo:

—Auuuuuuuuuu. He sido muy mala. Castígame duro —le pidió Sally, entre risitas juguetonas.

—Sé que te gusta que sea duro, princesa.

Y tras decir esto, Eric se tumbó sobre ella, la penetró desde atrás y se la metió hasta el fondo. Sin más.

Sally gritó al sentirse llena como solo él lo hacía, luego él se salió y volvió a entrar unas cuantas veces hasta que empezó a hacérselo profundo y lento.

Y así estuvieron hasta que Eric tiró de las caderas de ella y la puso a cuatro patas.

Y ya en esa postura, la penetró implacable, al tiempo que tiraba suave del pelo de Sally que alzó la cabeza suplicando por más.

Y él se lo dio. Se lo hizo duro, mientras ella se pellizcaba los pezones con una mano y el aire se llenaba de gemidos, jadeos y palabras obscenas.

Y de ese modo estuvieron hasta que él le pidió a Sally que se tumbara bocarriba.

Sally lo hizo y además colocó las piernas sobre los hombros de Eric que la penetró hasta el fondo, arrancándole un grito que le puso más todavía.

Sally le agarró por el cuello, le besó con desesperación en la boca y él empezó a bombear duro y fuerte, cada vez más deprisa, como un animal de corazón salvaje, que acabó corriéndose poco después entre gruñidos.

Exhausto, lamió a Sally los labios, luego el cuello y le susurró al oído:

—Ahora tienes que correrte tú.

Sally le miró estremecida, sintiendo que en el fondo nunca había sido de nadie más que de Eric Vila y le entraron unas ganas tremendas de decirle que le amaba.

Pero se guardó esas ganas, decidió que lo mejor era dejarlo para más adelante y confesó:

—Con que solo pongas un dedo sobre mi clítoris voy a estallar como un volcán.

Eric puso una cara de diablo tremenda, saltó de la cama, tiró de la muñeca de Sally para que se levantara también, la llevó junto al ventanal y se colocó a su espalda.

—Dios, ¡qué noche más bonita! —musitó Sally que estaba temblando de puro deseo.

Eric le acarició las nalgas, deslizó una mano hasta el sexo y hundió dos dedos dentro de ella.

—Cuando estábamos en el instituto no podía darte nada, pero ahora tengo todo esto. Todo esto

que ves, toda esta tierra y más allá de lo que alcanza la vista —habló Eric, mientras empezaba a estimularle el punto que sabía que iba a volverla loca.

Sally tuvo que cerrar los ojos para aceptar tanto placer, se mordió los labios, se pellizcó con fuerza los pezones y él siguió haciéndoselo hasta que ella gritó desesperada pegada al cuerpo duro y fuerte de Eric:

—Voy a correrme. Voy a correrme para ti, Eric. Solo para ti.

Eric gruñó, le golpeó el clítoris con el pulgar y le arrancó tal orgasmo que, cuando sacó los dedos, Sally se derramó entera...

Capítulo 16

Eric le limpió con una toalla las piernas trémulas y chorreantes y, cuando acabó, arrojó la toalla al suelo y se percató de algo:

—¿Estás llorando?

Sally asintió y sintiéndose una estúpida le confesó al tiempo que se retiraba las lágrimas con los dedos:

—Nunca imaginé que después de pedirte perdón sucedería esto.

—¿Por qué? —inquirió Eric, que estaba preocupado por esas lágrimas que eran absolutamente sinceras.

Conocía tan bien a Sally que sabía que no estaba haciendo teatro. Su dolor era real. Y lo cierto fue que le desarmó.

—Sé lo importante que es para ti la lealtad y lo que detestas las mentiras. Y tenía miedo a que no aceptaras mis disculpas —confesó Sally, con un nudo en la garganta.

Eric, porque era cierto que detestaba las mentiras, le dijo abriéndose sin tapujos frente a ella:

—Sé que estás arrepentida, Sally. Y estas semanas de trabajo duro están dando su fruto. Estás empezando a valorar cosas a las que no dabas importancia, te estás convirtiendo en una mujer independiente y fuerte, le estás dando sentido a tu vida, pero tienes que entender también que yo no puedo olvidar de la noche a la mañana.

Sally sintió una pena tan grande que le dolía hasta el corazón y solo pudo musitar:

—Lo sé.

Eric, que tampoco lo estaba pasando nada bien con la conversación, le recordó:

—Dicen que perdonar es ir al pasado y que ya no te duela.

Sally no tuvo más que mirarle a los ojos para saber qué era lo que tenía dentro:

—Y a ti te sigue doliendo todo lo que te hice.

Eric asintió, la besó en los labios, le acarició el rostro y musitó:

—Lo que no quita para que aprecie tu gesto de pedirme perdón. Lo valoro muchísimo.

Sally con unas ganas de llorar tremendas, replicó con un hilillo de voz y lamentando en lo más profundo haberla pifiado muchísimo:

—Pero te herí tanto que aún sangra la herida.

Eric no pudo hacer otra cosa más que decirle la verdad y decidió poner las cartas sobre la mesa:

—Me hiciste tanto daño que estaba convencido de que lo único que podía cerrar mi herida era lastimarte tanto como tú lo hiciste conmigo.

Sally, que lo que menos esperaba era escuchar una confesión semejante, se quedó perpleja y farfulló:

—¿Qué?

Eric apretó fuerte las mandíbulas, soltó el aire que tenía en los pulmones y dijo con un tono de voz duro y muy inflexible:

—Yo tenía un plan, Sally.

Sally que estaba desbordada por tantas emociones, preguntó con las manos temblorosas y una ansiedad que le estaba impidiendo hasta respirar:

—¿Un plan para vengarte?

Eric se puso muy serio, con el gesto contraído y la mirada durísima y fría y respondió:

—Quería enamorarte y luego abandonarte sin darte ninguna explicación. Quería que te pasaras las noches en vela preguntándote el por qué, quería que te torturaras dándole vueltas a qué habrías hecho mal, te quería hundida en el fango, quería que te doliera tanto que ya ni te salieran las lágrimas...

Dos lágrimas enormes recorrieron el rostro de Sally que musitó sintiendo una tristeza infinita, porque justo en ese momento comprendió de verdad el daño que le había hecho a Eric:

—¡Dios! Perdóname...

Y cayó de rodillas frente a él, rota de dolor y de pena...

Luego, rompió a llorar desconsolada y Eric se agachó junto a ella, la abrazó y le suplicó:

—Deja de pedirme perdón. Sé que estás arrepentida.

Sally le miró con el rostro bañado en lágrimas y replicó porque sabía que no era suficiente:

—Pero no te basta, ¿verdad?

—Fue tanto el dolor, Sally, no sabes cuánto sufrí, no puedes hacerte una idea.

—Desde luego que no. Pero ahora estamos abrazados y hemos hecho el amor sintiendo algo muy profundo. No ha sido solo sexo —reconoció Sally, pues, aunque en el pasado había cometido muchísimos errores, era más que evidente que entre ellos había algo muy fuerte.

Algo que Eric tampoco pudo negar, pero no por ello dejó de ser sincero con Sally:

—Mentiría si te dijera lo contrario. Hacerlo contigo siempre fue algo intenso y profundo. Y hoy lo ha sido, pero tengo dudas...

—¿Dudas? —inquirió Sally, que se puso de pie y se enjugó las lágrimas con los dedos.

—No sé si te va a gustar escucharlas.

Sally negó con la cabeza, tomó aire y dijo echándose la melena a un lado:

—Me temo que no. Pero soy fuerte. Aparte de que me imagino qué es lo que te hace dudar.

Eric sabía que Sally se sentía más fuerte que nunca, por eso frunció el ceño y le preguntó sin ambages:

—¿Te habrías metido en mi cama si siguiera siendo el chico que trabajaba en el taller de mala muerte?

A Sally le dolió muchísimo la pregunta, pero dados sus antecedentes no podía esperar otra

cosa y respondió:

—Siempre he deseado meterme en tu cama, incluso cuando eras ese chico.

—Pero te avergonzabas de mí y me negabas en público. Cosa que ahora no haces porque soy un tío con dinero y con poder —habló Eric, en un tono que sonó a puro reproche.

Sally negó con la cabeza, porque a ella le importaba bien poco ya el dinero y el poder, y le aclaró:

—Ahora no lo hago porque he dejado de ser una clasista de mierda y he aprendido a base de trabajo duro lo que cuesta ganarse el pan.

Eric se revolvió el pelo con la mano, la miró con una frialdad que a Sally le dolió en lo más profundo, después de lo que acababan de hacer y repuso:

—Me parece estupendo que hayas aprendido por fin a valorar y a respetar a los demás, ¿pero hasta cuándo te van a durar tus ganas de trabajar duro?

Sally dijo con rotundidad y firmeza, porque era algo que tenía clarísimo:

—Soy una enfermera vocacional. Me apasiona mi trabajo.

Eric sabía de sobra que la enfermería era su vocación, pero a tenor de lo que había sucedido no podía decirse que fuera una vocación muy fuerte:

—Te fuiste a estudiar Enfermería porque era tu pasión, pero apareció Mark y lo mandaste todo al carajo. Ahora quién sabe, lo mismo aparece otro Mark...

Sally entendía que tuviera sus dudas, pero lo que estaba diciendo era de todo punto imposible que volviera a suceder:

—No quiero ningún Mark en mi vida. ¡Ya tuve bastante!

Eric se cruzó de brazos, alzó una ceja y le preguntó con un tono de voz muy duro porque necesitaba saber la verdad:

—¿Y qué es lo que quieres?

Sally respiró hondo y respondió llevándose la mano al pecho:

—Nadie me ha hecho sentir tanto como tú.

Eric sintió que le daba un vuelco al corazón, le entraron unas ganas infinitas de abrazarla, pero las reprimió porque no podía permitirse dar pasos en falso.

Ya no estaba dispuesto a sufrir más por amor y tenía que cuidarse las espaldas, por eso le advirtió para que a Sally no le cupiera la más mínima duda de lo que había:

—Pero yo cuando necesito floreros, me voy a la tienda a comprarlos. No quiero a mi lado una mujer ociosa cuya mayor preocupación sea con qué color se pinta las uñas.

Sally no acusó el golpe, porque ella ya no tenía nada que ver con la descripción que acababa de hacer:

—No me identifico con esa mujer.

—¿De veras? —insistió Eric, mordaz.

—Fui esa mujer. Pero tengo más inquietudes que el color de mi esmalte de uñas —replicó Sally, que se sentía muy orgullosa de lo que poco a poco estaba consiguiendo.

No obstante, las dudas de Eric no cesaban y le recordó en el mismo tono de reproche:

—Pero sí que te sigue gustando la buena vida, los lujos y los disfrutas muchísimo.

Sally se apretó el puente de la nariz y le dijo para acabar cuanto antes con tantas suspicacias:

—Si estás insinuando de nuevo que estoy contigo por tu dinero, te repito que estás muy equivocado.

Sin embargo, Eric tenía motivos más que suficientes para tener suspicacias:

—No quiero ser pesado, pero te recuerdo que me dejaste para irte con un tío que tenía más dinero y más posición que yo. Para ti siempre ha sido algo importante...

Sally, agotada con la conversación, resopló y concluyó porque ya no podía hacer nada más para que Eric la creyera:

—Pero ahora sé que lo más importante no se compra con dinero y que ni con todo el oro del mundo podría recuperar la confianza que un día depositaste en mí.

Eric apretó las mandíbulas y dijo porque estaba tremendamente confundido:

—No sé qué decirte. Tal vez con el tiempo olvide y mis dudas se despejen...

—Perfecto —musitó Sally, que sintió que había escuchado suficiente y, con una tristeza tan grande que le dolía el corazón, se fue hacia la silla donde estaba su ropa y se vistió a toda prisa.

—Pero no hace falta que te vayas —masculló Eric, que para nada quería que se fuera.

Sally ya vestida, sacó el teléfono móvil del bolso, pidió un taxi y le dijo a Eric:

—Sí que hace falta, Eric. Tú mismo lo acabas de decir. Necesitas tiempo. Y yo te lo voy a dar. Mis sentimientos por mi parte están claros y cuando hemos hecho el amor he tenido que morderme la lengua para no decirte que te amaba. Pero te lo digo ahora: te amo.

Eric con unas ganas de abrazarla que no podía con ellas, replicó porque no entendía nada:

—¿Me amas y te vas?

—No puedo quedarme contigo cuando estás lleno de dudas. Y además no crees en mí.

—Entiende que...

—Dejemos que el tiempo ponga las cosas en su sitio y cuando ya no tengas dudas, ven a buscarme.

Sally le dio un beso en los labios y Eric la agarró por la cintura y la pegó contra él:

—Joder, Sally, ¡no te vayas! Pasemos la noche juntos, dejémonos llevar y veamos qué pasa, pero juntos.

Sally se apartó de él, negó con la cabeza y, con los ojos llenos de lágrimas, habló:

—Tienes dudas, desconfías de mí y creo que en el fondo no me has perdonado. No puedo quedarme en estas condiciones, Eric.

Sally salió de la habitación y se quedó a esperar el taxi en el porche de la casa, anhelando

desde lo más profundo de su corazón que Eric apareciera y le dijera que también la amaba.

Pero el taxi llegó, y Sally se marchó de allí sin que Eric dijera absolutamente nada...

Capítulo 17

Un mes después, Sally seguía sin tener noticias de Eric y ella lo llevaba como podía...

—Ya sabía yo que no teníamos que haber venido a comernos unas hamburguesas frente al lago Travis —le comentó Sabrina, un sábado en que se fueron a almorzar a una hamburguesería en el Oasis.

—Pensaba que iba a poder soportarlo, pero la verdad es que el lago me trae demasiados recuerdos —musitó Sally tras dar un mordisquito a la hamburguesa.

—¡Come anda! —le exigió Sabrina—. ¡Te estás quedando en los huesos! Por no hablar de las ojeras...

—¿Y cómo quieres que esté? No duermo, no como, no vivo...

—Tampoco exageres, que estás viva y coleando —replicó Sabrina, tras beber un poco de refresco.

—Más bien estoy muerta en vida. Pero no me va a quedar más remedio que aceptar que he perdido a Eric para siempre —dijo Sally, abatida por las circunstancias.

Si bien su amiga la trajo de nuevo a la realidad y le recordó:

—Solo ha pasado un mes desde la última vez que os visteis.

—Ya, pero ni en mil vidas que tuviéramos Eric volvería a recuperar la confianza en mí. Está todo perdido, Sabrina. Y me duele tanto, porque te juro que tengo la certeza absoluta de que es el hombre de mi vida —aseguró Sally, con los ojos humedecidos por la emoción.

No obstante, Sabrina, que no estaba para nada de acuerdo con ella, le contó con la mirada chispeante:

—No creo que esté todo perdido. Además, Jerry estuvo ayer con Eric...

Sally abrió los ojos como platos y preguntó con mucha expectación tras dar otro mordisco a la hamburguesa:

—¿Está bien? ¿Cómo se encuentra?

—Está hecho mierda —respondió Sabrina, rotunda.

Sally dio un respingo en la silla y preguntó muy preocupada:

—¿En serio?

—Jerry me contó que parecía un fantasma, que estaba pálido y ojeroso.

Sally no pudo evitar que dos lagrimones le cayeran por el rostro y masculló:

—Dios...

—Y hablaron de ti —le contó Sabrina, tendiéndole un clínex.

Sally soltó la hamburguesa, para juntar las manos y suplicarle a Sabrina:

—Dime la verdad, amiga. Aunque me duela, porque me huelo que esas ojeras obedecen a que ha tomado una decisión. La peor para mí.

—No me seas drama *queen* —le pidió Sabrina, batiendo una mano—. Eric quería saber cómo te encontrabas y le confesó a mi hermano que te echaba de menos.

—¿Qué? —preguntó Sally tras enjugarse las lágrimas.

—Como sabía que ibas a hacerme muchas preguntas, he preferido contártelo aquí que tenemos toda la tarde para cotorrear. Y sí, le dijo que te echaba de menos y que cada día que pasaba sin ti te extrañaba más.

Sally, que no podía creerse lo que estaba escuchando, le rogó a su amiga:

—¡Pellízcame para confirmar que no estoy soñando!

—No estás soñando. Mi hermano, que no sabe nada de lo vuestro, porque yo no le he contado nada...

—Y yo te agradezco la discreción —la interrumpió Sally.

—Somos amigas, no tienes que agradecer nada. Y como te digo, mi hermano que no sabe nada de lo que ha pasado entre vosotros, le preguntó que si lo vuestro tenía arreglo y Eric le respondió que el tiempo no hacía otra cosa más que despejarle las dudas.

Sally se llevó la mano al corazón y, casi que hiperventilando, habló:

—¡Te juro que me va a dar algo! ¿Dudas para dejarme o para que volvamos juntos?

—Mujer, ¡si cada día que pasa te extraña más y se le están despejando las dudas! ¿Qué va a ser? Es blanco y en botella —respondió Sabrina con una sonrisa enorme.

—No sé yo. Eric está muy herido y tiene auténtico terror a que vuelva la pija capulla.

Sabrina solo pudo partirse de risa, porque le hizo muchísima gracia el nombrecito:

—Ja, ja, ja, ja. ¡La pija capulla! ¡Suen a cabrona total! ¡Hasta a mí me da yuyu!

—Supongo que, con el tiempo, cuando pasen así como cincuenta años, Eric se dará cuenta de que ya no tengo nada que ver con la chica estúpida y frívola que fui. Y entonces...

Sabrina solo pudo tomarse a risa las palabras de su amiga y le dijo para que se ubicara:

—¿Crees que va a necesitar cincuenta años para convencerse de que ya no eres esa chica? ¡Ni de coña! Además, Jerry le estuvo contando lo que habías ayudado a mamá, que ella opina que eres un ángel, y su ojo es infalible, que tus pacientes te adoran y que sueles venir a almorzar los domingos a nuestro barrio obrero y humilde y ¡en autobús público! ¡Eso no lo hace una pija capulla, no me jodas!

Sally se partió de risa, porque Sabrina habló de un modo muy gracioso y le dijo:

—Siempre me sacas una sonrisa. No sé cómo lo haces. ¿Te he dicho que te quiero?

—Y yo te quiero a ti, Sally. Y sé que lo tuyo con Eric solo puede acabar bien porque...

Sabrina no pudo seguir hablando, puesto que de repente se escuchó una voz de mujer pedir auxilio a gritos desesperados:

—¡Ayuda! ¡Necesito un médico! ¡Mi padre se está ahogando!

Las dos chicas miraron en dirección a donde provenían los gritos y Sally se percató de que era

Carol, su ex amiga de Las chicas ideales la que estaba en serios apuros.

—¡Dios! ¡Es el señor Lukas! —masculló Sally, a la que le faltó tiempo para salir corriendo a socorrerle.

Y Carol en cuanto la vio a aparecer se quedó muerta porque era la última persona que esperaba que fuera a acudir en su auxilio:

—Sally, yo... —musitó con un ataque de nervios que la tenía que ni le salía la voz.

Sally le pidió a Sabrina que se ocupara de Carol y ella se colocó detrás del señor Lukas que ya estaba casi morado y con una pericia propia de la gran profesional que era, le hizo la maniobra de Heimlich y por fin el señor escupió el pedazo de carne que se le había atravesado.

Cinco minutos después, llegaron las asistencias médicas que felicitaron a Sally por su buen hacer y comprobaron que el señor Lukas estaba perfectamente.

Y ya cuando las aguas se calmaron, el señor Lukas se acercó a Sally, la abrazó y exclamó sin poder parar de llorar:

—¡Me has salvado la vida, hija!

—Para eso estamos, señor Lukas —dijo Sally emocionada.

—Has sido mi ángel de la guarda y ni yo ni mi familia lo vamos a olvidar nunca. ¿Verdad, Carol? —inquirió el señor Lukas, tras secarse las lágrimas con un pañuelo.

Carol, que estaba presenciando la escena llorando a moco tendido, no pudo decir más que:

—Gracias, Sally.

Sally, que seguía abrazada al señor Lukas que no la soltaba, sonrió y replicó a su ex amiga:

—De nada.

Pero cuál no fue la sorpresa de Sally que el señor Lukas habló de nuevo para proponer:

—¡Qué suerte tenemos de que mi hija tenga una amiga tan fabulosa como tú, Sally! ¿Por qué no vienes el próximo domingo a almorzar a casa?

Sally entendía que el señor Lukas estuviera muy agradecido con ella, pero era más que obvio que Carol no quería verla ni en pintura y musitó:

—Es que el domingo...

Sin embargo, Sally estaba equivocada porque Carol, que no podía parar de llorar, le pidió:

—Ven el domingo a almorzar, por favor.

A Sally se le llenaron los ojos de lágrimas, sonrió y aceptó la invitación con una alegría infinita en su corazón:

—Es justo lo que iba a decir —dijo Sally—. El domingo es un día perfecto para comer con unos viejos amigos.

Sally y el señor Lukas deshicieron el abrazo y luego él comentó:

—Y hablando de viejos amigos, me han contado que Las chicas ideales de Austin están preparando unas sorpresas increíbles en el club para la fiesta de todos los años que hacemos por

Navidad. A ver si te pasas pronto por allí para echar una mano, Sally, que les haces mucha falta a las chicas. Y tú eres una de ellas. Por cierto, ¿sabes que apenas era un crío cuando conocí a tu bisabuela Isadora y que se parecía mucho a ti?

Sally que estaba mordiéndose fuerte los labios para no ponerse a llorar como una boba, respondió con orgullo:

—He visto fotos y la verdad es que somos muy parecidas. Y ella también era enfermera.

—Y una grandísima persona que le dio en su día a mi padre el mejor consejo.

—No sé de qué me está hablando —dijo Sally, esperando que le contara la historia con suma curiosidad.

El señor Lukas se puso muy serio y contó algo que hizo que Sally se quedara alucinada:

—Mi madre tuvo una aventura con un hombre y se marchó a Europa. Años después regresó porque se dio cuenta de que era a mi padre a quien quería. Todo lo llevaron con mucha discreción, de cara a la galería mi padre contó que mi madre se había marchado a cuidar a unos parientes, pero solo una persona sabía la verdad. Y era tu bisabuela. Fue la confidente de mi padre y su paño de lágrimas. Y cuando mi madre volvió, él no sabía qué hacer, estaba totalmente confundido, tenía miedos, dudas, resquemores... y tu bisabuela le preguntó, aunque ella conocía la respuesta: que si la quería. Mi padre ni lo dudó: amaba a su esposa y tu bisabuela le dijo que cualquiera podía excusarse, pero que solo las grandes almas eran capaces de perdonar de corazón. Acto seguido, le miró muy seria y le preguntó que qué clase de alma tenía él... Gracias a esa conversación, mis padres vivieron felices el resto de sus días.

Sally que estaba escuchando la historia con el corazón encogido por la emoción, replicó sin poder evitar que las lágrimas se le escaparan y agradecida por el regalo que acababa de hacerle:

—Es una historia preciosa, señor Lukas.

—Y la guinda es que la bisnieta de aquella mujer extraordinaria, hoy me ha salvado la vida. Mi familia va a estar siempre en deuda con la vuestra. ¿Verdad, Carol? —le preguntó el señor Lukas a su hija.

Y Carol que estaba que no podía parar de llorar, asintió y musitó:

—Así es, papá.

Luego, Sally se dirigió a Carol, sin poder cesar de llorar tampoco, y masculló:

—Yo lamento muchísimo lo que pasó y...

—No tienes que lamentar nada más, Sally —la interrumpió Carol—. Y tienes que saber que yo también quiero tener un alma grande.

—¡Oh, Dios! —exclamó Sally, desbordada por tantas emociones.

—Y ya has escuchado a papá: las chicas del club te necesitamos... ¡Y te esperamos mañana mismo con los brazos abiertos!

Sally rompió a llorar y se fundió en un abrazo muy sentido con la chica que acababa de

demostrarle que su alma era bien grande...

Capítulo 18

Llegó mediados de diciembre, la ciudad se llenó de luces navideñas y Eric cada día que pasaba estaba mucho peor.

Y aunque intentara no pensar en Sally, aunque fuera por unas horas, era imposible porque todo le recordaba a ella, o directamente se encontraba con personas que le hablaban de ella.

Como esa mañana de mediados de diciembre en que en una cafetería del centro de la ciudad se topó con Miranda, del club de Las chicas ideales de Austin y su hija Jenny, una pelirroja de seis años:

—¡Eric! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

Eric las saludó, Miranda le invitó a que se sentaran a su mesa y Eric aceptó, aunque se temía lo peor:

—¿Qué tal todo? —preguntó Eric, rezando para que no le hablaran de Sally.

Pero no. No hubo suerte, porque tal y como se temía, Sally salió a colación en el minuto uno:

—Fenomenal. Venimos precisamente del consultorio del doctor Burns porque Jenny se hizo un esguince, Sally se preocupó de su evolución y hoy nos acaba de dar la noticia de que el esguince está muy bien curado.

—¡Tía Sally es la mejor! —exclamó Jenny, haciendo un corazón con las manos.

Y Eric pensó que ya solo le faltaba que una mocosa apareciera para hablarle de Sally. Y encima decirle que era la mejor.

¡Era increíble! ¿Y qué podía hacer? ¿Se lo tomaba como una maldita señal?

Uf. Estaba desesperado. No podía parar de pensar en ella, de recordar cada momento vivido y de sentirse cada día peor por lo que pasó en el viñedo, después de amarse de un modo salvaje.

—Jenny adora a Sally. Y fue ella misma la que decidió que fuera su tía —le contó Miranda.

—¡Es que Sally me encanta! ¿Tú la conoces? —le preguntó a Eric la pequeña pelirroja con una sonrisa enorme.

—¡Son amiguísimos! —respondió Miranda.

—¡Genial! —exclamó la niña exultante.

Y Eric en ese justo instante dedujo algo que le dejó muy sorprendido y le preguntó a Miranda:

—¿Entonces Sally ha vuelto al club de Las chicas ideales?

Miranda asintió, abrió su bolso, sacó un cuaderno y unas pinturas, se las dio a su hija y le dijo para poder hablar tranquilamente del tema con Eric:

—¿Por qué no le haces un dibujo a Eric en esta mesa de al lado mientras yo hablo cosas de mayores con él?

—¡Vale! —exclamó Jenny entusiasmada, porque no había nada que le gustara más que pintar.

—¡Nos ha salido pintora! —reconoció Miranda con orgullo—. Y en cuanto a Sally y el club,

la respuesta es sí. Sally ha vuelto después de que salvara la vida al padre de Carol en un restaurante. El señor Lukas se estaba asfixiando y Sally impidió que muriera.

—¡Joder! ¿Qué me estás contando? —farfulló Eric, mientras pensaba en que jamás tuvo dudas de que Sally era una profesional magnífica.

—¡Fue su ángel salvador! Y ese mismo día, Carol perdonó a Sally y le pidió que al día siguiente acudiera al club. Sally apareció por allí el domingo por la tarde, nos pidió disculpas por todo, de un modo muy sentido y muy profundo, lloraba a mares y estaba tan arrepentida que nos fundimos en un abrazo con ella y le dijimos que estábamos felices de que estuviera de vuelta. Porque Sally es muy especial y la verdad era que la estábamos echando muchísimo de menos.

—Sí que es especial —masculló Eric, porque jamás había conocido a nadie como ella.

—Luego nos pidió que aceptáramos en el club a Sabrina, a la amiga que venía con ella...

Eric se quedó atónito con lo que estaba escuchando y masculló:

—Pero el club de Las chicas ideales tiene aún unas normas muy estrictas y no aceptan a nadie que no sea descendiente de las fundadoras...

—Hemos introducido una cláusula en los estatutos porque el mundo ha cambiado y nosotras también somos inclusivas y abiertas. Sabrina forma parte del club y estamos encantadas porque es una chica majísima —explicó Miranda.

Y Eric celebró que, gracias a esa propuesta de Sally, el club hubiera por fin introducido una cláusula que era tremendamente justa. Y además añadió:

—Conozco a Sabrina. Su hermano Jerry trabaja conmigo y son muy buena gente, además.

—Sí, y este año vamos a destinar los fondos de la fiesta de Navidad de mañana al comedor social del barrio de Sabrina, con el que Sally también colabora.

Eric abrió los ojos como platos al enterarse de que no solo había cambiado las rancias, obsoletas y clasistas reglas del club, sino que además estaba ayudando en un barrio obrero:

—¿Sally está colaborando con ese comedor social?

—Lo conoció yendo a visitar a Sabrina, se quedó muy impactada con la obra que hacen y ha empezado a colaborar con ellos sirviendo comidas los fines de semana —contó Miranda, sintiéndose muy orgullosa de su amiga.

Eric por poco no se cayó de la silla al escuchar aquello, porque lo último que podía imaginarse era que Sally fuera a trabajar de camarera y de forma solidaria:

—¿Sally sirve comidas?

—Sally está muy implicada con el comedor social del barrio y por descontado te esperamos en la fiesta en la que necesitamos recaudar muchos fondos.

Eric lo lamentó muchísimo, pero negó con la cabeza y le informó:

—No voy a asistir, Miranda.

Miranda entornó la mirada y comentó algo de lo que se había percatado todo el mundo:

—Desde la fiesta en la que estuviste con Sally no has vuelto a pasarte por el club.

—Estoy muy liado, en estas fechas tengo muchísimo trabajo —se excusó Eric.

Pero la excusa no le sirvió de nada, porque Miranda le dijo en un tono de lo más comprensivo:

—No sé lo que ha pasado entre Sally y tú. Ella no nos ha contado y nosotras respetamos su silencio. Pero es obvio que algo pasa...

Eric soltó el aire que tenía contenido en los pulmones de golpe y farfulló:

—Es complicado, Miranda.

Miranda sabía que era complicado, por eso decidió que lo mejor que podía hacer por Eric, era contarle su historia con Sally:

—Verás, conozco a Sally desde que éramos unas crías y desde entonces somos amigas. Cuando me detectaron el bulto en la mama, a la primera persona a la que llamé fue a ella. Apenas habían pasado varios meses desde que se había marchado a estudiar fuera y la necesitaba tanto que la llamé para que me reconfortara. Pero no me cogió el teléfono, ni me devolvió las llamadas, ni respondió a los correos electrónicos donde las chicas le contaban por lo que estaba pasando. Luego, llegó la quimio y volví a llamarla, estaba tan aterrada que necesitaba que Sally me dijera que todo iba a salir bien. Pero Sally tampoco me cogió el teléfono y para mí fue un mazazo muy grande. No entendía qué había pasado para que una de mis mejores amigas me abandonara en el momento más duro de mi vida. Le di tantas vueltas que llegué a pensar que a lo mejor había sido yo la que había hecho algo malo.

Eric que estaba escuchando el relato sobrecogido, masculló apretando fuerte las mandíbulas:

—No sabes cómo te entiendo...

Miranda se echó un mechón de pelo detrás de la oreja y siguió relatándole con una sinceridad abrumadora:

—Después, con el paso del tiempo, entendí que era Sally la que había actuado mal y que yo no tenía culpa de nada. Luego, regresó a Austin y yo particularmente seguía muy dolida con ella. Su abandono me hizo sufrir muchísimo, en el peor momento de mi vida, y el recuerdo de ese dolor que me había causado estaba ahí como un aguijón lacerante.

—Ese maldito aguijón —repitió Eric, que sabía bien de lo que estaba hablando.

—Llegué a convencerme de que no iba a poder perdonar a Sally. Pero empezaron a llegar a nuestros oídos las cosas que Sally estaba haciendo y era más que evidente que había cambiado, que ya no era la chica que solo se miraba al ombligo, sino que se estaba transformando en una persona que se preocupaba muchísimo por los demás. Y ya el remate fue cuando salvó al señor Lukas. Ahí algo me hizo clic por dentro y pensé que, al igual que la vida me ha dado una segunda oportunidad y he superado mi cáncer, Sally también se merece que yo le dé otra oportunidad y el domingo que regresó al club y después de que nos pidiera perdón de un modo muy sentido, acepté sus disculpas. ¿Y sabes qué? Es lo mejor que pude hacer, porque ya no hay

rastró del aguijón aquel. Ahora entre Sally y yo todo fluye, y camino mucho más ligera sabiendo que ya no le guardo ni un ápice de rencor. Sally cometió un montón de errores, pero hoy Sally no tiene nada que ver con esa chica que nos hizo tanto daño.

Eric que estaba escuchando con el corazón en un puño, musitó sintiendo que no podía haber sido más providencial el encuentro con Miranda:

—No imaginas lo que tus palabras me están ayudando en este momento.

—No te voy a dar consejos, Eric. No me gusta. Pero sí que quería contarte mi experiencia.

—Muchas gracias, Miranda —le dijo Eric, con una sonrisa de pura gratitud.

—Aunque no me resisto a comentarte que os vi juntos en el jardín en la fiesta del club —comentó Miranda, risueña.

Eric se llevó la mano a la cara, luego la apartó y farfulló:

—¡Ostras!

—Solo puedo decir que daba gusto veros y que hacéis una pareja maravillosa.

Eric se emocionó muchísimo al escuchar las palabras de Miranda y no pudo atinar a decir más que:

—Nosotros...

Miranda le agarró del brazo, lo apretó con cariño, le miró a los ojos y le dijo:

—Sé que está siendo muy duro para ti, Eric.

Eric resopló, se mordió los labios, colocó la mano sobre el brazo de Miranda y le confesó:

—No puedo concentrarme, duermo fatal y solo puedo pensar en ella. ¡Es una locura!

Miranda, que estaba muy conmovida, solo encontró una manera de ayudarle y fue preguntarle:

—¿Tienes decidido lo que vas a hacer?

Eric retiró la mano, dio un sorbo a su café y respondió con absoluta sinceridad:

—La amo, la amo como sé que no amaré a nadie, pero no puedo olvidarme de que nadie me ha hecho tanto daño como ella y ¿quién me asegura que no me lo va a hacer otra vez?

Miranda apartó la mano del brazo de Eric, le clavó la mirada y respondió:

—La pregunta no es quién, sino qué. Y ese qué es el amor. Solo el amor puede darte la fuerza y la generosidad que necesitas para volver a confiar en ella. Sally ha cambiado, cómo no será que la semana que viene sus padres se van de vacaciones a Aspen como todos los años y ella se va a quedar en Austin trabajando. Y además está tremendamente arrepentida, así que ahora eres tú el que tienes que tomar la decisión. Pero no lo demores más, porque os estáis haciendo mucho daño. Sally está destrozada, ha perdido peso, tiene la mirada triste y, aunque se esfuerza para que no se note, es más que evidente lo mucho que está sufriendo.

Eric, sintiendo un nudo horrible de ansiedad en el estómago, asintió y musitó:

—Tienes razón. No podemos seguir así.

—Yo me dejé llevar por el corazón y la perdoné. Tú...

Eric se encogió de hombros y reconoció porque era lo que había:

—Yo tengo un corazón salvaje, como él de ella.

—¿Y lo has escuchado? —le preguntó Miranda, enarcando las cejas.

—Estoy tan agotado, que ya ni sé.

—Haz el esfuerzo, porque no te vas a arrepentir y...

—¡Mami tengo el dibujo! ¡Toma Eric es para ti! —exclamó Jenny que apareció agitando el folio que había pintado.

Eric cogió el dibujo y se quedó perplejo cuando vio que le había dibujado a él de la mano de una chica vestida de enfermera con el pelo largo y liso, ojos enormes verdes y una sonrisa gigante y, por si acaso tenía dudas de quién era esa chica, había puesto los nombres de Sally y Eric dentro de un corazón enorme y rosa.

—¡Es lo más bonito que he visto jamás! ¡Dibujas de maravilla! —exclamó Eric, alucinado.

—Te he dibujado con tu novia Sally. Porque es tu novia. ¿A qué sí? ¡Yo me he dado cuenta de que sois más que amigos! —aseguró Jenny poniendo una cara muy graciosa.

Y Miranda y Eric se echaron a reír porque la niña además de dibujar magníficamente, era lista como el hambre...

Capítulo 19

El día 24 de diciembre, cuando Sally se pasó por la recepción después de atender a la última paciente del día, Sabrina le dijo:

—¡Menudo día! ¡Hemos tenido muchísimas urgencias!

—Es lo que tienen estas fechas. Estamos siempre con muchísima faena.

—¡Lo has sacado adelante como una campeona!

—Una campeona que está tan cansada que solo piensa en la siesta que se va a echar.

Sabrina puso una cara muy simpática, miró a su amiga y le dijo sacando un paquetito:

—Antes de irte tienes que abrir un paquetito que te han traído.

Sally miró el paquete y supuso que sería de algún paciente, pues en esos días no paraba de recibir regalos:

—¡Creo que sé de quién es! La señora Twain me contó que tiene una nieta que hace unos pendientes preciosos. ¡Y seguro que me los ha mandado!

Sabrina negó con la cabeza y luego dijo agitando la cajita al aire:

—Frío, frío.

Sally arrugó la nariz y preguntó porque estaba descolocada:

—¿Cómo que frío, frío?

—¡El regalito no lo envía ningún paciente!

A Sally le empezó a latir fuerte el corazón, se mordió el labio de la ansiedad y le suplicó:

—No me hagas bromas con esto, te lo ruego. Porque estoy cada día peor con lo de Eric. Y ya sé que tendré que asumir de una vez que pasa de mí y que...

—Y que te ha enviado un paquetito —la interrumpió Sabrina, agitando la caja exultante.

Sally que no podía creer lo que acababa de escuchar, le arrebató la caja y comprobó que era cierto:

—¡Eric me ha enviado un paquete! —musitó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ábrelo, amiga!

Sally, llorando de la emoción y con las manos temblorosas, le pasó el paquete a su amiga y le pidió:

—¡Ábrelo tú, por favor! ¡Yo estoy de los nervios!

—Pero ¿cómo voy a abrir el paquete con tu anillo de pedida?

Sally soltó una carcajada porque a su amiga no se lo podía haber ido más la pinza y replicó:

—¿Qué dices, loca?

—¡Ha tenido tiempo más que de sobra para percatarse de que vales oro y de que en la vida va a encontrar a nadie como tú! ¡Y ha actuado en consecuencia y aquí hay un anillo con un pedrusco bien gordo, nena!

—Ja, ja, ja, ja.

Sabrina alzó las manos, pues se negaba a abrir el paquete y le ordenó divertida:

—No voy a abrir el paquete. Yo lo que voy a hacer es grabar la cara de pasmo que vas a poner cuando veas tu anillo de compromiso y leas la tarjetita adjunta en la que seguro que pone: «Sally, ¿te quieres casar conmigo?».

Sally negó con la cabeza, respiró hondo y le dijo a su amiga, ya que ella esperaba cualquier cosa menos un anillo de compromiso:

—No vas a grabar nada. Porque lo más probable es que sea un regalo de despedida. O algo semejante.

—¿Qué chorrada estás diciendo? ¿Quién manda un regalo de despedida?

—Eric tiene muchísimas dudas y le va a costar un mundo olvidar lo que le hice. Lo más probable es que haya tomado una decisión y lo último que espero es un anillo de compromiso —musitó Sally, muerta de pena.

Sabrina abrazó a su amiga, la miró a los ojos y le dijo para infundirle ánimo y fuerzas:

—No puedes seguir con esta incertidumbre, preciosa. Tienes que saber por fin a lo que atenerte, aunque si te soy sincera...

—Por favor, te ruego, que no me alimentes la esperanza de que Eric me haya perdonado, porque el batacazo puede ser tremendo.

—Es que creo que tú y Eric estáis hechos el uno para el otro. No es que quiera alimentarte estúpidamente la esperanza.

—Yo también lo creo, pero tengo pánico a que no sea capaz de perdonarme de verdad y a que haya tomado la decisión de no querer saber nada de mí.

Sabrina entendía que tuviera todos esos miedos, pero había llegado la hora de plantarles cara:

—Tienes que enfrentarte a la verdad, Sally. Tú eres una mujer fuerte y yo voy a estar a tu lado.

Sally se emocionó al escuchar las bonitas palabras de su amiga, la abrazó otra vez y musitó:

—Gracias, amiga. Sin ti de verdad que no sé qué habría hecho en estos días tan duros.

—No puedes seguir así, Sally. Tienes que salir de dudas y seguir viviendo en plenitud. Te mereces ser feliz y dejar de vivir angustiada y atormentada.

Sally respiró hondo, pensó que su amiga tenía toda la razón, que había llegado la hora de ser fuerte y de afrontar la verdad y sin más abrió el paquete.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Sabrina, intrigada, al ver una caja blanca de cartón que no podía ser más sencilla.

Sally destapó la caja y, para su pasmo, aparecieron un par de llaves:

—Unas llaves —respondió cogiendo las llaves con las manos temblorosas y el corazón que se le salía por la boca.

Sabrina, entonces, se percató de que en el fondo de la caja había una tarjetita y gritó nerviosa

perdida:

—¡Hay una tarjeta! ¡Lee, por Dios! ¡No puedo más! ¡Me vais a matar! ¡De verdad! ¡Vosotros con vuestra historia vais a acabar conmigo! ¡Pero no me la perdería por nada del mundo!

Sally no pudo evitar echarse a reír, agarró la tarjetita y leyó convencida de que a ella sí que le iba a dar algo:

Estas son las llaves de mi viñedo, una es la del portón de entrada y la otra la de la casa. Acude a esta noche a las nueve...

—¡Madre del amor hermoso! ¡Eric quiere pasar la Nochebuena contigo! —exclamó Sabrina, exultante y sin parar de aplaudir.

Sin embargo, Sally estaba con una ansiedad tal que solo pudo farfullar:

—En la nota lo único que dice es que esté en su casa a las nueve de la noche.

—¿Y para qué te va a pedir un 24 de diciembre que te plantes a las nueve de la noche en su casa?

—Él me confesó que quería vengarse de mí y hacerme el mismo daño que yo le hice.

—¿Y piensas que se va a vengar atiborrándote a langostinos y pavo asado? —bromeó Sabrina, divertida.

—Te juro que no entiendo nada —masculló Sally que estaba desconcertada.

—Yo te lo explico. A las nueve de la noche te plantas en su casa, abres con las llaves y esperas que Eric llegue.

—¿Y por qué no me cita a una hora qué él esté? ¿Para qué narices me manda las llaves de su casa?

—Nena, qué poco romántica eres, parece mentira que te tenga que explicar que son el adelanto de las llaves de su corazón —respondió Sabrina, que para ella aquello era lo más normal del mundo.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Estás como un cencerro! —masculló Sally, porque su amiga no podía ser más graciosa.

—¿Para qué si no te va a enviar las llaves? Dudo que sea para que vayas poniendo la sopa de cardo a calentar...

—¡Esto es rarísimo! —sentenció Sally, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿No te irás a rajar? —inquirió Sabrina, que no pensaba permitirse.

Sally no respondió y se limitó a decir en voz alta lo que se le estaba pasando por la cabeza:

—Después de días y días sin hablarnos, quiere que vaya a su casa en Nochebuena a las nueve de la noche. ¿A quién se le ocurre semejante cosa? La Nochebuena es una fecha muy especial y es para pasarla en familia.

—Seguro que se ha enterado que tus padres están en Aspen. En esta ciudad todo se acaba sabiendo —respondió Sabrina, encogiéndose de hombros.

—Ya, pero resulta que tenía planeado ir a cenar con tu familia y luego ir a la fiesta de la gente del comedor social.

Sabrina cogió a su amiga por los hombros, los apretó fuerte y le habló para que supiera que sí o sí iba a tener que enfrentar lo que tanto temía:

—Mi madre cocina de vicio y los del comedor social tienen una marcha que te mueres, pero te lo vas a tener que perder, querida amiguita.

—Vosotros sois mi familia.

—Y Eric también. Y te recuerdo que tú fuiste la que le pediste que cuando se aclarara que te llamara.

—No me ha llamado —repuso Sally.

Si bien Sabrina, sin soltarla en ningún momento le dijo para que tuviera claro qué era lo que iba a suceder:

—Ha hecho algo mejor. Te ha dado las llaves de su casa, que es un gesto de confianza extrema, para que le esperes a que llegue para pasar juntos las mejores Navidades de vuestras vidas. Y tú no te lo vas a perder, porque yo misma te voy a llevar al viñedo y no me voy a ir hasta que te vea entrar por la puerta. Y ya cuando el amor haya triunfado y hayáis comido perdices, os invitaré a que vengáis a casa a probar el pastel de Navidad de mi madre.

—¡Qué imaginación tienes, Sabrina! —exclamó Sally, que no pudo evitar partirse de risa.

—¡Y tú confía, por favor!

Sabrina bajó las manos de los hombros de su amiga y Sally murmuró:

—¿Y si me ha citado para mandarme definitivamente a la mierda?

—¿Y las llaves? ¿No te parece un gesto demasiado bonito y romántico?

—A ti todo te parece bonito y romántico. Sin embargo, yo lo encuentro todo rarísimo —masculló Sally con la vista puesta en las llaves.

Sabrina cogió las llaves que su amiga tenía en la mano, las metió en la caja y le ordenó:

—Tú no pienses. Yo lo hago por ti. ¡Y ahora vámonos de compras!

—¿De compras? —preguntó Sally que era lo que menos le apetecía en ese momento.

—¿No pretenderás plantarte en la cena de tu vida vestida con cualquier trapajo?

—No pienso gastarme un dineral en un vestido de fiesta. Ahora que sé lo que cuesta ganarse la vida, no veas cómo miro cada céntimo que gasto —confesó Sally.

—¡Bienvenida al club! La buena noticia es que conozco las mejores tiendas de chollos de Austin y seguro que vamos a encontrar un vestido matador con el que a Eric no le va a quedar más remedio que darte tu duro y sucio merecido.

—¡No desvaríes! Porque tal vez lo que me espere en su casa sea una carta donde me manda a paseo —replicó Sally, levantando una ceja.

—Con las mismas, rompes la carta, te largas de allí y te vienes a casa donde siempre serás

recibida con los brazos abiertos. Pero tranquila que mi intuición me dice que eso no va a pasar...

—Joder, Sabrina, ¡estoy muerta de miedo! —reconoció Sally, que le temblaban hasta las rodillas.

—Eres una chica maravillosa y mereces que te pasen cosas buenas.

—Ya, pero...

—Siempre hablas de que Eric no va a poder perdonarte, pero ¿tú? —inquirió Sabrina, mirándola muy seria.

—¿Yo qué?

—¿Cuándo coño te vas a perdonar a ti misma por los errores que cometiste en el pasado?

Sally se quedó blanca, porque por primera vez fue consciente de lo mucho que se había castigado a sí misma y de que aún no se había perdonado.

Y estaba fatal, porque además no podía esperar que Eric la perdonara cuando ella no era capaz de hacerlo consigo misma.

Y debía hacerlo, no en vano, estaba muy arrepentida y ya no tenía nada que ver con la Sally del pasado. Ahora era una mujer que tenía que mirar hacia delante sin miedo y sin sentirse una mierda de persona. Por lo que dijo convencida:

—Creo que ya va siendo hora de que lo haga.

—Perdónate a ti misma. Y permítete ser feliz, Sally. No puedes pasarte la vida entera fustigándote.

—Voy a hacerlo, Sabrina. Te prometo que lo voy a hacer —aseguró Sally, rotunda.

Sin embargo, Sabrina consideró que no había que esperar ni un minuto más y habló con determinación:

—Lo vas a hacer ahora mismo. A ver, di en voz alta: «yo, Sally Burns, me perdono a mí misma».

Y Sally con los ojos llenos de lágrimas y la voz tomada por la emoción repitió una a una las palabras que había pronunciado su amiga y después, sintió tal liberación que rompió a llorar de pura felicidad por haberse quitado ese pesado lastre de encima...

Capítulo 20

A las nueve menos tres minutos, Sally entró por la puerta de la casa del viñedo y se quedó fascinada al ver que estaba decorada al estilo navideño con muchísimo encanto.

Había un árbol, espumillón, luces de colores y el fuego estaba encendido por alguien que posiblemente acababa de irse en cuanto la había escuchado llegar.

Luego, con unos nervios tremendos, Sally se quitó el abrigo rojo y se fijó en que la mesa del salón comedor estaba puesta con muchísimo gusto y repleta de exquisiteces.

Acto seguido, se sentó en el sofá y esperó a que Eric llegara, con la vista puesta en el fuego de ese hogar en el que no había nadie más que ella.

Y aquello se le hizo tan cuesta arriba que los minutos se le volvieron eternos, en la Nochebuena más extraña de su vida.

Sola, en una casa apartada de todo, esperando a alguien que a lo mejor estaba a punto de llegar con la peor noticia.

O que tal vez ni llegaba, porque cuando dieron las diez de la noche, se temió lo peor y solo encontró una explicación a lo que estaba pasando.

Y, muerta de la ansiedad y de la angustia, llamó a Sabrina pues ya no podía soportar ni un segundo más el silencio de la casa y el paso lento del tiempo.

—Perdona que te moleste, Sabrina.

—¡Tú nunca molestas! Al contrario, no dejo de pensar en ti y en lo que estará pasando en esa cena en el viñedo. ¡Cuenta!

—No hay nada que contar —musitó Sally.

—¿Cómo que no hay nada que contar? ¿No está Eric contigo? —inquirió Sabrina, que se levantó para llevar los platos sucios de los langostinos a la cocina y así poder hablar a solas con su amiga.

—Estoy sola. En el salón repleto de decoración navideña y con un comedor al lado con una mesa llena de comida rica. El fuego está encendido, pero aquí no hay ni rastro de Eric —comentó Sally, con la garganta tensa por el agobio que tenía.

—¡Madre mía, Sally! Imagino los nervios que estarás pasando, ¡yo estoy atacada! —reconoció Sabrina, tras dejar los platos sucios en la encimera.

Sally resopló, se puso de pie y le dijo a su amiga, convencida:

—No aguanto más. ¡Yo me piro de aquí!

Sin embargo, Sabrina consideró que lo mejor, dadas las circunstancias, era ser prudente y le recordó:

—Solo llevas una horita de espera.

—¿Te parece poco? —repuso Sally, abriendo los ojos como platos.

A Sabrina le parecía que era un montón, pero no por ello dejó de ser prudente y repuso:

—A lo mejor se ha retrasado por alguna razón. ¿Le has llamado?

—¡Llevamos semanas sin hablar! —le recordó Sally.

—Pero él ha roto el hielo y te ha dado la llave de su casa. Tienes que llamarlo. Lo mismo ha tenido algún contratiempo.

Sally bufó y se le pasaron mil y una cosas por la cabeza y ninguna buena, de tal modo que se apresuró a mascullar:

—O lo mismo...

Y Sabrina, antes de que Sally se pusiera a desgranar teorías a cada cual más rocambolesca, le aconsejó:

—Hazme caso, Sally. Antes de ponerte elucubrar, llámalo.

Sally pensó que su amiga tenía razón, que lo mejor era salir de dudas y encarar lo que viniera.

—Está bien. Te voy a colgar para llamarlo. Ahora te cuento —le dijo Sally.

Luego colgó con las manos temblorosas y, con el corazón latiéndole bien fuerte, llamó a Eric, si bien al momento saltó la locución que decía que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Sally se puso al borde de la hiperventilación, pero con todo volvió a llamarle y saltó el mismo mensaje.

Y creyendo que le iba a dar un jamacuco ahí mismo, se levantó y se sirvió un poco del vino que estaba en la mesa, que era nada más y nada menos que una botella de Corazones Salvajes.

Sally dio un sorbo de ese vino delicioso y pensó que en ese momento su corazón salvaje estaba a punto de reventar de lo mal que lo estaba pasando.

Y volvió a llamar a su amiga, que le cogió el teléfono expectante:

—¿Qué te ha dicho?

—¡Menuda novecita te estoy dando! No te estoy dejando cenar en paz con tu familia —lamentó Sally.

—Cada vez que llamas me levanto para traer o llevar algo de la cocina. Así que tú tranquila y dime, que estoy que no puedo más.

—Yo sí que estoy que no puedo más, si no me da un infarto esta noche, ya no me va a dar nunca. Porque el teléfono de Eric está apagado o fuera de cobertura —le informó Sally, llevándose la mano al vientre de la ansiedad que tenía encima.

Sabrina que se negaba a ponerse en lo peor, quiso ayudar a Sally diciéndole:

—Igual está atrapado en algún sitio... Tipo... ¿un ascensor? Y como es Nochebuena van a tardar un montón en sacarle de ahí, pero tú tranquila...

Sin embargo, Sally no estaba nada tranquila porque a esas alturas de la noche ya se había hecho una idea de lo que estaba pasando:

—Me temo que no está atrapado en ninguna parte.

—¿Y dónde está entonces según tú? —inquirió Sabrina, mientras metía unos platos en el lavavajillas.

—En cualquier lugar disfrutando con un buen vino de su jodida venganza. Y quizá hasta con una de esas amigas con las que luego no se quedará a pasar el resto de la noche.

—¿Qué estás diciendo, Sally? —inquirió Sabrina, que se negaba a creer que lo suyo pudiera acabar de esa manera tan fea.

—Lo que oyes. Me ha traído aquí para ejecutar su venganza. Estoy en una casa preciosa, decorada como a mí me gusta, con su árbol y sus luces navideñas, la leña arde, la mesa está repleta de comida que adoro, el vino es delicioso, todo es perfecto, pero es Nochebuena y estoy sola. Y no te puedes figurar lo que abrumba la soledad en esta casa tan grande. Me hace sentir muy vulnerable, muy pequeña y supongo que es lo que él pretendía. Quería que me viera rodeada de estas maravillas y que sintiera que no sirven de nada, si no hay con quien compartirlas. Porque ahora lo tengo clarísimo, Eric no va a venir. Él ya ha tomado una decisión y me ha castigado con esta cena de Nochebuena sola, en una casa que se me está cayendo encima.

Sally rompió a llorar y Sabrina, muy preocupada por su amiga, le dijo:

—¡No te muevas que voy para allá! No sé lo que está pasando, pero tú no vas a pasar la Nochebuena sola. Porque no estás sola, Sally. Tienes un montón de personas que te quieren y...

Sally escuchó un ruido, se apartó las lágrimas con la mano y le pidió a su amiga:

—Espera...

Y Sabrina, convencida de que le estaba pidiendo que se callara de puro humilde que era, replicó:

—No, no voy a callarme. Tienes que saber que eres una chica maravillosa y que...

Y Sally, para que supiera lo que estaba pasando, habló en voz muy baja:

—¡Alguien está metiendo la llave en la cerradura!

—¿Qué? —inquirió Sabrina, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí.

— ¡Ay, Señor! ¡Vaya nohecita! Y mi madre me está llamando porque se me enfría el pavo —susurró Sabrina, dispuesta a que el pavo esperara lo que hiciera falta.

Y Sally desquiciada ya, con todo lo que llevaba pasado, cuchicheó:

—Lo que me faltaba es que ahora entrara un ladrón en la casa y me colocara un revolver en la sien.

Sabrina tragó saliva y, sin pensarlo, decidió tomar cartas en el asunto ante la gravedad de lo que estaba pasando:

—Sally voy a llamar ahora mismo a la policía.

Sally se calló porque escuchó que la puerta se abrió, luego un portazo y después unos pasos

que se encaminaron hacia el salón.

Y entonces apareció él.

—¡Dios! —musitó Sally al verle.

Sabrina se sobresaltó al escuchar la exclamación de su amiga y le exigió atacada:

—¿Qué pasa, Sally? ¡Por tu madre, dime que está todo bien!

Sally se quedó callada porque es que ni le salía la voz y luego musitó:

—Eric acaba de llegar...

Capítulo 21

Eric, que estaba muy sofocado y que casi no podía hablar, se quedó mirándola fascinado de lo guapa que estaba con un minivestido de terciopelo azul de escote en V y manga francesa y masculló con unas ganas infinitas de abrazarla:

—¡Al fin he llegado!

Sally se fijó en que venía sudando, vestido con el típico traje que se ponía para las reuniones y la maleta de cabina en la mano y le preguntó al tiempo que pensaba que era el hombre más guapo y más sexy del universo:

—¿De dónde vienes?

—De Nueva York. Mi vuelo se ha retrasado por la gran nevada que ha habido y por poco no me ha dado algo pensando que no iba a llegar a tiempo para nuestra cita.

A Sally le dio un vuelco al corazón al escuchar la palabra cita, pero con todo no quiso lanzar las campanas al vuelo y musitó:

—No sabía que estabas fuera de Austin.

—Tenía un viaje de negocios. Pero ha caído la nevada del siglo y se ha liado una tremenda en el aeropuerto. He llegado a Austin hace un rato y he tenido la suerte de que un matrimonio muy amable que he conocido en el avión me acercara al viñedo. ¡Porque ya no había ni taxis!

—Es normal. Es Nochebuena —le recordó Sally, señalando el precioso árbol de Navidad repleto de lucecitas que estaba plantado en una esquina del salón.

—Desde que murió mi padre no había puesto un árbol, pero sé lo mucho que te gusta la Navidad y he decorado la casa como nunca.

—¡Está preciosa! —confesó Sally, porque la verdad era que Eric se había esmerado muchísimo.

—Me alegro de que te guste. Y lamento la demora. Lo que menos quería era que pasaras una noche tan especial sola. Pero no he podido llamarte para contarte lo que estaba ocurriendo, porque teníamos los teléfonos sin batería después de tantas incidencias como hemos tenido.

—Yo ya iba a marcharme —repuso Sally, echándose la melena a un lado.

Eric contrarió el gesto, se retiró el sudor de la frente con la mano, se aflojó el nudo de la corbata y dijo:

—Joder, y no quiero ni pensar la de cosas que se te habrán pasado por la cabeza en mi ausencia.

—Ha sido durísimo estar sola en Nochebuena en una casa tan bonita y decorada con tanto encanto navideño. Lo he pasado tan mal que he supuesto que esta era la venganza que habías urdido para mí.

Eric dejó la maleta de cabina en el suelo, se quitó el abrigo que abandonó sobre una silla y

murmuró con la voz tomada por la emoción:

—Sally yo...

Eric recortó la distancia que los separaba, se quedó apenas a un paso de ella que, en ese momento, se percató de las ojeras, de lo pálido que estaba y del punto horrible que tenía de tristeza en la mirada.

Y solo pudo ser sincera con él, más que nada para ponerle las cosas bien fáciles:

—He llegado a pensar que me habías dejado aquí sola para que me percatara de que da igual estar rodeado de cosas bonitas si no tienes con quien compartirlas y estaba convencida de que a las doce de la noche me ibas a mandar un wasap diciéndome que me olvidara de ti para siempre.

Eric también al estar tan cerca de ella se dio cuenta de que, a pesar del maquillaje de fiesta que llevaba, a Sally se le marcaban las ojeras y que tenía la mirada bastante apagada. Por no hablar de que había perdido peso y de que se la veía ansiosa, agotada y preocupada.

Y lamentó muchísimo que estuvieran pasando por todo eso, por lo que le aclaró:

—Después de mi comportamiento de estos días, entiendo que pensaras así, pero no soy tan cruel.

Sally decidió que había llegado el momento de encarar la verdad, aunque le doliera en el alma y replicó:

—No eres tan cruel como para dejarme sola en Nochebuena y mandarme un frío mensaje, pero sí para plantarte aquí y decirme a la cara que no quieres nada conmigo.

—Cuando te fuiste de esta casa hace unas semanas me quedé en *shock*. Mi corazón me gritaba que fuera a por ti y que te dijera que te amo, pero mi cabeza me decía que nunca iba a olvidar el daño que me hiciste. Y me bloqueé. Y así he estado un montón de días, debatiéndome en esa lucha horrible entre cabeza y corazón, que no me dejaba ni conciliar el sueño, ni concentrarme, ni trabajar, ni nada de nada —masculló Eric, que no pudo ser más sincero.

—He pasado estos días de la misma manera y temiendo que al final sea la razón la que triunfe. Tú eres una persona racional y soy consciente de que lo que te hice no aprueba un análisis frío —reconoció Sally, con la voz quebrada por la tristeza.

Eric no pudo soportar verla así, negó con la cabeza y le recordó:

—Soy racional, pero también tengo un corazón salvaje como el tuyo.

Sally suspiró, miró a Eric, sintió unas mariposas muy fuertes en el estómago y le contó:

—He probado un poco de vino mientras esperaba, porque mi corazón salvaje estaba que no podía resistir más tanta incertidumbre.

—Ya no vas a tener que esperar más. Te he citado aquí, en Nochebuena, porque he tomado una decisión —dijo Eric, con una determinación que a Sally le provocó un escalofrío.

Había llegado la hora de la verdad y ella, antes de que Eric le comunicara su decisión, volvió a insistir en que:

—Pues tú dirás. Te pido perdón por todo lo que hice, pero entiendo que la pérdida de confianza te impida volver a creer en mí. La confianza es un tesoro que hay que cuidar y yo no lo hice. Lo lamento profundamente y...

Eric la interrumpió, porque la hora de pedir perdón había pasado. Eric sabía lo que había y no le hacían falta más perdones, por lo que le rogó:

—Sally, por favor, no pidas más perdón. Es innecesario. Ya sé que estás arrepentida y que eres una mujer formidable. Da igual con quien hable, ¡todos me cuentan maravillas de ti!

Sally, a pesar de los nervios que tenía, sonrió ampliamente, Eric sintió que le daba un vuelco al corazón de tan solo ver esa sonrisa preciosa y ella replicó:

—La gente de Austin es muy amable y generosa.

Eric negó con la cabeza, pensó que todo acababa de llenarse de luz con la sonrisa de Sally y matizó:

—La gente de Austin es muy sabia. Y hasta la pequeña Jenny, la hija de Miranda, me entregó el otro día un dibujo en el que tú y yo aparecíamos de la mano y por si acaso no sabía quiénes eran los protagonistas, puso nuestros nombres en un corazón gigante.

—¡Qué mona, por favor! ¡Mi Jenny es muy especial! ¡Y me llama tía! —exclamó Sally, que quería a Jenny como si fuera una sobrina.

—Lo sé. ¡Te adora! ¿Pero quién no lo hace en Austin?

—¿Tú? —inquirió Sally, con una sonrisa muy graciosa.

Eric se tronchó de risa y Sally pensó que cómo le gustaba hacerle reír:

—Ja, ja, ja, ja. ¡Yo es que he estado un poco confundido!

—¿Un poco? —replicó Sally, riendo también.

Y ambos se alegraron de que pudieran estar hablando de ese asunto que les había traído de cabeza con tanto humor. Y después Eric le siguió contando:

—Estuve hablando de ti con Miranda y debí hacerlo de tal modo que Jenny dedujo que somos novios.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Mi Jenny! ¡Me la como!

—Es un amor.

—Sí que lo es. Y como te contaba estos días no han sido nada fáciles. Pero lo peor ha sido que cuando al fin lograba no pensar en ti durante un ratito, de repente aparecía alguien que me hablaba de ti. Pero la que hizo que me desbloqueara fue Miranda.

A Sally no le extrañó, porque Miranda era una de las personas más sensibles y especiales que había conocido en su vida:

—Miranda es una chica maravillosa a la que admiro profundamente.

Eric asintió, se revolvió el pelo con la mano, tomó aire y le contó:

—Sabía por lo que yo estaba pasando, pero trató el tema con mucho respeto y discreción. Y

me fui abriendo hasta que le confesé que te amo como sé que no amaré a nadie.

Sally, con la mirada brillante y sintiendo de todo por el cuerpo, musitó con una seguridad tremenda:

—Y yo te amo de la misma manera, Eric.

Eric, con unas ganas de agarrarla por el cuello y besarla hasta que se quedaran exhaustos, susurró:

—Sally...

—Te amo —dijo ella, con las mismas ganas, y alto y claro frente a él.

Eric se perdió en la mirada verde esmeralda, un verde salvaje, que a él le volvía loco y que había echado tanto de menos que le dolía, y repuso:

—Joder, Sally y yo a ti. Te amo con todas mis fuerzas, pero al mismo tiempo tenía el pensamiento recurrente de que era incapaz de olvidar que nadie me ha hecho tanto daño como tú. Y además había una pregunta en el aire que no paraba de atormentarme.

—¿Qué pregunta? —inquirió Sally, con el ceño fruncido. Y temiendo que la magia del momento se echara a perder para siempre.

Eric se puso muy serio, tanto que Sally sintió que se le helaba el corazón y él lanzó la pregunta:

—¿Quién me asegura que no me lo vas a hacer otra vez?

Sally recibió la pregunta como si una bala acabara de atravesarle el corazón, dos lágrimas recorrieron su rostro y, dándolo todo por perdido, inquirió con un hilillo de voz:

—¿Y ya tienes respuesta para esa pregunta?

Eric asintió y siguió hablando con esa seriedad y gravedad que hizo que Sally no hiciera más que confirmar que él acababa de finiquitar la relación:

—Me la dio Miranda. Me dijo que la pregunta no es quién, sino qué. Y ese qué es el amor. El amor es la respuesta. Luego, me contó que habías cambiado tanto que no te habías ido con tus padres a Aspen. Y pensé que sería muy hermoso contarte esto en Nochebuena, al calor del fuego, cenando juntos como una familia, como lo que me gustaría que fuéramos y pidiéndote algo con una cosa que he traído de Nueva York.

Sally se quedó boquiabierta y, convencida de que no había escuchado bien, le pidió:

—Para, por favor. ¡Me he perdido!

—¿Dónde te has quedado? —inquirió Eric, esbozando una sonrisa de esas suyas, irresistible.

—En que el amor es la respuesta y he escuchado que te gustaría que fuéramos una familia.

—Y no te estoy pidiendo que seamos hermanos, precisamente —bromeó Eric.

—¿No? —inquirió Sally, que le costaba creer que aquello estuviera sucediendo.

—No, preciosa.

Sally, con las lágrimas otra vez brotando de sus ojos y sintiendo un estremecimiento por todo

el cuerpo, quiso saber algo que era crucial para poder tener un futuro juntos:

—Eric, entonces ¿me has perdonado de verdad?

Eric asintió, sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta del traje y respondió orgulloso y feliz de lo que estaba haciendo. Y convencido de que estaba tomando la mejor decisión de su vida:

—La respuesta es el amor, Sally. Y yo tengo un amor infinito por ti dentro de mí. A ese amor me aferro y, como aprendí con la muerte de mi padre, me centro en el presente. Y frente a mí veo a una mujer maravillosa, a la que deseo y amo y con la que me gustaría casarme y formar una familia. ¿Te quieres casar conmigo, Sally Burns?

Eric abrió la caja y apareció un anillo de pedida, un solitario de oro y diamantes de Cartier que provocó que Sally se quedara patidifusa y que solo pudiera musitar y sin parar de llorar:

—¿Esto está pasando?

Eric sacó un pañuelo, le enjugó las lágrimas y, con una verdad en el corazón que estremecía, respondió:

—Esto es lo que llevo deseando toda mi vida que ocurra.

Pero, con todo, Sally lo había pasado tan mal que le entró un último miedo a que ese milagro de Navidad no estuviera realmente sucediendo:

—¿Y si te digo que sí y sales corriendo con el anillo y no te vuelvo a ver nunca más?

Eric se llevó la mano al pecho y habló con una sinceridad tal que a Sally se le fueron de golpe las dudas y los miedos:

—Sería un cretino si hiciera eso, porque solo puedo ser feliz a tu lado.

—Eric... —musitó Sally, que por fin creyó que el hombre de su vida había vuelto para quedarse.

—Y jamás habría podido vengarme de ti —confesó Eric, acariciándole el rostro—. Tan solo necesitaba aprender la lección de que hay que escuchar al corazón.

Sally sonrió como nunca y sintiéndose la mujer más feliz del mundo, porque, en primer lugar, se había aceptado y perdonado a sí misma y, en segundo lugar, había obtenido el perdón de Eric, replicó:

—Mi bisabuela Isadora decía que solo las almas grandes son capaces de perdonar de corazón. Y tu alma es así, Eric. Y te amo tanto que solo puedo decirte que sí, que quiero casarme contigo.

Eric sacó el anillo de la cajita, se lo puso, encajó a la perfección, se miraron y se besaron convencidos de que, después de todo lo que habían pasado, ya nunca nada ni nadie volvería a separarlos...

EPÍLOGO

Esa noche que lo cambió todo, hicieron el amor con tanta pasión y teniendo tan claro lo que querían que nueve meses después llegó Tom.

Un niño que les colmó de más felicidad todavía y que era idéntico a su padre, tanto en el físico como en su afición a todo lo que tuviera ruedas.

Precisamente, cinco años después de aquella Nochebuena en la que Eric tomó la mejor decisión de su vida, Tom abrió los regalos que le había traído papa Noel en la casa del viñedo.

—¡La moto que quería! —exclamó el niño dando un brinco de la alegría.

Sus padres se echaron a reír y la abuela de Tom comentó divertida:

—Me parece que este niño tiene a quién parecerse.

Desde que Tom había venido al mundo, los padres de Sally pasaban siempre la Nochebuena con ellos y luego viajaban a Aspen a disfrutar de la Nochevieja con sus amigos.

Pero Sally y Eric, desde que se habían casado en el viñedo en una ceremonia íntima y preciosa, dos meses antes del nacimiento de Tom, pasaban las navidades enteras en la casa del viñedo a la que tenían muchísimo cariño.

Y quienes nunca se perdían las cenas de Nochebuena era Sabrina y los suyos, a los que querían como si fueran de su propia familia.

Y esa noche también estaban ahí, y después de que Tom abriera sus regalos, le dijo a Sabrina a la que adoraba:

—Madrina, ¡hay un paquete en el que pone tu nombre y que parece que es una caja de zapatos!

Sally miró a Sabrina y le preguntó muerta de la risa porque a Tom le faltó tiempo para ir a por el regalo y entregárselo:

—¿A quién me recordará este niño con los paquetes?

—¡Es clavadito a su madrina! —exclamó Sabrina, que no podía querer más a su ahijado.

—¡Ábrelo, Sabri! ¡Necesito saber qué es! —le pidió el niño.

Sally y Sabrina se troncharon, porque esa escena les trajo demasiados recuerdos y Eric le pidió a su hijo, risueño:

—No seas tan impaciente, Tom.

—¡Déjalo, Eric! No tiene remedio. Yo soy igual. Tenías que haberme visto cómo me ponía cuando le enviabas aquellos paquetes a Sally —recordó Sabrina.

—¡Qué tiempos! —exclamó Sally, rememorando también aquellos días en que pasaron tantas cosas.

—¿Le enviabas paquetes a mamá? —preguntó Tom, extrañado y con mucha curiosidad.

Eric asintió y respondió a su hijo sintiendo que no podía ser más afortunado:

—Era mi chica. Siempre fue y será mi chica.

Sally se emocionó muchísimo al escuchar las palabras de Eric, él la besó en los labios y musitó:

—¡Te amo!

Tom se quedó mirando a sus padres con una mueca muy simpática y luego les advirtió:

—Yo nunca voy a tener una chica, porque los besos me parecen asquerosos.

El señor Burns revolvió el pelo de su nieto y le dijo encogiéndose de hombros:

—Eso decíamos todos. Y mira...

Y lo decía porque Jerry y sus hermanos iban acompañados de sus respectivas parejas, la madre de Sabrina se había casado hacía dos años con un viejo amor y Sabrina...

—Miro y veo que soy como mi madrina que está sin pareja. ¿A ti también te dan asco los besos? —le preguntó Tom a Sabrina, sintiendo que era uno de los suyos.

Sabrina resopló, se encogió de hombros y le dijo a Tom, divertida:

—Yo nunca voy a tener un chico. ¡Y es genial!

—¿Nunca? —preguntó el doctor Burns, arqueando una ceja—. Porque me he fijado en el consultorio que el doctor Irons y tú...

Sabrina que, tras terminar sus estudios, trabajaba de nutricionista en el consultorio, se envaró y puso una cara de espanto tremenda:

—¡Somos absolutamente incompatibles! Vamos, que si algo tengo claro es que el último hombre con el que tendría una relación sería con el doctor Irons.

—No entiendo por qué —replicó la madre de Sally—. Es guapo, joven, excelente profesional, ocurrente y con un rancho que es una maravilla.

—Siempre que hablamos acabamos discutiendo —afirmó Sabrina, que no podía con él.

—Pero es un tipo encantador —aseguró el doctor Burns.

—No le soporto —sentenció Sabrina, porque no había nada qué hacer.

—Porque aún no le has pillado el punto —comentó Sally, que seguía trabajando duro en el consultorio y que se llevaba de maravilla con el doctor.

—¡Yo no quiero pillarle nada! ¡A mí dejadme tranquila! —exclamó Sabrina, batiendo las manos.

—¡Eso, dejadla tranquila y abre el paquete, tía Sabri! —le exigió Tom, que no podía más de la curiosidad.

Sabrina abrió el paquete y se quedó alucinada al contemplar los zapatos de tacón alto más bonitos que había visto en su vida:

—Dios, ¡son unos Louboutin!

—¿Y eso qué es? —preguntó Tom, arrugando el ceño de un modo muy gracioso.

—Son los zapatos más bonitos del mundo —musitó Sabrina, mirando agradecida a su amiga.

—Ah —dijo el niño que tampoco veía que fueran para tanto.

—¡Y perfectos para una cita con el doctor Irons! —bromeó Sally.

—¡Ni borrachísima! —exclamó Sabrina, horrorizada ante la sola idea de tener una cita con ese tío.

Todos se echaron a reír y luego Tom preguntó tras buscar entre los regalos:

—Lo que no encuentro es un paquete que ponga: «Papá».

Sally sonrió, se mordió los labios, respiró profundo y le dijo a su hijo:

—El regalo de papá lo tengo yo.

Eric miró a Sally con el corazón que se le iba a salir por la boca, porque solo tuvo que mirarla a los ojos para saber lo que pasaba.

—¿Tú? ¿Dónde? —replicó Tom, que se puso a buscar en los bolsillos de la chaqueta de su madre a ver si encontraba algo.

Sin embargo, Sally sin dejar de mirar a su marido emocionada, se llevó las manos al vientre y musitó:

—Aquí.

Tom se quedó alucinado, como el resto que muy emocionados les felicitaron y Sally les contó:

—He querido esperar a este día tan especial para daros la noticia. La Navidad ha vuelto a hacer su milagro y nos ha traído el regalo de una niña.

—¿Una niña? —inquirió Eric con la mirada empañada por la emoción porque no había cosa que deseara más en el mundo que tener una hija.

—Una niña, mi amor —le dijo Sally, feliz como no recordaba.

—¿Voy a tener una hermanita? —preguntó Tom, que estaba absolutamente desconcertado.

—Y se va a llamar Sally, como tu madre. Y os vais a querer tanto que os acompañaréis el resto de vuestras vidas —dijo Eric, muy emocionado.

Pero Tom no entendía a cuento de qué venía tanto entusiasmo y farfulló:

—Espera a que la conozca. ¡Igual me cae fatal!

Todos se echaron a reír y luego Sally y Eric se miraron felices y enamorados como nunca, se abrazaron y él musitó:

—Sé que mi padre estará ahora mismo brindando en el cielo por nuestra felicidad. Y sé que siempre será el ángel que estará velando por nosotros.

—Era un hombre genial y me enorgullezco de que mi hijo lleve su nombre.

Eric la miró, sintió que le iba a explotar el corazón y se alegró como nunca de haber tomado en su día la decisión de escuchar a su corazón salvaje. Y ya solo pudo decir:

—Te amo, Sally. Te amo con todo mi corazón...

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a todas las personas que leen mis historias y que me animan y me apoyan a que siga haciendo lo que más me gusta en la vida que es escribir.

Me hace mucha ilusión cuando me decís cosas bonitas y me animáis a que siga contando historias de amor, con muchísima pasión.

Gracias infinitas y ya solo me queda pedirlos que, si os gustó esta historia de esta pareja de corazón salvaje, dejéis por favor un comentario en Amazon.

Es un pequeño gesto con el que me ayudáis muchísimo a dar visibilidad a mis historias.

NOVELAS DE DINA REED

Todas mis novelas están disponibles en Amazon y podéis acceder a ellas desde el siguiente enlace:

[https://www.amazon.es/Dina-Reed/e/B07238X9GZ?
ref=sr_ntt_srch_lnk_1&qid=1643911892&sr=1-1](https://www.amazon.es/Dina-Reed/e/B07238X9GZ?ref=sr_ntt_srch_lnk_1&qid=1643911892&sr=1-1)

Los hermanos Macpherson

No te soporto, highlander

El desafío del highlander

El reto del highlander

El beso del amor

Una boda para Vivian

Una boda imperfecta

Siempre contigo

Tú y solo tú

El regreso de Liam

El deseo de amarte

El reto de amarte

No soy tu novio

Amarte otra vez

La fórmula de un beso

Todo contigo

De repente sucedo

El sueño de amarte

Llévame contigo

Déjame soñar contigo

La tentación de tu piel

Flores para Sue

La pasión de Dylan

Perdida en tu fuego

No estabas en mi agenda

La tentación de tus besos

No puedes ser mi jefe

Mi verano más loco

No soy tu novio

El amor es un capricho

REDES SOCIALES DE DINA REED

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100009232082162>

<https://www.instagram.com/novelasdinareed/?hl=en>